LOU ANDREAS-SALOMÉ

EL EROTISMO



Prólogo de Ernst Pfeiffer



Lou Andreas-Salomé

EL EROTISMO

Prólogo
de
Ernst Pfeiffer

Traducción
de
Mateu Grimalt



PEQUEÑA BIBLIOTECA
CALAMVS SCRIPTORIVS

PEQUEÑA BIBLIOTECA CALAMVS SCRIPTORIVS

Libros antiguos y modernos,
documentos, epistolarios, manuscritos,
raros y curiosos.

Diseño de Rafael Llinás

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296 - Palma de Mallorca
Apartado 1834 - Barcelona

Producido por P. Gráficas Cannot

ISBN: 84-85354-26-2
Depósito Legal: B-28.096-1983

Impreso en Gráficas Ampurias. Barcelona
Printed in Spain

INDICE

PROLOGO

Los cuatro ensayos escritos por Lou Andreas-Salomé publicados aquí, que aparecieron antes en tres revistas diferentes y se redactaron en tres momentos distintos, cobran aquí por primera vez su unidad interna en este conjunto que podría quedar ensombrecida por su diversidad temática y su peculiar intencionalidad.

El primer ensayo «El ser humano como mujer» iba dirigido a la inmediata actualidad de entonces, pero ciertamente también la desborda y va más lejos. Es como un memorial de agravios, un apasionado escrito de defensa fundado en la realidad sobre la naturaleza e igualdad de la mujer, no para su «autojustificación». Es una «reflexión inoportuna».

El segundo ensayo, «Reflexiones sobre el problema del amor», trata este problema pero no de forma teórica, como podría sospecharse por el título, sino que lo expone con plena franqueza y sin tapujos para concluir en la trágica naturaleza del amor entre ambos sexos.

El tercer escrito, que es más bien una investigación, «Erótica», se caracteriza más bien por su aportación de contenidos que como un trabajo planeado dentro del propio ámbito de las relaciones naturalmente sexuales y sociales. Su cariz es el de una visión de conjunto.

El cuarto texto queda definido únicamente bajo su título de «Psicosexualidad» y se singulariza por su matiz y actitud de apología.

Pero el aspecto que conforma, e incluso determina decisivamente la aparición de los cuatro escritos, radica conjuntamente en encuentros personales de Lou Andreas-Salomé, en tres encuentros de índole muy distinta.

En el caso del cuarto texto titulado «Psicosexualidad», la ocasión es manifiesta: sin el encuentro con Freud, sin el interés por sus doctrinas, Lou Andreas-Salomé no lo habría podido escribir.

El ensayo «Erótica» presupone el haber conocido a Martin Buber, quien luego sería el gran fundador del «humanismo judío». Por la impresión que le produjo el primer escrito aquí publicado, en abril de 1906 Martin Buber se dirigió a Lou A.-S. para pedirle una colaboración para su revista titulada «Die Gesellchaft» sobre el tema de «la mujer» en la forma de una «exposición de los cambios en las relaciones entre los grupos de mujeres y entre sus elementos y los de otros grupos sociales y antropológicos». Esa era su vocación. Cuando ella, y ya en el año 1910 tras varios intentos y borradores según se revela en su diario, envía su manuscrito, Buber contesta: «...¡eso no es un artículo, eso es todo un auténtico, puro y duro trabajo!» Buber se limita a poner reparos al título (al que no obstante se aferra Lou A.-S.): «...es como si se quisieran compaginar los elementos del Symposion de Platón, que siento más cercanos a mí, con los de la Etica de Spinoza que me son más ajenos; para mí Eros y affectus son igualmente una cosa diferente...» No obstante, «pero son lo mismo para los hombres que en nuestro tiempo son conscientes y cuentan con el humillante poder hesiódico».

Al asentir al hecho de que los dos primeros textos (si bien nada en ellos apunta a vivencias inmediatas) se deben únicamente a la relación amorosa con Rilke y a sus resonancias no se habría dicho con ello nada definitivo. Y si incluo se precisara más, concretamente que el primer ensayo «El ser humano como mujer» fue escrito a finales de febrero de 1899 antes del primer viaje a Rusia (primero con el título de «Los dos como uno») y no por tanto en la fase de la plena unidad, y además que el ensayo «Reflexiones sobre el problema del amor» se escribió tras el segundo y gran viaje a Rusia, y por ende tras la conclusión de la relación elemental, no por ello se tendría la medida con que ambos textos deben medirse. Tal vez deberían entenderse como una expresión de los grados de experiencia.

Lou Andreas-Salomé tenía ya casi 40 años cuando escribió estos ensayos, y no obstante no son testimonios de un saber posado, ni un producto definitivo, sino más bien expresión de intuiciones hechas posibles.

Debe tenerse presente que ella, de joven muchacha primero —en una repetición de su experiencia básica: la desaparición de



una infantil imagen de Dios— sintió como se esfumaba súbitamente su amor y veneración por Hendrik Elliot cuando él, el «hombre-dios», la cortejó y que luego también su amor por F. C. Andreas tuvo esos mismos rasgos de lo «arcaico»: tras poco más de un año de matrimonio, en octubre de 1888, escribe ella en su diario que el matrimonio es un arrodillarse ante el «poderoso», antes que una unión de amor. No hace falta preguntarse por el proceso: diez años después, en la primavera de 1897, por el encuentro con el joven Rilke pudo convertirse regularmente en palabras cuanto se halla en nuestros textos.

Merece especial mención el hecho de que el ensayo «El ser humano como mujer» presenta su tema antropológico en relación a la investigación de la época incluyendo la impresionante popularización de la misma gracias a Wilhelm Bölsche en «Liebesleben in der Natur» *(Vida de amor en la naturaleza). Por estos conocimientos Lou A.-S. se sintió corroborada en su concepción sobre el equilibrio en la balanza de la creación entre hombre y mujer. Y su postura en la distribución de capacidades se muestra en que, en una actitud «hereje» con respecto al movimiento feminista, renuncia a reivindicar para la mujer un igual poder de creatividad intelectual si bien, incluso refiriéndose a una «visión retrospectiva de su vida» utiliza la expresión de «engendrar» referida a la maternidad. Su duda sobre el sentido de la «progresividad» de la mujer se plasma en su mayor claridad en una conversación tenida con Käthe Kollwitz durante la redacción de su ensayo «Erótica»: ella lamenta por distintos motivos «de que por el movimiento en pro del amor libre se quebranta en las muchachas de estamento medio una costumbre que a lo largo de siglos —y vale llamarla esclavitud— conllevó un valioso autodominio, y ese patrimonio de autonomía se ha perdido a lo largo de unas pocas generaciones cuando precisamente ahora podría haberse promovido a su florecimiento y eclosión». Y añade: «Una encuesta íntima entre aquellas que viven castas, incluso en su fantasía, revelaría cosas sorprendentes».*

En cuanto al texto del «Problema del amor» debería reseñarse que Lou A.-S. intervino en la discusión entonces de moda sobre el «egoismo» al redactar, por requerimiento, un ensayo sobre «El egoismo en la religión» para un cuaderno monográfico con el mismo título de egoismo. «Las dos corrientes antagónicas que superficialmente nos impelen a una escisión fluyen, en cambio, juntas en una única corriente genuina en la profunda y oscura forma

básica de lo erótico». Y en este sentido todas las afirmaciones de Lou A.-S. hacen olvidar todas las palabras nacidas del oportunismo y de la parcialidad.

Se podría creer que el cuarto ensayo, el que tiene una intencionalidad más neta, no tiene nada que ver con el precedente. Lou A.-S. se confiesa ahí únicamente como una adicta de Freud. Este texto, sin embargo, remite a lo anterior e incluso cierra un círculo. Ahí no se piensa tanto en los precedentes que se hallan expuestos en la «Erótica» sino que el oculto punto de conexión radica justamente en el ensayo sobre «El problema del amor» —y no tanto en el conjunto de las manifestaciones de Lou A.-S. como en los detalles especiales ante los que se hallaba en su amor por Rilke (precisamente por su problemática interior e indescifrable para ella) y que le hizo hallar el camino hacia Freud. En la «visión retrospectiva de su vida» ella afirma: que además de su ascendencia rusa, otra cosa la predispuso en su receptividad para el encuentro con la psicología profunda de Freud, es decir, «el convivir y participar del carácter extraordinario y singular del destino personal de un individuo», de Rilke en concreto.

En una carta del 22 de noviembre de 1917 Freud *hace el siguiente comentario sobre nuestro texto: «De nuevo me siento asombrado por su nuevo arte de síntesis que vuelve a juntar y recubrir con fibra viva lo que el análisis convirtió en* disjecta membra *(miembros separados)».*

Cabe reseñar además que estos cuatro textos, cada uno de los cuales fue escrito como sin saber del otro y que, sin embargo, forman en lo hondo una unidad, llenan necesariamente la laguna existente entre el semiolvidado primer libro de Lou Andreas-Salomé sobre «Friedrich Nietzsche en sus obras» y sus últimos escritos epistolares autobiográficos.

Para respetar la unidad de la edición (con modernización de la escritura del texto alemán y ligeros retoques de corrección) se ha dejado sin comentar en cuarto texto; se puede investigar en «la escuela de Freud», o incluso en el mismo Freud; pero en definitiva, lo esencial de un texto es justamente su propia expresión.

ERNST PFEIFFER

EL SER HUMANO COMO MUJER

UN BOSQUEJO DE SU IMAGEN [1]

Para consternación de toda emancipación de la mujer, o de cuanto así se llame, uno no puede menos de pensar hasta qué profundidad ahonda el elemento femenino en la raíz de toda vida como el menos desarrollado, como indiferenciado a la vez que, precisamente por ello, cumple su finalidad más eminente. La pequeña célula masculina aparece, sin perjuicio de su pequeñez y justamente por esa misma pequeñez que la hace desvalida, ya desde el inicio como la diminuta célula nacida para desarrollarse, como algo insatisfecho en busca de ulteriores fines en un laborioso proceso de desarrollo impelido por el empuje y la necesidad. Se bosqueja como una línea que progresa siempre hacia adelante y de la que nunca se podrá decir si le queda todavía algo por alcanzar, mientras que el óvulo femenino se muestra como algo cerrado, como un círculo que no se abre hacia fuera. ¿Y para qué? Es como si en su mismo interior poseyera su propia patria natural, en un todo que es radicación de sí mismo; como si nunca hubiera dado los últimos pasos hacia el exterior, hacia lo extraño, hacia el vacío, hacia las mil posibilidades de existencia y de vida en el exterior; como si estuviera aún inmediatamente ligado a las totales e infinitas facetas del todo, cerrado todavía ahí como en un suelo primitivo y básico. Y justamente por eso la armonía intacta radica tan elemental y primitivamente en lo femenino: esa seguridad y colmación del círculo, esa plenitud y compactitud serena en su gran

[1] Neue Deutsche Rundschau, año X. 1899.

redondez condicional, provisoria. En su interior se albergan la autosatisfacción y el autodominio, en sus más hondas intenciones del ser, que sin sumirse en la intranquilidad y el desasosiego, se despliega hasta los contornos más extremos a la vez que desintegra y rompe todas sus fuerzas en unos impulsos siempre más fuertes y punzantes. Lo que primero estaba cerrado puede ahora partirse en unidades, en la belleza más armoniosa, que se reproducirá en las nuevas con toda la belleza plena del conjunto unitario. Y ahí lo femenino se comporta frente a lo masculino como un reducto aristocrático, en el más nble de los sentidos, que se crece dentro del entorno de su propio castillo, de su terreno patrio, con un futuro rico y seguro, que a medida que avanza se dilata, ve propagarse en torno los ideales de una última belleza, de una plenitud —algo así como la línea del horizonte ante el caminante, donde cielo y tierra parecen conjuntarse en una lejanía inconmensurable que retrocede a la par que el caminante avanza.

Hay dos formas de vivir, dos formas de dar a la vida todo su despliegue que sin la división en sexos habrían de seguro quedado en el nivel más profundo, pero que es en vano discutir cual de las dos formas tiene mayor valor o importancia: si aquélla cuyas fuerzas se expanden, o la otra que contornea su centro y ambas se completan así en la esfera de su autolimitación. Ambos mundos, que han sido tan complicados con su pujante desarrollo, no se pueden concebir, como por desgracia ocurre a menudo con tantos malentendidos, en dos mitades de una misma cosa: como por ejemplo las expresiones populares de lo femenino como el recipiente puramente pasivo y lo masculino como el contenido creativamente activo. Si uno piensa en el proceso como en el ser humano se unen las células masculinas y femeninas en el acto sexual, la frase popular sobre progenitor y recipiente se hará todavía más dudosa en su origen. Hombre y mujer, como signo de su madurez y crecimiento, de un crecimiento que ya desborda de sí mismo, unen sus células que producen un nuevo embrión de ser humano, que a la vez contiene dentro de sí un trozo de su padre y de su madre. Ahí de nuevo el óvulo de la madre es el cuerpo más grande, mientras que la infinitud de espermas masculinos, uno o dos de los cuales penetran el óvulo, son el elemento más móvil: ambos representan la esencia de los sexos participantes. Aparte, sin embargo, aparte de la aportación creadora de igual valor a la generación del niño, viene el plus de la aportación femenina por el hecho de que en los animales superiores el niño madura en el

embrión de ser humano

organismo de la madre. Luego de formarse la cría por la aportación de los materiales masculinos y femeninos, el ser humano femenino es el lugar de ulterior desarrollo, el seno de la madre como el seno de la tierra madre, donde está enterrada la semilla del hijo para nutrirse y aflorar a la vida. La imagen de engendrar el hombre y concebir la mujer se cae por los suelos: se produce involuntariamente una confusión entre el lugar, o concretamente el local del albergue del bebé y la aportación típicamente masculina y femenina. La circunstancia puramente local de que en la cópula el semen masculino penetra en la mujer, que ésta lo recibe, es algo que propicia la confusión, pues el cuerpo de la mujer sólo albergaría el lugar de crecimiento para ambas partes. En realidad lo que de hecho ocurre es que el óvulo no sólo tiene tanto poder de engendramiento como el semen sino que ha fabricado todas aquellas células que son portadoras de toda generación primitiva «asexual». Este es precisamente el elemento primitivo de la actividad reproductora suficiente en los seres primitivos para la multiplicación, en cuanto por sí mismo se rejuvenecía y fructificaba hasta que más tarde, en una fase de desarrollo superior se hizo necesaria la conjunción de diferentes células —y como algo ya más secundario, el total del proceso fue proporcionado por las células sexuales masculinas.

La menor diferenciación de lo femenino es a la vez su capacidad creadora, y sería posible demostrarlo tanto en lo físico como en lo psíquico. Es la parte que dominadoramente debe cerrarse en lo suyo para que el otro, el macho, pueda inserirse en un ulterior desarrollo, es ahí donde el otro elemento más diferenciado vuelve una y otra vez donde debe hundirse para seguir viviendo.

Una distinta concepción de lo femenino comete constantemente el mismo fallo, tanto si lo considera como parte pasiva o como mero anexo al hombre, tanto si se da peso a lo maternal, como al aspecto de una concepción embarazo y parto, pasivos, todo produce las mismas falsas consecuencias y todavía hoy se pueden encontrar representantes de tales ideas entre las promotoras de la emancipación. Justamente como los demás, ellas también pasan por alto que la mujer es ante todo un ente completamente autónomo y todas las demás relaciones se derivan de ahí. El encuentro de los sexos con todas sus implicaciones es el resultado de dos mundos autónomos entre sí, de los cuales uno aspira a la concentración de sí mismo mientras que el otro preferentemente a la especialización de sí mismo, lo que les capacita a crear, por mor

de su capacidad, a engendrar un tercer mundo altamente complicado, y así unirse felizmente y apoyarse mutuamente en todas las facetas de la vida.

En lo físico, y concretamente en la experiencia maternal, el fecundo antagonismo entre seres aflora como algo claro y típico, pues si bien ahí el varón, pese a ser la parte más agresiva y emprendedora, tan sólo tiene una participación momentánea y parcial en el conjunto del proceso y actúa en una prestación individual de sí mismo para vivir así en una progresiva especialización de sus fuerzas que pujan por intervenciones siempre singularizadas: todo su valor está ahí, en lo que brinda y desarrolla. El ser femenino, en cambio, que mantiene su unidad sin desperdigarse, se serena y reposa en el hecho de identificarse con lo que ha absorbido; ello da plenitud a su ser que no se dispersa en actuaciones aisladas y especiales para un objetivo exterior, sino que se compenetra con lo que crea, se colma con algo que apenas puede llamarse una acción pues consiste en que de su vida, vivida como una unidad, de nuevo emana y se irradia otra vida vivida como unidad. Y así la mujer en la experiencia materna sigue siendo el suelo que nutre la pequeña doble semilla dentro de sí, para sacarla cuando ya no es una parte, un hecho, una actuación de los padres, sino un ser humano pleno y a su vez capaz de reproducirse. Y por ello lo materno es un símbolo de la psique femenina en todas sus manifestaciones externas, en todos los campos, puesto que en ella hacer y ser están mucho más íntimamente ligados que en el hombre, el ser siempre anhelante, el ser que se desperdiga en lo que vendrá. En ella ser y obrar coinciden y todas las acciones individuales no son sino un sereno y satisfecho acto de ser en sí mismo y así para la mujer en la vida «cuenta lo que es, no ya lo que hace».

En esa diferencia de los sexos radica y se oculta un singular doble aspecto de su relación que convierte a la mujer a la vez en dependiente y en independiente del hombre, como lo es él de ella. La mujer es por ello el ser humano más físico de ambos pues vive mucho más inmediatamente ligada a su propia *physis* y en ella se evidencia más claramente que en él el fin último de un hecho que también es válido para él: que toda la vida, incluso la vida espiritual, no es más que una floración, transformada y refinada, de la gran raíz del existir sexualmente condicionado, una sexualidad sublimada por así decirlo.

Y justamente por ello la vida sexual en la mujer aparece en su pleno sentido físico, no como un simple impulso aislado, sino

como algo que lo penetra y anima todo, que se identifica con las manifestaciones totales de la mujer y precisamente por ello no se muestra tan localizado, especializado en su empuje como es el caso en el hombre. Y se llega así a la evidente paradoja de que la mujer, en virtud de su condición sexual, es el sexo menos sensual en el sentido reducido de la palabra. Psicológicamente hablando, no es un error pues medirla en este campo con una medida distinta a la del hombre. En la mujer deben producirse variaciones más profundas que en el hombre para que, por ejemplo, pueda establecerse un atisbo de conexión entre liberación sexual y la de todo el ser humano pleno, como ha sucedido a menudo en el caso del varón. El varón, que es capaz de una tosca satisfacción momentánea de su sensualidad sin el menor sentimiento por sus demás pasiones, emplea para este fin —o hace mal uso, si así se quiere— su disposición corporal altamente diferenciada que le hace posible el ejercicio aislado de una actividad mientras todo lo demás parece quedar como desvinculado. Ese proceder mecanicista, más bien automático precisamente ahí donde nuestros sentimientos han situado lo más íntimo, lo más espiritual, es lo que da a todo el proceso su aspecto más odioso; una odiosidad que engloba a todas las fases y procesos de aquella acción dentro de una visión de algo desproporcionado, carente de armonía.

El ser indiferenciado de la mujer, el anhelo todavía no apagado en ella de una relación siempre más íntima e intensa de todas las pasiones, asegura el erotismo de la mujer su más honda belleza; ella vive lo erótico de otra forma, su physis y su psyché lo reflejan de forma distinta y por ende debe ser juzgada con criterio distinto cuando esa belleza no queda intacta.

No es casual que sea cabalmente la mujer la que es despertada al anhelo amoroso únicamente después de la experiencia sexual y la que sabe y conoce toda una gama más rica de posibilidades al margen de esta experiencia; la denominada «pureza» de la mujer siempre ha sido entendida falsamente como algo negativo y por ende para los hombres libres a menudo ha tenido el resabio de puras quimeras artísticas, de clausura o prejuicio. Y en realidad tiene su lado positivo: y es la feliz unidad que la mujer posee todavía mientras que en el varón las diversas pasiones del alma y los sentidos siempre se disgregan y dispersan al igual que varios exploradores en una ramificación hacia el futuro. Por esa carencia y a la vez ventaja, y radicalmente por eso, la mujer se distingue al po-

seer ella la mayor autonomía en lo sexual, dentro de su íntima independencia y en íntima compenetración con su autonomía: esa gran libertad frente a todo lo que existe fuera de ella. La mujer vive lo sexual constantemente en la estructura de todo su pleno ser como algo que estuviera guardado por cien puertas de oro y con cien caminos seguros; ella vive una elevada vida sexual no sólo en lo estrictamente tal, sino también en el más amplio y común sentido, incluso fuera del estricto ejercicio de sus funciones femeninas y maternales. Dentro de esas funciones su mundo se transforma pero siempre de forma que de lo sexual en su propia vida emerja siempre algo nuevo para su vida total, una nueva existencia, en cierto sentido, desde la que todo debe iniciarse inocentemente, infantilmente, como en el primer día.

Y al ser esto así, al irradiarse sobre lo femenino ese singular gozo de lo eternamente virgen y lo eternamente maternal, las palabras «pureza» «honestidad» y otras semejantes, no denotan algo negativo, sino todo el esplendor y el pleno señorío sobre un mundo al que muchos consideran parcialmente cuando lo hacen únicamente con los ojos del hombre consciente de su sexualidad. La relación entre la virgen y la madre es espiritualmente más profunda de cuanto pueda desprenderse del proceso de virgen a madre. Los períodos de proceso entre ambas, aun cuando no desemboquen en la maternidad corporal, cobran todo su sentido interior por estas dos formas de ser en las que ella vive y por ello el amor del varón halla su honor más profundo cuando él siente y consigue no sólo intuir sino también convivir esos mundos misteriosos en los que la mujer se halla sumida.

En la mujer lo sexual coincide con lo psíquico: lo positivo de su vivir no debe verse tanto en lo concreto de su actuación íntima como en el caso del varón cuyos impulsos y actuaciones hacia el exterior responden a unas concretas necesidades. Y todo el fenómeno espiritual, hasta recientemente, se ha visto sólo parcialmente, sólo en su funcionamiento hacia el exterior, fisiológicamente. Una nueva luz, que a menudo se pierde en los vericuetos, empieza ahora a iluminar el organismo humano en su conjunto; pero atisbos aparte, sabemos pocos hechos con certeza: que aparte de las glándulas de secreción exocrina externa hay en nuestro cuerpo otras, desconocidas hasta el presente, cuyas secreciones internas descubren las investigaciones clínicas de forma que entre las glándulas que por medio de la sangre influyen los tejidos cor-

porales están también las sexuales. Estas poseen (igual que las glándulas salivares) una secreción doble, interna y externa por las que se producen admirables resultados: por ejemplo, el mantenimiento de los caracteres sexuales tras una castración que sólo anule la función externa, y además en la castración de mujeres la curación de las serias perturbaciones de la salud que a menudo se derivan de ello se logra por medio de tabletas ovariales, o sea, comprimidos de tejidos de ovario en forma de medicina. Además de la importancia física de las glándulas sexuales, sabemos de su primordial significación tónica para todo el organismo que las convierte en un recurso de acopio de fuerza para el sistema nervioso. Y ha dejado ya de ser un secreto que, aparte de su valor general como tónico, las glándulas sexuales influyen el cerebro por medio del sistema nervioso periférico. En el amplio campo de lo psíquico se empiezan a recoger datos sobre la relación psico-espiritual de lo sexual, resultados puramente psicológicos que conllevan el descubrimiento y la exploración de miles de posibilidades individuales psicológicas y en ello la mujer sirve como material de investigación, y no el de menos valor. Cuando se haya producido mayor luz, cuando las aportaciones sean más brillantes y se pueda trabajar más estrictamente tal vez entonces la mujer aparezca por primera vez como un ser sexual en toda su plenitud.

Cuanto la mujer enfermiza o perturbada en su equilibrio ha confesado al médico o al psicólogo por sus estados de ánimo, bien podrían haberlo manifestado más claramente las mujeres sanas, y antes de la ciencia que les va a la zaga, si entre ellas hubiera habido tantos poetas o artistas como entre los hombres. Pero muy raramente las mujeres han hecho poesía de «sí mismas», tanto inmediatamente, como mediante un arte femenino sobre el hombre o sobre el mundo, tal como ellas los ven. Todo cuanto existe sobre el tema es bien poco, y todavía de este poco mucha parte ha sido hoy en día exagerado por la protesta, o por el rechazo de las opiniones masculinas y de sus firmas, incluso dentro del terreno artístico.

Aunque el arte del hombre de hecho haya entendido a la mujer bien sea de una forma fuertemente tradicional, o bien la haya contemplado parcialmente con los prejuicios corrientes, debemos con todo explorar las obras de su arte si queremos descubrir algo de lo más profundo o superficial, de lo más simple o fuerte de cuanto vive en la mujer. Y para ceñirnos a lo moderno: ¿no vale

tanto un par de las mejores cosas en la prosa y poesía de Peter Altenberg[2], si bien parciales y de mira estrecha, como las mejores confesiones o poesía de mujeres? ¿No se expresa ahí con más diáfana claridad la autonomía femenina, lo intocable y soberano de la mujer en algunas de esas páginas? ¿No se emancipan ahí las mujeres más auténticamente, no se enfrentan a sí mismas más que con cuanto puedan lograr con mayoría de voces o pruebas de superioridad y ardientes luchas sociales? No quisiera yo ahí adentrarme en la poesía de Altenberg pues su más íntima y fina originalidad no la debe al hombre que hay en él, sino a una mordacidad cuya definición me llevaría muy lejos.

Cierto es, no obstante, el hecho de que el artista masculino por ser tal, está muy cerca de la mujer y la entiende muy bien, y precisamente a través de su situación de creador. Su creatividad le despoja de su conciencia agudamente acentuada, del aspecto cosista y activista del género masculino, para dejarle aparecer más compenetrado, unitaria y orgánicamente, con lo que crea, al igual que la mujer, y mantenerle en la felicidad de un cierto estado de preñez espiritual, que vive hondamente dentro de sí para sacar lo creado de lo profundo de la totalidad de su vida.

No es casual que a menudo se descubren caracteres femeninos en los artistas o que se les reproche su falta de masculinidad. Al igual que las mujeres ellos también son menos dueños de sus capacidades y estados de ánimo, son más sensibles e influenciables por cuanto de oscuro les impele tras sus ideas e impulsos de la voluntad, que luego se cuaja como en sueños en sus creaciones; el genio estriba precisamente en participar del carácter de ser menos diferenciado como raíz de su actividad creativa, en ajustarse más a ello que a su propia personalidad tal como pueda aparecer en sus horas claras, despiertas de inactividad creativa. En ese parentesco de manifestaciones entre artista y mujer, por mor de su fuerza productiva interior, hace que en él toda su masculinidad práctica se subordine como a una corona real que lo amolda todo a sí. En la mujer, por el contrario, es el fundamento de su ser, con toda su manifestación un aspecto de su forma práctica de existir, de su forma de vivir, pero no es ninguna capacidad del espíritu para desgajar de su vida las obras. Incluso arrancando del mismo punto, es decir, de los impulsos creadores y vivos, indisgregables

[2] Peter Altenberg, 1859-1919 (v. «Retrospectiva de la vida»).

de su actuación, nacido de su singularidad, artista y mujer llegan a objetivos diferentes. (En el artista vive ese oscuro impulso y pervive en sus obras como fuerza modeladora, pero expresado en una claridad y forma propias, como algo nuevo y distinto en sí, que había sido el impulso de todo el proceso; en la mujer en cambio perviven impulsos creadores mucho más primitivos, pero que constantemente se ahondan en la propia experiencia, y cuyo ímpetu se manifiesta en su propio ardor sin abrir caminos propios. En la mujer parece como si todo desembocara en su propia vida interior, no hacia el exterior: dentro de su interior como en el ámbito de su propio círculo, como si no pudiera salir de ella sin herida o dolor como la sangre de la piel.

En sus más sublimes producciones no se expresa hacia el exterior en una única singularidad, de forma diversa como en un artista a veces una obra puede calificarse como la mejor y sublime, a la vez que en él en su vida práctica aparezca simplemente como un albañil, como un mero instrumento. Tal vez a la mujer, según leyes ancestrales, haya que compararla en sus manifestaciones a un árbol cuyos frutos no pueden cogerse, separarse, empaquetarse o expedirse como si sirvieran para todos los fines, sino que deben verse como una manifestación global del árbol en su proceso de floración, maduración, belleza global de sombra, en su mera forma de estar ahí, de actuar, como de algo de donde constantemente salen nuevos vástagos, nuevos árboles. Agitado de vez en cuando por el viento, o al inclinarse por el propio peso deja aquí y allá un fruto, que no siempre será amargo, sino maduro y dulce, un solaz para el transeúnte, pero siempre es una fruta de otoño que cae sin esfuerzo y no debe verse más significado que justamente éste. Quiero decir, con otras palabras: es una manifestación vital, como totalidad de vida, es como cuando la mujer manifiesta su fuerza y su jugo dentro de su propia peculiaridad de ser, y por ello sus obras del entendimiento no pueden parangonarse con las obras del hombre cuyas mejores obras se producen cuando él ha concentrado toda su atención en un solo punto, con todo el derroche de un ser humano absorbido y puesto allí.

Incluso cuando una mujer quisiera gastarse en una sola obra, tan sólo parcialmente lo lograría mientras que en la otra parte se sentiría escindida y atrofiada. Su competir tanto espiritual como práctico con el hombre —querer dar prueba de su capacidad en cualquier campo de actividad o profesión—, es como algo diabólico, una manifestación de orgullo ahí expresada que la llevaría a

la más mortal prestación en la que la mujer podría enredarse. Incluso la ausencia de orgullo es lo que produce su propia grandeza natural: la certera consciencia de que no necesita hacer tal demostración para sentir la sublime justificación como mujer, de que sólo precisa llegar hasta el trecho donde se extiende su sombra, estar ahí como descanso para el fatigado, como deleite para el sediento, sin cuitas de cuantos frutos se pueden ofrecer en el mercado.

Si así se quiere, y justamente en este sentido, la mujer es el ser humano que más disfruta de deleite, el que goza del deleite de vivir, de su egoísmo menos cortador de aliento. Todo cuanto engloba el mundo de la mujer, todo eso bueno puede gozarlo ella, al igual que uno goza de las delicias de la primavera al solazarse en ellas. Unicamente el hombre posee aquel desprendimiento de sí que le permite alcanzar en poco tiempo una meta, un objetivo, realizar una tarea, una profesión singular, pues ahí concentra sus más diversas esencias al perseguir el objetivo hasta la autoinmolación y producir así lo más sublime. El hombre encumbrado renuncia a toda una armónica vivencia de sí mismo en la prestación de todas sus fuerzas, y se siente feliz, hermoso y sano cuando puede alcanzar un objetivo concreto con una firme especialización de todas sus energías; esa meta le mutila entre las circunstancias, y cabalmente la circunstancia de estar en condiciones le hace virilmente grande. Por este poner toda su carne en el asador, está más y más seguro del proceso de toda su línea de actuación; como de antemano está predispuesto a una capacidad diferenciadora que suscita en la mujer una sonriente flema final y dichosa; y si uno quiere cifrar en una imagen esos rasgos del ser, debería compendiarse en las de un corredor sin aliento y la del que descansa dentro de un campo de frutos.

La tendencia femenina de llevarse tan sólo a sí misma y estar personalmente al fondo de todos sus ímpetus de desarrollo, de lograr un mayor despliegue de su ser, más amplio, en vez de proponerse la realización del propio ser en la entrega a la cosa individual y concreta, a menudo ha ganado a las mujeres el reproche del dilettantismo, de la inconsecuencia y de la superficialidad. De hecho resulta más difícil a la mujer seguir una línea que vaya hacia delante, no saltar de ahí para llevar a término un impulso repentino, recibir gozo del cambio. Pero todo esto que la hace de menos valor que al hombre radica en que no puede desviarse de tomar algo únicamente si la alimenta, si la anima, si se le asimila y la

permite seguir viviendo. Lo que en apariencia pueda semejar «dilettantismo», «ser un aficionado» surge a menudo de lo profundo de su propio ser, que prefiere la plenitud del círculo a la singularidad de la línea recta, menos que de su debilidad que se canse rápido y se vuelva tornadiza. De ahí la forma femenina de entender cosas que no puedan resultar plausibles al entendimiento; posee mayor capacidad de asumir las contradicciones y elaborarlas orgánicamente que el hombre que debe sufrirlas teóricamente primero antes de verlas con claridad.

La verdad para el hombre es más bien algo que se comprueba lógicamente y que logra el asentimiento de una mayoría de mentes intelectualmente desarrolladas; para la mujer en cambio la verdad lo es sólo en cuanto despierta la vida, la que tal vez sólo ella en un caso especial pueda asentir, pero haciéndolo con todo su pleno ser, hondo e indiviso. El fin último de las cosas no es simple ni lógico, sino complicado y falto de lógica y ante esta verdad la mujer siente una resonancia singular e instintivamente su pensamiento es individualista, caso por caso, incluso cuando ha tenido una formación lógica. De ahí que sus ideas abstractas se personifiquen muy fácilmente, no sólo por ponerlas en relación con determinadas personas, sino por sí misma como si emergieran vitalmente de su propio fondo vital; ella necesita entretejerse con las ideas que le sean vitales, debe experimentarlas, debe incluirlas dentro de sí y de su cálido mundo hasta que no sean simples eslabones de una cadena, sino una redonda plenitud, pequeñas imágenes de eternidad en vez de consecuencias necesarias y vinculadas.

En todo ello hay algo que también impele al hombre en su más hondo pensar en la medida en que éste no logra salir de su propia piel, y en todos los casos en los que no se conforma con una cadena formal de ideas, no puede aislarse, sino que debe vivirlas como un pensar que es jugo de su propio jugo y sangre de su propia sangre. Sin embargo, cuanto en él sólo se logra de una forma sutil y oculta, como algo que en cierto modo controla y lleva a conclusión, ello es en la mujer la fuerza dominante al manifestarse en ella como algo subordinado a la frase principal, lo que en el hombre vale como un caso, una confesión de la que se avergüenza: cuanto no entra en nuestro sentimiento no sigue ocupando nuestro pensamiento.

En esta disposición intelectual radica, como en su pleno ser femenino, el que la mujer se sienta más fuertemente condicionada y vinculada a su propia physis que el hombre. Este punto es a me-

mudo considerado de una forma convencional, y precisamente por mujeres a las que gusta definirse a sí mismas como si únicamente se dieran cuenta de enfermizas manifestaciones de su ser femenino, o de las situaciones cambiantes de su organismo. Y precisamente es esto lo que incluso en las mujeres más sanas y florecientes es la inevitable ley de todo su propio ser físico, a diferencia del hombre, que vive dentro de sí, y no para ser puesta a la zaga del hombre, sino cabalmente por afirmar toda la fuerza de esa singularidad femenina; se trata ahí de algo extraordinariamente importante y activo, del ritmo natural tanto de su vida psíquica como física. La vida de la mujer sigue un tanto oculto, un rítmico subir y bajar, que se corporiza en un siempre repetido, en un siempre nuevo círculo que determina armónicamente todas sus manifestaciones. Tanto corporalmente como intelectualmente no se expresa en una linealidad que constantemente impela hacia adelante, sino como si el simple hecho de su vivir se plasmara círculo a círculo.

Rara vez ocurre que este ritmo vital se acalle por completo o se neutralice en su influencia; en cambio, y justamente en el caso de personas con plena salud, plenamente seguras de su cuerpo, despierta sus sensaciones en ocasiones de fiesta o reuniones, en plácidos domingos, en horas de hondo y sublime gozo, las cuales brindan una nueva perspectiva de orden y claridad sobre la vida de cada día, como flores que alegran la mesa y el ánimo, pues ahí se repite, en el más estricto sentido físico, cuanto mueve el ser de la mujer en toda su magnitud.

Si bien ya ha pasado la época cuando las mujeres creían que debían paragonarse al hombre en cualquier menester para demostrar su valía, cuando trabajaban con pseudónimo masculino, y no sólo como escritoras, no se han alejado tanto los tiempos en que se miraba con veneración cuanto es propio de la mujer. Mientras no intenten, con todo el ahínco posible, contemplarse en su *diferenciación* del hombre y precisamente con toda exclusividad bajo este punto de vista, aprovechando para ello todos los rasgos tanto físicos como psíquicos, no llegarán a saber qué despliegue tan amplio y fuerte podrán lograr en la realización de su propio ser, y cuán anchas sean en verdad las fronteras de su propio mundo. La mujer no se ha centrado todavía lo bastante en sí misma y por ende no se ha convertido lo suficiente en mujer, al menos no del modo en que vive en el anhelo de los mejores hombres de su época o de su propio anhelo.

Antes le faltaba, como a todas las personas de entonces, el autoconocimiento propio y la libertad de los prejuicios de las usanzas en boga; era inconsciente de todos sus tesoros y potencias confiando sólo en vivir en cuanto le era más inmediato y adornarse con lo que tenía a mano. Más tarde, ya más suspicaz, procuró con admirable estupidez granjearse la fama fuera de su propia casa, en la calle. Y por desgracia para muchas que no pudieron lograrlo, ello no fue una atracción sino una amenaza, con igual fortuna, simplemente porque la inmersión en la miseria social puede ser a la vez una culpa social y así ella se adentra en una lucha en la que necesita brazos para implicarse sin descanso en una actividad distorsionada como la del hombre.

No hay lugar aquí para adentrarse en este hecho que difícilmente se aclara con palabras. Tan sólo una cosa es cierta: que sería muy deseable para una tal existencia que la mujer poseyera un buen estómago y pudiera dar los mismos mordizcos sin mermarse en su belleza propia, que dejara su impronta en las cosas en lugar de recibirla de ellas y que ella, en vez de ciertas incursiones en la capacidad de competir, llevara ahí un poco de alma femenina, de hogar y de armonía ahí donde no hay, pero que podrían hacer el ambiente más llevadero. Sólo el tiempo puede demostrar quién es más fuerte, si la mujer o todo lo que está desfemineizado.

Aparte de estas circunstancias, hay otra que hoy día empuja a la mujer a salir en masa de la estrechez del círculo familiar, y es la evidente e innegable hambre y deseo de una nutrición distinta a la que encuentra en casa. Ambos factores no deben confundirse entre sí: ante los anhelantes ojos de una joven tras una aparente meta de emancipación puede existir únicamente la búsqueda de sí misma y de su propio desarrollo. Incluso tal vez se concrete en el deseo de un trabajo fuera de casa, que no le promete nada, mientras va tanteando los diferentes caminos que quiere recorrer para abarcarse a sí misma, para poseerse plenamente y por ende darse plenamente. Para muchas muchachas que están momentáneamente en contra de sus pequeños deberes domésticos, no es otro el impulso que les incita que crecer y lograr una más rica y preciosa alma femenina en cuyo recinto se logre una mejor paz hogareña; y si a esta paz se anteponen los intentos y ante ella se ahogan las mejores cualidades, se ve una condenada a la eterna falta de armonía, se queda cantuda y desproporcionada, para quedarse en la amarga vejez contando las monedas que no supo gastar.



A este respecto no se puede dejar de predicar una y otra vez libertad y más libertad, y se deben derribar todos los armarios y rincones para conseguir más espacio, para incluso descubrir las voces de anhelo en personas aun cuando las expresen de forma falsa bajo la expresión de teorías hechas y justificadas. Un desarrollo aporta un crecimiento al gozo y resplandor de un ser, pese a las curvas y desvíos que pueda sufrir, al trazar y definir la línea de maduración de una mujer como mujer, de sus capacidades internas en concreto. Cuando uno en tales casos se inquieta demasiado por el temor de que una mujer se quede desasosegada y como desplazada al desplegar demasiado lejos los hilos de sus sentimientos, alejándose de su punto de partida, debería pensarse en un pequeño caracol que recorre satisfecho su camino mientras va llevando a cuestas su propia casa. La casita le es bien propia, pero en el camino crece todo cuanto ella desea y necesita para convertirse en auténtico y pleno caracol. La mujer también, de modo semejante, si bien a menudo sin una clara conciencia de ello, lleva consigo lo hogareño y doméstico donde el anhelo la empuja a enriquecerse con cosas que más tarde cobrarán su pleno valor femenino. Sin saberlo ella misma, va adornando, ampliando, elevando y confirmando esa morada de su ser en donde otros hallarán paz y sosiego, y por eso será justamente ella la que podrá saltarse sin cuidado las barreras de la casa que puedan existir en su entorno, las reglas de comportamiento vigentes. Esas reglas que ya se le han vuelto vacías y superfluas, como vainas o caparazones de las que debe despojarse, mientras que ella misma desde el interior de su propia vida se las va creando.

No es el más artista el hombre que necesite verse entornado por todo el aparato de las muestras de la belleza premiada para sentirse incitado a crear, como tampoco es el hombre más religioso quien se sienta desampardo cuando le faltan iglesias y ceremonias... y tampoco será la mujer más femenina la que precise mayormente de la casa, de la moral, del círculo cerrado para sentirse mujer, sino que es cabalmente su capacidad creativa la que supedita todo eso a sí misma.

Por muy paradójico que pueda parecer: la casa, las barreras deben existir mucho más para el hombre, deben venirle dadas del exterior precisamente por tener él su poder y productividad en otro sitio y puesto que él, en el incansable pujar y moverse de sus facultades, necesita metas a sus actividades que le sean exteriores. Para su solaz, su restauración, su gozo vital debe ya encontrar



hecho un conjunto o recinto armónico donde la mujer mora. Así como él puede sentirse perdido plenamente fuera de tal recinto, y desapacible en su honda satisfacción, la mujer por el contrario necesita siempre nuevo aire y nueva luz para explayarse y florecer para no sentirse sofocada ni limitada en su angosta autosatisfacción.

Tal vez no exista ninguna caricatura tan grotesca de la mujer como ese satisfecho aferrarse a cualquier pequeño detalle concreto mientras ella debe expanderse hacia algo más lejano por ser algo que responde a su forma de ser, el tomar lo existente como un elemento para construir el todo. Ese tipo de mujer está llena de tonos ridículos y exageraciones puesto que un par de naderías de su menudo haber las ve, y no puede ser menos, como parte de su mundo total, mientras que en ese afan se manifiesta su fuerza femeninamente creativa.

La falta de espacio para el desarrollo de la mujer es igualmente tan mala como la libertad de movimiento para el desarrollo del hombre, pues así como él querrá lanzarse hacia donde sus capacidades apuntan y ambicionan, ella también debe crecer y aumentar hacia un siempre mayor alcance de su ser.

Y en esa medida se conforma para ella dentro el ámbito natural de su propio ser su peculiarmente propio concepto de la vida, su ética, su patria personal y desarrolla su propio estilo en todo aquello en que marca con su impronta, en todo cuanto dice o hace o la rodea. De ahí emana a veces la impresión de una extraña mescolanza de contradicciones en la mujer: la simultánea impresión de lo más salvaje, impulsivo, contradictorio, y también de lo más armónico, pacífico, concorde; de la instintiva protesta contra la ley, órdenes, responsabilidad, deber, e incluso viviendo con una elevada moral que nunca las infringe. Si uno quisiera osar una comparación estólida, pódría decirse que desde este aspecto la mujer podría compararse con una banda de ladrones organizada que lleva una vida totalmente al margen de la ley sin sentir vinculación alguna con los demás hombres, pero que a la vez sigue unas normas de ladrones igualmente estrictas y severas que emanan de su propia forma de ser, como las nuestras de la nuestra. La mujer siente un respeto recóndito por los valores tradicionales, más que el hombre, por mucho que los discuta, y tiene a menudo muchas más causas que él para adherirse a ellos; no obstante toda la verdad, pureza y belleza del mundo la siente primero con su propio sentimiento mientras que el hombre entiende las cosas histórica-

mente y las valora más objetivamente como cosas. La injusticia en la mujer, o en un sentido más tradicional, falta de conciencia, la hace mucho menos cultivada que él, hace que no se pierda como naturaleza ni tan fácilmente pueda debilitarse como él, que, a su vez, se ha supercultivado en todo momento ya sea porque ha adiestrado o bien realmente sublimado su naturaleza presta al sacrificio para las más diversas tareas hasta el punto de que el varón ya no puede ser un «organismo» de acción unitaria.

Si bien el hombre se sabe de memoria todas las debilidades femeninas, ella sigue actuando en él como una profunda acción benéfica a través de la totalidad de su ser femenino más compacto y en cierta medida más fresco; precisamente porque ella, en un sentido nada confuso, está ciertamente ahí como el trozo de la naturaleza indiferenciado una y otra vez; ella es «todavía» en su belleza y totalidad, algo que «ya» no es él, un símbolo a la vez de lo que él ha renunciado a ser, por ser hombre, y de algo que en una nueva fase más sublime no puede alcanzar tampoco. Todo el amor más profundo del hombre por la mujer, todo su anhelo por ella, se desenvuelve de algún modo en este simbolismo; ella se le aparece a la vez, y con cierto derecho, como la más primitiva y a la vez el ser más perfecto, en un más avanzado estado de plenitud; ella se le muestra a la vez como el niño, sobre el que tiende a inclinarse, cuya inocencia, incosnciencia, ludosidad y despreocupación le fascina, pero también como la gran madre de toda vida, en cuyo regazo quiere esconder la cabeza, en cuya anchura y bondad se conjugan todas las discrepancias, durezas y disonancias de su propia vida.

Más que de la propia mujer como individuo, el hombre se siente como frente a una imagen ancestral del género. Y no sin fundamento se le forma una clara intuición de la totalidad, antes de comprenderlas como seres individuos, pues la mujer es más semejante a otra mujer, que un varón a otro. En cierto y recóndito sentido es verdad que la desvergonzada brutalidad de la sensualidad habla de la mujer indiscriminada: «tanto vale una mujer como otra». De una mujer, que se haya cultivado y progresado en todos los aspectos, no se puede decir en el mismo sentido que de un hombre ilustrado que se haya individualizado completamente. La imagen del varón es de tal índole que en ella las más diversas cualidades conjuntadas en las combinaciones más diferentes se singularizan y modelan en su soberana individualidad; cada una toma, según la orientación dominante y cabalmente por ella, una espe-





Lou Andreas-Salomé.

cial forma propia donde se perfilan aristas singulares que destacan de las demás en un conjunto con más solos que armonías. La mujer ilustrada no se ha vuelto tan distinta, tan *otra*, como *ancha*, ha crecido en proporcionalidad, a no ser que se trate de accesos o de crisis; de carecer de esa proporcionalidad, es que únicamente se ha desarrollado en una disonancia, en un callejón sin salida, en una perplejidad de donde debe primeramente salir para seguir creciendo con un instinto indesviable.

Se debería aludir a algo más claramente típico cuando se dice «¡qué mujer te has hecho!» que cuando se afirma «¡qué hombre eres!» Y es digno de mencionar como frases de novela se hacen mucho más frecuentes en el último sentido, como prejuicios unilaterales, que en el primero; casi siempre tan sólo suscitan la idea de un vago ideal de valor, coraje y fuerza y no se comprende por qué tales cualidades no deberían ser también propias de la mujer, por ejemplo de la madre que protege a su cría, y muchas otras.

El varón engloba igualmente una mayor gama de posibilidades y de matices; recaba su valor a través de su individualización más consciente para la que en cada caso hay que presuponer una distinta combinación de atributos para juzgar entre «viril» y «no-viril». Esa suma de poder y energía, que define a todos los héroes de Marlitt incluso físicamente, es a menudo orientada por el hombre, el hombre cerebral, hacia distintas salidas por las que se hace mártir o creador, explorador o víctima de su idea y así se despoja de su fuerza humana. De ahí que el tradicional ideal de hombre suele únicamente trasguear en las cabezas de mujeres mientras que los hombres no entienden por destreza viril lo mismo, sino que con motivo de la diferencia humana que reside en todas las artes reconocen la superioridad varonil bajo diversas facetas.

Para la mujer, en cambio, importa menos el ocuparse en algo importante que precisamente el hacerlo como mujer; en grandes rasgos y paradójicamente exagerando, se podría afirmar que la diferencia entre mujer y mujer es principalmente cuantitativa, mientras que mayormente cualitativa entre hombre y hombre. Sé bien que tales tópicos, que únicamente pueden utilizarse en las concepciones más primitivas, no se pueden tomar literalmente, por lo que las mujeres de hecho tienen algo de relucientes gotas de agua, que son más grandes o más pequeñas por su contorno, pero que aun siendo de menor o mayor tamaño tienen la misma redondez y de no mantenerla desaparecerían lamentablemente hasta perderse su último brillo en el polvo de las cosas.

Por muy interesantes y pujantes que, por lo contrario, pueden antojarse las más bizarras y singulares diferenciaciones en el ser del varón, la mujer tiene poco motivo para la envidia y para un mal entendido orgullo que la llevara a rivalizar; la fuerza que compacta a las brillantes gotas de agua, como un mundo redondo que sea autosuficiente, las convierte en una imagen del todo, de todo lo eterno, y hace posible que dentro de esta imagen se sumen en devotas y aprensivas reflexiones, al igual que las atrevidas ideas en el ser del hombre se despliegan en líneas que exigen la consideración de las posibilidades futuras. Únicamente el orgullo tremendamente personal, que radica en que se logre un cierto peldaño de culminación personal como Ana o María, más que como mujer en general, encuentra allí su propia cuenta y eso es una suerte, puesto que en compensación para la femineidad, menos cosificada, más cerrada en su ser personal, autárquica en su propio mundo, no debería aflorar el pujante anhelo por la singularización; la mujer debería considerarse más en conjunto y no tan aisladamente como puede ser el caso en el hombre.

En la lucha del varón por el desarrollo y la profesión individual no cuentan por igual todas las facetas de su ser, su conciencia de individualidad debe mantenerse no sólo en el conjunto de la globalidad de su ser sino además en las actuaciones individuales que a veces se pueden exagerar hasta el último extremo con el fin de lograr el gozo y la seguridad de sí mismo y no perderse en lo que realiza. El vivir tanto como persona como dentro del conjunto, la autoafirmación y la integración en la vida común se realiza en los sexos en virtud de las tendencias del ser que de antemano vienen diferenciadas por su peculiar disposición, y se aúna de forma diferente, combinándose en ellos de forma diversa y dando a cada uno de ellos una especial fuerza en la vida. La mujer aparece al hombre como el ser menos individualizado, y asimismo como el ser que tiene una parte más inmediata en la vida total y así puede actuar en calidad de su personal portavoz con una bondad y sabiduría que va más allá de cualquier razón. Se implica, por así decir, con otro ademán orgánicamente en el todo de la vida, con una actitud más amplia y oferente que la del varón, con su rechazo a todo cuanto pueda impedirle esepcializarse más y siempre más. Como una gota que al caer en el mar pierde su forma, pero regresa así a su elemento, lo mismo pasa en el tránsito del individuo hacia la muerte, o de su enmarañarse con las fuerzas que dominan la vida; eso es para la mujer algo más pleno de sentido que la misma

sensación para el hombre. Cuando ella, que ya es un todo, vuelve al todo, es entonces como si viviera un primitivo sueño, que ordenándose y precisándose a través de un oscuro recuerdo reposa en su norma de despliegue humano, un sueño de los tiempos sombríos en los cuales todo estaba en todo, todo era todo, y nada vivía para sí pues no estaba fuera de la naturaleza.

En la medida en que una mujer se hiciera más grande, profunda e importante, con mayor sutileza e intimidad podría asumir dentro de sí esta oscura totalidad, podría sentir su latido como una gota clara que a la orilla del mar ha sorbido del mar lo bastante para no perlarse en un ostracismo. Autoafirmación y entrega se alimentan en ella de la misma fuente interminable y por ello se pliega con una impulsiva piedad ante los últimos misterios del fenecer y nacer. Unicamente es el hombre quien con toda agudeza se convierte en el personaje trágico de la criaturas humanas pues en la medida en que se ha desarrollado más plenamente, se ha ido desenraizando del suelo de la naturaleza, y pugna por ello, para lograr la mayor individualización, hasta que de nuevo a la fuerza vuelve a ser absorbido por el seno de la naturaleza; él debe pechar con esta escisión y no lo hace sin lucha.

Basta simplemente con situarse, desde un punto de vista meramente estético como si se tratara de fijar las líneas más importantes, y contemplar los cuerpos de ambos sexos, como en su declive de las fuerzas elementales, y uno quedará sorprendido por la espontaneidad de las imágenes: de pronto se nos presenta el cuerpo desnudo del varón con músculos rígidos que se opone reacio a la muerte como si en este trance él perdiera su propia belleza, pero la mujer con las suaves curvas de su desnudez parece como si se inclinara y aceptara para entregarse a las fuerzas a fin de que la belleza se realice en belleza.

No es en modo alguno una casualidad que la mujer en comparación con el varón, según una antigua regla de la naturaleza, sea «piadosa» como una disposición natural y esté más en consonancia con el sentido último de todo destino y que el llamado «ateísmo», el espanto de otros tiempos, se muestre en ella hasta su más odiosa caricatura y perversidad. De esta concepción no se deben tomar únicamente la superficialidad de su corteza, pues no se debe entender en su mero contenido dogmático sino en la plenitud de sentido referente a la mujer, en el proceso de su vida, y en este sentido no se privará del todo de razón a una concepción completamente pasada de moda. Y así tendremos unas descripcio-

nes del ser de la mujer, como en aquellas antiguas ideas que en su formulación teórica presuponen muchos prejuicios: hogareña, vela por los suyos, religión, humilde, subordinada, pura, moral, y otras más, que en conjunto no son en modo alguno calificaciones casuales sino que, por el contrario, encierran tanta verdad que espontáneamente se intenta reconsiderarlas como símbolos o ilustraciones tan pronto como alguien no quiera presentar una descripción meramente abstracta de la mujer. Sin duda que frecuentemente no son más que imágenes o símbolos toscos, globalizantes y con tintes de infantilismo, y nada más que eso; pero de ellos puede afirmarse lo mismo que del punto concreto de la «piedad» femenina: que esa piedad, prescindiendo de los presupuestos y condicionantes de la fe en los que se manifestó, por una cierta disposición natural del ser, fue atribuida a la mujer y ella la mantuvo incluso cuando habría podido romper tales predisposiciones que, a su vez, sumen al hombre en la impía revuelta y odio. El despliegue de la mujer se ha venido empujando partiendo de todos esos ámbitos para forzar ese círculo que se había vuelto estrecho y lo va ensanchando con éxito, no obstante no puede saltárselo y sustituirlo por unas líneas o formas de ser completamente distintas; debe mantenerlo, ensancharlo y afirmarlo con la fuerza de su creatividad hasta que le brinde mayor espacio, más amplio campo de juego en todas direcciones.

Muchas cosas que a la mujer se le antojan como alicientes de emancipación en realidad no lo son, y lo que parecen protestas y negativas llegan a convertirse, en su profundo sentido, en una aceptación; nada puede emancipar a la mujer tan honda y auténticamente como la intuición de que a ella, a través de algo que en sí es angosto, en su sentido artístico, se le brinda justamente el camino por el que podría llegar a una plena y piadosa meditación de la vida, podría descubrir el punto en donde la vida y ella misma disfrutan de una secreta y mutua armonía.

Muchos de los conflicos que aquejan a la mujer de hoy tienen este significado tanto en el matrimonio, en la sociedad, como en la lucha por la existencia, mientras que parece como si en ellos la mujer se sintiera externamente cercada en su femineidad más que internamente. Era ciertamente una ventaja en los tiempos antiguos con sus mentalidades y criterios más compactos el que uno no pudiera engañarse al respecto pues la mentalidad, menos complicada, expresaba la vida interior con menor complejidad. Así por ejemplo, la religión positiva actuaba como un techo más seguro,

como un templo que protegía la cabeza de la mujer y ella entraba inmediatamente en relación con su supremo señor y su suprema determinación sobre todas las relaciones humanas, conflictos y deberes, mientras que hoy apenas podría expresar lo que realmente ella piensa si hablara de una obediencia más sublime y más íntima para consigo misma antes que para con el mundo exterior.

Su propia autonomía, su hondo anhelo femenino de crecer siempre en constante armonía consigo misma se presenta, para quien se sitúa al exterior, casi confundiéndose con un anhelo orgulloso y varonil de querer liberarse a costa de los restantes aspectos de su ser. Y así en todo momento ella se ve encarada con la elección inevitable entre sentirse igual al hombre y buscar su salvación en un desarrollo parcial dentro de su profesión hacia el exterior, o resignarse a ser un mero apéndice del hombre y voluntariamente covertirse en un simple medio para que éste logre su autonomía.

Menciono con toda intención ambas alternativas, que me parecen igualmente desprovistas de femineidad, o sea, igualmente faltas de armonía, pues realmente surgen de la misma causa, según puedo presentir. El grito demasiado fuerte y demasiado consciente por el hombre y sólo por el hombre en el que una quiere perderse, al que en una exaltada posesión se eleva a la categoría de Dios, por el que gustosamente se acallan todas las demás aptitudes en caso de que él consienta que se viva a su costa como un parásito y cargue con el bulto a cuestas; ¿qué es si no un idéntico vacío y desgarramiento, febril excitación y codicia lo que, sólo que en forma distinta, impele a cientos de mujeres insatisfechas a ocupaciones unidimensionales en el campo de la actividad profesional para ocuparse como sea en algo, colmarse y desgañitarse?

Ambas corrientes tienen en común el aspecto de que exteriorizan el centro de gravedad de la mujer, desplazándolo desde el interior de sí mismas para situarlo en otro hombre o en otra cosa para así desorientar el punto natural de equilibrio. Logran así una especie de idolatría que acogota su íntima productividad humana, que astilla su círculo de oro hasta el punto de que ella ya no tiene nada en su serena seguridad y por tanto no se halla ya en condiciones de dar. La mujer, que sería la que más tiene por dar —pues justamente ella se afirma al darse a sí misma, y no se entrega por pobreza o carencia sino por riqueza y plenitud, debería reposar lejos de todo eso en su gran recogimiento, en la serenidad de su alma. E incluso en relación con el hombre al que ama, o del hijo

al que nutre, conservaría en ese definitivo reposo y recogimiento algo del ser de aquellas mujeres de los viejos tiempos, que sitúan al hombre, al hijo o a sí mismas en un terreno más elevado por el que ella debe saber una cosa ante todo, y por la que ella se convierte en la medida de todas las cosas.

Dentro de la corriente que gustosamente convertiría a la mujer en un mero apéndice del hombre gusta de referirse, con error, a los «buenos tiempos pasados» cuando la mujer era la sumisa y obediente al hombre, la parte que únicamente dependía de él. Pero entonces la mujer no sólo poseía un ámbito de trabajo práctico y de actividad creativa en el que mandaba y se sabía extraordinariamente diligente, fuerte, indispensable y responsable, sino por encima de ese ámbito e incluso sobre el ámbito del hombre reposaba un misterioso cielo divino bajo cuyo resplandor se movían en común humildad. Y así cuando el hombre también se subordinaba por entero, esa influencia de la religión se plasmaba en una relación mutua que respetaba la singularidad de cada uno en su raíz. Y el hecho de que hoy día también las apariencias externas de la religión se hayan mudado, no cambia nada en la actual concepción del varón con respecto de la mujer. En la medida en que su ardor y belicosidad le impele hacia delante, tanto más se intimiza en su anhelo y más autónomo, se hace por el paraíso que perdió, o voluntariamente sacrificó. Y reconocerá, más de cuanto esté dispuesto a confesar, que la mujer está cobijada bajo un cielo más seguro, que ella florece con menores cuitas, y no como la mujer que suspira en su mezquina y perpleja debilidad, que locamente se apega a él para transferirle todas las responsabilidades y toda la fuerza de protección; y eso pasa incluso en algunos varones que externamente adoptan la pose de complacida autosuficiencia, de cuya «virilidad» exigen mugrientas imágenes en las cabezas femeninas, mientras que ellas son femeninamente dependientes por completo de esa entrega de la mujer histéricamente exagerada para estimularse. Los realmente «viriles», es decir, el hombre realmente progresista y hondamente metido en la realidad, no se deja engañar por ello sino que instintivamente siente, y hablo por propia experiencia, el mismo horror ante la mujer propensa al hombre como de la fascinada por la emancipación. No quieren que la mujer se pierda en la profesión, pues también sin ella puede sentirse colmada, pero tampoco que se hunda en el hombre como una menor de edad, pues quieren que la mujer se afirme, que ellas, en su propio mundo cuyo contacto les procura una plena totalidad vital,

se hagan un hogar que tiene un protector más seguro que el propio varón, cuyo mayor mérito radica precisamente en que puede renunciarse libremente. Entonces se le muestra como una sublime belleza —y tal vez como la secreta condición básica de toda belleza femenina radica en que ella no se mantiene tan rígidamente erecta como el hombre sino que a la par sabe doblarse sobre sus rodillas como en obediencia y adaptabilidad; pero no es ante el hombre que la mujer se dobla sobre sus rodillas —si es que ello signifique una actitud hacia él— sino para él y para sí misma, con el fin de que la íntima experiencia del alma femenina sea a la vez para él un mudo augurio y prenda de una cierta armonía última de todo ser, una armonía en la que nuestra sumisión debe encubrirse con nuestro sublime dominio y nuestra pasiva humildad con nuestra actividad creativa. Mientras que la mujer ya en su más primitivo ser físico pleno expresa ya esa actitud, puede manifestarlo al hombre en esa misma revelación de su actuar, como una mediación entre su propia personalidad y la vida en la que él se desenvuelve.

Cuanto en la mujer se efectúa espontáneamente habla también espontáneamente de su alteza y de su debilidad a la vez, y eso lo sabe el hombre, conoce por sí mismo aquellos momentos sagrados siempre tan difíciles de lograr que no le han sido concedidos en el valle, sino raramente en las cimas. En el lugar donde él actúa y se exterioriza, donde únicamente se esfuerza, donde ha llegado en su línea mucho más lejos que antes, bien sea como creador, como actuador o como investigador, o en cualquier ámbito de su vida, tan sólo conoce en ellos ningún sentimiento tan poderoso como sentirse pequeño ante quien viaja con él, como sentirse una obra ante quien desinteresadamente puso por encima de su beneficio personal para que éste se lograra. En tales momentos incluso él es «piadoso», se siente en una misteriosa unidad con todas las cosas, y todas las cosas le hablan como a alguien que ha vuelto a casa, que ya no es un extraño, que ya no emprende actuaciones y progresos parciales ni quimeras por sí mismo, sino en una honda compenetración de todo con todo, una profunda unidad de la que todo progreso hacia la individualización toma toda su fuerza para volver de nuevo ahí.

Y cuando el varón vuelve a bajar lentamente de esa cima hacia la vida diaria y la simple tarea y ve a la mujer, entonces se le debe antojar como si viera la eternidad de algo que en un momento ha barruntado, como si viera la eternidad misma en efigie de un



joven ser de rodillas del que no se sabe si se arrodilla para estar más cerca de la tierra o para ser más sumisa al cielo. Ambas expresiones son en suma lo mismo, como si en ellas se personificara algo de las antiguas palabras de la Biblia como un símbolo para el gozo de toda la humanidad:

«¡Todo es vuestro!
pero vosotros sois de Dios»



Lou Andreas-Salomé.

REFLEXIONES SOBRE EL PROBLEMA DEL AMOR [1]

Dentro de las relaciones sentimentales del hombre con el mundo que le rodea, incluyendo personas y cosas, parece a primera vista que todo puede encuadrarse en dos grandes grupos, de un lado lo que nos es homogéneo, simpático, conocido, y del otro lo que nos resulta desconocido, extraño y hasta hostil. Nuestro natural egoismo se siente espontáneamente movido a expandirse, —para adentrarse, compartiendo dolor o gozo en el yo del otro como si se tratara del propio yo—, o por el contrario, a replegarse, evitar el mundo exterior en un ademán de hostilidad o amenaza. El tipo de este egoismo es, en el estricto sentido de la palabra, la firme voluntad individual que únicamente es ama a sí misma, que a sí misma se obedece, subordinando todo lo demás a sus propios fines; el tipo del egoismo abierto, de lo que se llama altruismo, es la naturaleza del samaritano con su ideal de hermandad universal que en cualquiera, incluso en el ser más remoto, reconoce y siente la gran unidad total.

Ambas tendencias se agudizan de forma infatigable e inexorable en el transcurso del progreso de la humanidad de manera que el conflicto, al que ambos son propensos, emerge a la superficie dando así su peculiar impronta a cada época de la cultura. No les podemos dar una reconciliación definitiva y una de ambas tendencias pretende constituirse bruscamente en norma exclusiva, con toda justeza y autoridad, cuando la opuesta precisa de una corrección fuerte por una previa exageración.

Cada persona viva participa, en menor o mayor grado, de ambas y su plena entrega a una debería ponerle en una situación de

[1] Neue Deutsche Rundschau, año XII. 1900.



extremo peligro. El altruismo sin medida precisa de un freno en el amor de sí mismo para poder sacar cuantoda de su propia y segura reserva individual de bienes, y el más empedernido y logrado egoista debe renunciar en su soledad a cientos de posibilidades de felicidad y de riqueza que no se pueden lograr como el fruto de un expolio sino que sólo se le dan a quien se abre a ellas.

Será difícil en la vida real apreciar con justeza y distinguir caso por caso los límites entre debilidad y bondad, entre rigor y poder, y habrá más opiniones y teorías que arena hay en el mar sobre como deben compaginarse bondad y poder en el hombre. Y ese tema se hace interesante incluso desde una perspectiva psicológica puesto que el hombre no puede entrar en ninguno de ambos recintos sin mutilarse, e incluso ambas tendencias, pese a su aparente contradicción, pueden en último término aunarse en algún punto logrando una profunda compenetración; como si por debajo de ambas subyaciera un anhelo básico que constantemente se ramifica en la variedad de sus tendencias sin llegar por ello al aquietamiento: el anhelo del hombre individual para lograr la totalidad de la vida que le circunda, para adentrarse en ella, para sentirse colmado.

El egoísta que almacena y pugna por asimilar para sí cuanto le sea posible, y también el altruista, que se entrega participando en todo cuanto pueda, van musitando, cada uno en su propio idioma, una oración que en el fondo es la misma plegaria al mismo Dios, y en esa plegaria se confunde en una sola cosa el amor propio con la renuncia a sí mismo; y así el «quiero tenerlo todo» y el «quiero serlo todo» recobra un único significado último, el del anhelante deseo. Pero ninguna de ellas logra lo codiciado pues ahí anida una contrariedad: el egoísta debería ser no-egoísta, y a la vez ser él mismo, mientras que el no-egoísta debería ser egoísta, y ser él mismo a la par, a fin de aprender a remontarse por encima de los propios límites de su ser. Nuestro patrimonio siempre queda encerrado en nuestros propios muros, contra los que chocamos y en los que nos dibujamos una imagen del mundo, tanto si logramos ampliarlas como si las mantenemos altas, cerradas y angostas.

Además de las relaciones sentimentales de simpatía, de hostilidad, existe una tercera categoría, las interesadas: una relación que parece ahondar sus raíces donde el hombre se representa su propia impresión del mundo partiendo de su más atávica y sombría sensualidad. En este tercer tipo de impresiones sentimentales se presentan todavía indiferenciados los componentes de las otras



dos, como mezclados de una forma extraña y paradójica; y es cabalmente en esa paradoja donde radica lo nuevo, su eficacia fuera de lo común, su fecundidad, pues produce la sensación de como si el hombre se adentrara en la totalidad de la vida a través de sí mismo y a la vez por encima de sí mismo.

Y ese es el campo de las relaciones eróticas. Con frecuencia se ha notado, y con toda razón, que el amor entre los sexos es la eterna lucha, la atávica enemistad de los sexos y si ello se aplica a los casos individuales se evidencia como cierto que en el amor se juntan dos partes extrañas, dos contrarios, dos mundos entre los cuales nunca hay ni podrá haber aquellos puentes que nos conectan con lo conocido, semejante y familiar como cuando nos acercamos a nosotros mismos, nos movemos dentro de nuestro propio recinto y nos aproximamos a lo nuestro. No es casual que en unas mismas circunstancias puedan darse odio y amor, que ambos sean genuinamente fases de una misma tormenta de pasiones. Tampoco es casual, y emana de la naturaleza de la generación sexual —esa base de la sensación erótica que de ella resulta— que ésta se produzca por la unión de dos células de protoplasma lo más diferentes posible, de donde se derivan las diferencias sexuales y se fijan para siempre en su disparidad. En todo el reino animal no es casual aquella ley que en la mayoría de los casos amenaza la endogamia con la esterilidad, la degeneración y la extición e impele instintivamente a las criaturas a evitar la cría del propio nido en el apareamiento para orientarse hacia animales extraños en la especie.

En el amor nos coge el empuje, dispar de cualquier otro, la mutua atracción justamente porque algo nuevo, extraño, algo tal vez anhelado y soñado nos da la primera ocasión e iniciativa, algo que no es de nuestro entorno conocido y familiar en el que llevamos mucho tiempo metidos y que se nos va repitiendo. Y es por eso que se teme el final de un arrebato amoroso cuando dos personas empiezan a conocerse demasiado bien y se desvanece el encanto de la novedad —y por eso también el inicio de un enamoramiento queda definido por la luz incierta y trémula en la que empieza, y no sólo para prestarle un inefable encanto sino una hechizante fuerza, fructíferamente insinuante, que sacude todo el ser y que deja al alma en plena agitación, que apenas volverán a producirse más adelante. Y es cierto que en el momento en que el objeto amado actúa sobre nosotros como algo conocido, familiar y



próximo y ya no —en ningún aspecto— como un símbolo de posibilidades y de extrañas fuerzas de amor, entonces el propio enamoramiento toca a su fin.

Bien puede ser que los amantes, tras haberse mutuamente revelado de una forma tan peligrosa, sigan un período de mutua simpatía interior pero que nada tiene en común con los precedentes sentimientos con su estilo y colorido, y a menudo se caracteriza por estar plagado de muy menudos encantos pese a toda su amistad muy seria. Y es más, aquéllo mismo que antes nos hechizara en sus múltiples detalles, llega incluso a irritarnos en vez de dejarnos indiferentes como sería el caso entre dos cuya relación inicial fuera de amistad. Y tras todo ello se nos revela el incómodo hecho de que no fue lo homogéneo, lo similar, lo que nos suscitó el erotismo, sino que nuestros nervios temblaron ante un mundo extraño en donde no podemos sentirnos en casa como en la propia, cómoda y sólita cuotidianeidad.

El amante por cuanto respecta al amor se comporta de forma más parecida a la del egoísta que al altruista; es antojadizo, exigente, está matizado por fuertes deseos egoístas a la par que carece de aquella franca y pronta buena voluntad por la que nos preocupamos por el otro, sin buscarnos a nosotros mismos, en el compartir los gozos y los dolores humanos. El egoísmo se revela en el amor, y ya no con tintes de misericordia y suavidad, sino que se afila firme y agudo como una temible arma de conquista. Pero no pretende esa arma, como hacemos al utilizar por puro egoísmo las personas y las cosas, despojar al objeto de su propia finalidad, admirarse de su propio señorío y plenitud, sino que por el contrario lo expolia cuando le otorga valor para todo, lo precia y supervalora, lo sienta sobre un trono y lo lleva sobre la mano. Y por ello en el amor erótico se cobijan todas las exageraciones tanto del egoísmo como de la bondad, ambas se han mudado en pasión, sin importarles la paradoja de haberse mezclado en un mismo y único sentimiento. Es como si se produjera en nuestra vida interior un pequeño desgarro o grieta por la que pudiéramos volcarnos como ebrios en el torbellino de la vida exterior mientras que a la vez seguimos estando marcados por el mismo egoísmo pasional.

Nos hallamos por ello en situación de hermanarnos con el ser querido con aquel amor que abraza en el otro una misma humanidad y la exalta para mantenerse así en el entorno de su propio ser; nos enaltecemos, en cambio, en nuestra propia singularidad y alteridad alejándonos precisamente del que amamos, nos creamos con

extrema viveza la conciencia de la dualidad y distinción, pero en esa comprensión y profundización de nuestro más propio yo se nos perfila e intensifica justamente en la medida en que debemos rebosarnos y refocilarnos en el ser amado. En él, acosada por él, y mutuamente exprimida, desemboca, como en una corriente liberadora, nuestra común fuerza y nos salva productivamente de nosotros mismos. El amante se siente pletórico de fuerza y trasladado a otro mundo como si el hubiera conquistado todo el mundo por mor de esa interna mezcla de sí mismo con algo que le inculca el concepto interior de todas las posibilidades de belleza y de todas las extrañezas del mundo entero. Ese sentimiento, sin embargo, no es más que el reverso psíquico del proceso físico en cuyas últimas consecuencias el hombre de veras se supera a sí mismo en cuanto se afirma y realiza de la forma más plena: en la pasión amorosa se mezcla y asume lo otro no para perderse sino para sobrepujarse, para perpetuarse en un nuevo hombre, en sus hijos.

La relación erótica es pues una forma intermedia entre el ser individual como tal, el egoísta, y del ser con sensibilidad social, el animal de rebaño, el hermano: en la honda y oscura forma esencial de lo erótico ambas corrientes, que nos mueven en su dualidad, se juntan en una corriente primitiva. Pero de ahí no puede derivarse, como se ha hecho con frecuencia, que el arrebato amoroso con su condicionante físico sea precisamente una interior forma de relación con respecto a la total hermanación de espíritus de personas con parejas inclinaciones y, finalmente, de todo con todo, de forma que únicamente constituya una etapa previa, y siempre necesaria.

En realidad lo erótico es de por sí un mundo propio, como el sentimiento social de comunidad o el del egoísta hombre individualizado; recorre todos los estadios, desde el más primigenio hasta el más complicado, dentro de su propio ámbito y cuando en las mutaciones de la vida real se adentra en el recinto de los otros dos no por ello se perfila y refuerza, sino que sencillamente renuncia a su propio ser. Todos ellos tienen el mismo origen primario, en la existencia general del ser, y los diversos mundos del sentimiento surgen de la circunstancia de que los sexos se ansían mutuamente en su erotismo, pero esa base común no tiene ya nada que ver en la evolución sucesiva, pese a lo que podría llamarse un parentesco de sangre: el impulso que mueve a los sexos a buscarse y a amarse sigue siendo por su naturaleza, y permanece así en todas sus fases, algo completamente diferente de las demás relaciones entre los seres.

Se explica, sin embargo, por qué una cualidad que en su meollo es tan paradójica como las sensaciones amorosas suele calificarse de forma tan vacilante; por qué de pronto se minusvalora como algo egoísta, o de pronto se sobrevalora como altruista, cada vez según que la balanza se incline por la expresión de su dependencia física o de su exaltación anímica. Y ahí radica la segunda paradoja por la cual se hace diáfanamente manifiesto que las manifestaciones tanto físicas como espirituales mezclan y toleran las más sorprendentes paradojas. Estamos habituados a distinguir nuestras necesidades corporales y sus tendencias de nuestras exigencias espirituales, pero a la vez sabemos cuán íntima es su mutua interdependencia y cuán inexorablemente también los procesos espirituales son manifestaciones paralelas de otros impulsos físicos; sin embargo, los procesos físicos no se revelan ni expresan sus exigencias con la misma fuerza para llamar constantemente nuestra atención y reclamar nuestra conciencia. Por desapercepción, por esa falta de atención es precisamente por donde se desliza el sentimiento erótico: nos llena, como nada más podría hacerlo, toda el alma con ilusiones e idealizaciones de tipo espiritual para luego hacernos chocar brutalmente contra la fuente de tal excitación, contra los cuerpos. Ya no podemos luego ignorarlo más, ni desviar de él nuestra mirada: y con cada mirada abierta al ser de lo erótico asistimos a la vez a una atávica y primitiva teatrelización, un proceso de nacimiento de lo psíquico con toda su pompa del gran y abarcante seno maternal de lo físico.

Dado que nos hemos habituado a conectar distintos significados bajo las palabras de «corporal» y «espiritual», lo mismo que para los términos «egoísta» y «altruista», espontáneamente nos vemos llevados a entender parcialmente el fenómeno del amor para poderlo abarcar bajo una concepción unitaria. Y de ahí el sorprendente dualismo en la concepción de lo erótico, y por consecuencia su representación desde dos lados completamente antagónicos, hasta que finalmente sus extremas consecuencias desembocan hacia afirmaciones plenamente contrarias a las que a la vez debe dárseles la razón. Pues razón tiene la magnífica exaltación de una pasión, como en el caso de Romeo y Julieta, y razón tiene a su modo su crítica vertida por un nervioso poeta de la actualidad [2] que en todo ello no acierta a ver más que «fastidiosas complicaciones del

---

[2] Presumiblemente, Maurice Maeterlinck, 1862-1949.

amor de la pubertad»; es auténtica la imagen de la pasión expresada por todos los hombres que son tocados por ella, que transidos por su herida van musitando amor, y auténtica es también la constatación, en su desnuda verdad fisiológica, en la cáustica frase del cínico francés cuando dice «l'amour n'est que le frottement de deux épidermes».

La brusquedad de ambos contrastes se ve favorecida por una circunstancia especial. Nuestra vida sexual se ha localizado en nosotros en su aspecto físico y se ha distanciado de las demás funciones, algo así como la función digestiva se ha localizado en el vientre o la respiratoria en los pulmones, pero a diferencia de éstas conduce a una interna excitación de toda la persona que arrastra a todo el ser hasta una extrema pasión. Su actividad es tan central y acaparadora, como puede serlo la de la vida cerebral —el retoño más joven, tardío y tierno de la evolución— en sus íntimas exigencias espirituales, pero aquella fuerza tiene un impulso más brutal en el aparato corporal, y mucho más especial en el primer plano.

Y así lo erótico parece igualmente participar con soberana seguridad tanto de las ventajas de la diferenciación más propia de lo espiritual, que siempre reserva un recinto peculiar para su función, como de las ventajas de una excitación de las fuerzas indiferenciadas y unitarias, que sólo muestran pocas especies animales altamente organizadas. Y esa doble actividad logra imponerse con éxito en su empresa tal vez porque representa aquella fuerza que primero apareció —con los primeros destellos de energía nerviosa, de actividad psíquica— en la vida de los seres, que no sólo les acompañó en su ulterior evolución sino que se ha convertido en el paleo seno del ser desde donde surgen hasta el fin del mundo.

Incluso en la vida amorosa de los animales se produce el fenómeno humorístico de ver como su ardiente deseo por un lado se satisface de una forma simple y espontánea, al igual que cualquier otra necesidad vital, y por otro determina su mundo sensual hasta el éxtasis sentimental, o incluso la hinopsis pasional. En las relaciones eróticas entre personas no siempre prevalece el aspecto humorístico del ejemplo: se toman a veces de una forma tan groseramente cómica que se convierten en objetos, de lo que uno debería avergonzarse de hablar como si por ello se rozara lo vulgar, o se toma de forma casi trágica cuando las exaltaciones eróticas aparecen como ilusiones engañosas o fatales obcecaciones.

Una oscura sensación de ese aparente carácter dualista del fenómeno del amor puede incluso producirse en el amante y es

quizás uno de los más firmes fundamentos de aquella vergüenza hondamente instintiva que las inocentes personas muy jóvenes sienten mutuamente de su relación corporal. Ese atavismo de vergüenza no deriva únicamente ni siempre de la educación recibida, sino que surge espontáneamente: ellos expresaron y sintieron precisamente en el amor la totalidad de sí mismos, la totalidad de su ser plenamente experimentado, y el paso de esa captación de su totalidad hacia una implicación activa de un proceso corporal, que carece del pleno acento de una actividad que realiza, es lo que produce confusión; puede tener el mismo efecto como cuando —dicho en expresión paradójica— de repente se halla presente un tercero cuya participación no se había hecho plenamente evidente hasta el momento: los cuerpos como tales, los cuerpos como parte de la persona de por sí. Y ello puede suscitar la impresión de como si en el fondo ellos se hubieran hallado más cerca antes, totalmente cerca, inmediatamente cerca —en la incondicionada orgía de su unión de almas.

No obstante, esa aparente dualidad en el proceso amoroso tiene precisamente su raíz en el hecho de que los «cuerpos» y también las «almas», ambos, expresan ahí sin tapujos todas sus paradojas y nos impelen por su efectiva implicación en todos nuestros movimientos. Lo que ahí se produce: la unión entre dos personas en virtud de la atracción erótica no es quizás la única —ni incluso la más propia— unión que ahí se realiza, pues ante todo se produce en cada persona, propiamente por ello, una especie de embriagante y jubilosa interoperación mutua de las más sublimes fuerzas productivas del propio cuerpo y de la más alta elevación espiritual.

Mientras que fuera de ahí nuestra conciencia de la propia corporeidad se nos antoja como un mundo bastante malo y difícilmente controlable, dentro de la que un ser debe moverse pero que en realidad malamente se tolera las más de las veces, de repente se produce e irrumpe una inervación comúnmente sentida entre los que mutuamente inflaman sus deseos y anhelos. Como la mayoría de personas casadas que a menudo pelean, pero no por ello se pierde la irrefutable sensación de la propia unidad viviente, de igual forma cuerpo y espíritu se reencuentran súbitamente ante la delicia del enlace renovado de hora en hora: entonces el gran día de fiesta y júbilo al son de trompetas y timbales, con el gozo que pulsa hasta en las puntas de los nervios, en una dicha sin fin. Y esa fiesta es la auténtica celebración del arrebato erótico en donde

los cuerpos y las almas amantes se sienten uno en su íntimo abrazo que causa una vital renovación de las fuerzas, de todo lo sano, como en un baño milagroso.

Y no sin razón se dice por eso que todo amor alegra incluso al más desdichado. La certeza de ese proverbio debe entenderse sin nada de sentimentalismo, sin referencia alguna al otro amante, simplemente como el gozo del amor en sí, que en su jubilosa animación enciende miles de luces incluso en el más recóndito rincón de nuestro ser con un resplandor que ilumina a todas las cosas del exterior.

Y por ello puede ocurrir que personas de una cierta fuerza espiritual y profundidad de alma sepan todo lo esencial del amor incluso antes de haber amado y —como la pobre Emily Brontë [3], de la que Maeterlinck habla en su último libro con demasiada admiración— fueran capaces de reflejar la felicidad del amor con sugestivo ardor y vehemencia. Lo que se recibe en la experiencia amorosa en la vida real, a través del amor y de la posesión del otro, es una especial clase de dicha, dicha a través del desdoblamiento —al igual que en los gritos del eco—, con sorpresa y gozo por ver que las cosas en el exterior reproducen nuestro grito de júbilo. Y en esa misma medida nos volvemos más receptivos y descubridores al despedir y volver a recibir todas las ternuras y reconditeces de nuestra alma, toda esa riqueza de entusiasmo, que ciertamente son ilusiones y ceguera amorosa en relación a la pura posesión personal del «otro», pero que tienen su realidad y verdad al ser expresión de nuestra emoción muda de corazones que por ello ha sido provocada, que no se limita únicamente en los adornos y esplendores festivos.

Aun cuando suspiremos por sentirnos llenados por el otro, somos únicamente nosotros quienes desde nuestra propia posición, y por el contrario, nos sentimos capaces de ocuparnos, embriagados, con la posesión de algo, lo que sea. La pasión amorosa está desde su raíz en condiciones de una real y objetiva asunción del otro, de su entrada en él, pero es más aún nuestra más profunda entrada en nosotros mismos, en nuestra pluriforme soledad, pero de un modo como si colocara en derredor miles de espejos que reproducen nuestra soledad hasta parecer que abarca y engloba a todo el

[3] Emily Brönte, 1818-1848 (Novela, «Wuthering heights» - «Cumbres borrascosas»).

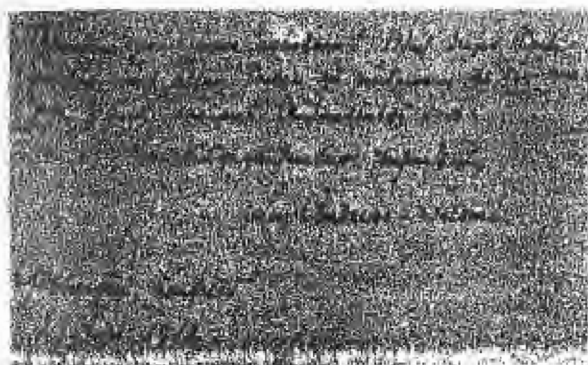
mundo. El objeto amado, sin embargo, es únicamente ahí la ocasión que procura el acceso a todo, algo así como un molesto sueño nocturno se encierra en un olor o un ruido que nos perturba el sueño y nos lleva a soñar.

Y es así como cualquier tipo de actividad espiritual y creativa puede verse influida por la ocasión erótica, y a la vez verse elevada y como electrizada, incluso en ámbitos que por su aspecto práctico o de abstracción se alejan mucho de lo personal; sobre todo pueden verse acrecentadas aquellas actividades que son mayormente diferenciadas y mayormente disgregadas gracias a esa fuerza de empuje que les brinda calor y ardor. Entonces destellan ciertas combinaciones, se forman y colorean ciertas imágenes que antes estaban muertas pues toda actividad creativa tiene sus antecedentes no ya en un estado anímico claramente desarrollado sino en la capacidad de irse vinculando, desde esa clara cota del desarrollo y en un potente enlace, con toda vida que en nosotros ansía y estruja, que en nosotros habla y susurra, hasta su más honda raíz. Y de ahí emana su fuerza generativa, de ahí brota siempre algo que por ser de por sí una totalidad viviente puede vivir con fuerza propia al lado de su genitor, algo que a la vez es su obra pero independiente, lo mismo que el proceso que se revive constantemente en la vida física cuando la madurez del cuerpo conduce a la reproducción.

Al sumirse en esa hondura de la vida, nuestro espíritu revela, a menudo gracias al estupor erótico, unas fuerzas que antes no poseía, con menoscabo de otras que hasta entonces había poseído. Y ahí en esa introspección, parece a veces como si la persona en un preciso momento adoptara la expresión de un espectador cuyos labios podrían manifestar más de cuanto él hubiera podido sospechar por el perfil de su rostro; sin embargo, al poner orden y reflexión en los hechos del día, y sobre todo con respecto al objeto amado, que nunca sabe adecuarse del todo al contexto, la expresión del rostro tal vez sea la de un niño sonriente y sorprendido. Y puede que de hecho todo eso ya esté en él más que cualquier otra cosa, centrado en un núcleo fructífero que no puede desplegarse en actividades parciales. Y entonces se parece a un niño, y de hecho se ha convertido en un niño en su atávico equilibrio entre cuerpo y alma y la ingenua conciencia de ambos, —un niño que todo lo toma en serio, al que todo es nuevo, que lleno de fe y confianza ilimitadas quisiera asomarse al mundo insospechadamente





Primera carta (tarjeta) de Lou Andreas-Salomé a Sigmund Freud.

magnífico y su única inclinación ante la sabia razón es su más bonita voltereta.

Por muy asombroso que parezca, existen finos y sutiles rasgos del ser que relacionan al ser auténticamente querido, de todo corazón, con la constantemente loada niñez de las naturalezas genialmente creativas. Pues el amante toca, en un momento transitorio provocado por lo físico, y de ahí por otro camino, esa profundidad donde ahondan esos hombres excepcionales, y él sabe, como balbuceando en sueños, contar algo de las delicias que hay ahí abajo, pero de ello, ¡qué pena!, ha olvidado muchas cosas útiles y necesarias. Esa espontánea infantilidad que incluso el más sesudo y empedernido pedante puede lograr por medio del rejuvenecimiento erótico distingue claramente, insobornablemente, lo realmente erótico de aquella especie de simple codicia lasciva, bien sea más o menos refinada, pues en ésta la excitación corporal siempre se halla aislada, parcial, y no incide sobre el característico estado de arrebato del hombre como totalidad.

De la conciencia de no ser el uno para el otro un objeto de apreciación objetiva, como podrían serlo las demás cosas, sino simple y llanamente una fábula original, es de donde la actitud de los amantes toma su distintiva impronta durante los primeros tiempos de su relación. Es como si cada uno de ellos se revistiera para el otro con la imagen y la postura de una benévola idealización, que se esfuerza por mantener. Sería injusto confundir esto con algún tipo de afectación o escenificación de simple vanidad; ello se produce más bien como una derivación del propio sentimiento amoroso seriamente asumido como si no se pudiera evitar el crear por la simple apariencia otro ambiente, en vez del real y diario de las cosas, otro nivel distinto de la vida de cada día. Todo eso que procura al amante una atmósfera especial, una singular luminosidad, no es plenamente auténtico ni asequible desde el punto de vista de la cotidianeidad, pero se supedita a un serio anhelo de belleza al que el hombre se entrega con mayor recato que nunca, con mayor desparpajo que nunca, en busca de un enlace de seres plenamente nuevo.

Ciertas cosas no permiten, por así decirlo, vivirse más que de forma estilizada, no realista, para vivirse en su sentido pleno quizás porque su enorme plenitud poética tan sólo puede captarse manteniéndolas así. La puerta de recepción por la que nos da entrada el amor se abre en su peculiarmente adornado edificio de una forma distinta a la de cualquier otra puerta ya sea de la mayor

amistad y de la apreciación de valores. Y no hay otra puerta de entrada y es bien posible que no haya luego otro camino pues no nos movemos ahí en un mundo de realidad, y nosotros somos únicamente el espacio y el excitador de ese potente e irrefrenado mundo de sueños.

El amor entre dos personas llegará tan lejos como estén dispuestos a darle juntos esa posibilidad. Y esa dimensión, sea cual sea su ámbito vital, se perfila concentrándose y desplegándose por sí misma en su creatividad de una forma análoga a como puede ocurrir en el acto físico del amor entre los cuerpos: lo que internamente actúa en ellos no se puede exponer racionalmente, ni tampoco puede fundarse en la concepción de los elementos comunes de su ser pues podría arraigar en rasgos más centrales, más ocultos y oscuros de cuanto aparece en la conciencia.

Así como dos cuerpos nunca se unen en toda su totalidad, sino más bien en relación con unos aspectos puntuales en su relación sexual, también ocurre ahí como si dos superficies de dos seres no se acoplaran en toda su extensión sino únicamente en un hondo punto de estímulo que suscita en ellos toda su creatividad. Para valorar una relación, a la que le debemos esa sensación de unidad, no la tasamos propiamente según la fuerza o la carencia de todo lo que fácticamente nos unifica con el «otro», sino más bien nos fiamos como criterio de los impulsos amorosos reales, de las inmediatas e irresistibles propensiones de nuestros nervios antes que de las claras valoraciones de nuestra conciencia y de cuanto ésta puede percibir.

Sucede exactamente lo mismo que en el terreno artístico para los casos del proceso creativo: y de nuevo topamos con la analogía del amor con la creación artística. De las cosas que, honda y genialmente, estimulan al artista en su creatividad, éste únicamente toma ciertos aspectos, determinadas facetas de su motivación mientras que deja de lado, sin atender ni explotar, toda la demás plenitud de fuerza motivadora. Si un paisaje inspira un cuadro o una poesía el artista lo tomará como ocasión puntual, dándole un tratamiento creativo en la que todo se supedita a su idea: todo cuanto le ha impulsado parece luego concentrarse, resumirse, en el momento creativo de su arrebatada y grata sobrevaloración. En la fuerza del amor, en la que el artista ahonda, parece como si todas las cosas externas del amor se poetizaran en él como en algo hondamente conocido, como si el mundo exterior se asumiera ahí

misteriosamente en su propia forma —o como si ahí perdiera su propio ser en esa oblación que constituye el auténtico proceso anímico.

Así como nosotros sentimos la vida más interesante cuando nos perdemos a nosotros mismos en la entrega física, así también en esa honda y misteriosa paradoja de toda vida la soberanía del objeto amado se nos revela con toda su fuerza cuando —al igual que hace el artista con el paisaje no-poetizado— desde nuestra pasión lo revelamos y plasmamos de forma puramente subjetiva que nace de nuestra exaltación. En realidad, a la vez que por nuestra parte nos sumergimos plenamente en él también de él lo tomamos todo para nosotros: le quitamos justamente cuanto no es preciso para salir plenamente de nosotros mismos.

De ahí que amor y creación sean en su raíz una misma cosa: en la creación la obra viva surge, ante la ocasión que la incita, del amor desbordante, de la desbordante sensación de bienestar; el sentido íntimo de una acción amorosa, y por ello todo amor es acción creadora, gozo de crear ocasionado por la persona amada pero no a causa de ella sino por y a causa de sí mismo.

Por ello lo erótico debe sin duda ser considerado, por su propio ser —lo mismo que la actividad creativa del espíritu— como un estado intermitente que surge y amaina y cuya intensidad o plenitud de dicha no puede predecirse en ningún caso concreto en su probable duración. Puede garantizársele una cierta duración en cuanto que una mayor vehemencia se puede extinguir con mayor rapidez, en ciertas circunstancias. No obstante, al igual que todas las circunstancias que exceden de lo normal, el fuerte sentimiento amoroso no está en condiciones de creer en su propio fin, de formarse una imagen de su muerte, de su fenecer, y se regodea tanto de la más desenfadada seguridad de vida como de la más probada fidelidad carente de erotismo; todas esas erupciones de nosotros mismos, ya sean gozos, dolores o pasiones carecen de conciencia del tiempo en virtud de su fuerza arrebatadora; y precisamente por su caducidad están nimbadas y cercadas por una honda eternidad, y solamente ese acento de tinte casi mítico es lo que hace el gozo tan feliz y el dolor tan trágico en nuestro tornadizo mundo.

Naturalmente que no podemos mostrar muchas exultaciones ni para el amor ni para la creación, sino que nos movemos siempre en aquella planicie banal donde todas las cosas únicamente nos hablan por sus relaciones divisas, parciales sin que en ningún punto puedan estimularnos con su unitario hechizo. Somos pues

capaces de ejecuciones singulares, pero en los terrenos en donde nuestro ser pleno debe empujar con su arrojo para una actividad creativa, ahí tan sólo podemos alternar en el mal uso con los momentos cumbre como el artista, por ejemplo, que se da a su trabajo con el corazón partido, que sufre impaciente en tales horas y puesto que en tales horas tan sólo hasta un cierto punto puede diponer de sus expertas manos, de sus ojos, ideas o formas de talento.

Lo mismo le ocurre al ser humano anhelante, que hace funcionar su cuerpo en el amor como su utillaje de una forma consciente, sin sentirse internamente poseído y prendido por ese comportamiento. Lo que en el fondo aúna a tales casos, tan pronto como se expresan con toda su fuerza y hervor, no es esa extrañeza, exagerada o excesiva parcialmente, que le deja a uno sorprendido; es, por lo contrario, únicamente un pleno adentrarnos en el hogar de nosotros mismos, un volver a casa hacia nosotros mismos en un secreto acorde de todas las fuerzas, en un descanso y un respiro tras todas las disgregadas, individualizadas y distorsionadas peripecias y actividades de nuestra vida. Y es por eso que nos eleva tan alto y nos hace tan singularmente felices; y por eso tanto en el amor como en la creación la renuncia es mejor que la mala, la insuficiente realización.

Es mejor esperar, renunciantes, a la puerta de nosotros mismos, de nuestro hogar y casa, y aguardar allí pacientes a lo que venga cuando todo esté dispuesto para la fiesta, cuando todo se ofrece voluntariamente, que abrir y forzar esa puerta y meterse en un interior hosco como un advenedizo que llega en mala hora. Es mejor dejarnos llevar por la serena fe de que es algo natural y cabal para la naturaleza intermitente del gozo genuino y de la creación, pues siempre nos hallamos en camino hacia él con cada paso con el que nos vamos acercando a la hora fijada.

Tampoco los amantes pueden hallar ningún fondo para su áncora y sus esperanzas de que su regreso a su propia casa sea a la vez mutuo encuentro, que coincidan ambos vuelta a casa y encuentro, pues muchas veces todos nosotros nos hallamos fuera de nosotros mismos, en la calle, en un desorientado vagar. Esos tiempos de demora y esperar son frecuentemente difíciles de aguantar y mucho más cuanto no siempre coinciden necesariamente entre los dos. Incluso para el artista, el creador, que tiene que actuar solo, significan los instantes más míseros, el hoyo de la vida, el in-

fierno de la vida y a veces pueden hacer que un espíritu de disposición nerviosa, de estados de ánimo tornadizos se abisme en el desconsuelo, en el tedio de la vida.

No es una diferencia de grado lo que en el ánimo separa el placer sumo de la vaciedad del placer; es más bien, se siente más bien, como una diferencia esencial: el mundo de la creación y del amor significa hogar y cielo, mientras que en cambio la actitud improductiva y vacía de amor supone una desamparada extrañeza, desde la que no se divisa ni el más perdido sendero hacia lo desconocido, como si todo se hubiera desvanecido en la más absurda nada. Y se comprende, pues ni el entendimiento ni la voluntad bastan para reconducir la situación, porque no se puede lograr y reconvocar nada; nuestras destrezas individuales, entrenadas por la disciplina y el dominio naturales responden mejor que nuestra capacidad de dominio sobre nuestra actitud total de una vivencia intensiva. Y así ya no actúan ni responden nuestros impulsos voluntarios en el ámbito donde lo espontáneamente vital se manifiesta; eso que nos es más sublime, esa vida de nuestra vida, eso que justamente parece hacernos más activos, que nos hace ser nosotros mismos como primer factor, tan sólo lo sufrimos, únicamente lo recibimos; debe superarnos.

El carácter intermitente de toda pasión amorosa, igual que el carácter de la creación, nos llevaría a recintos menos peligrosos si no se le adosara un malentendido. El artista que dibuja un prado tiene conciencia de que el valor sólo radica en el hecho de producir, mientras que le deja indiferente si encajan o no los elogios espontáneos, si se le justiprecia o desestima, y cuánta hierba crece en el prado. El amante, en cambio, no consigue dejar de lado sus propios elogios del ser amado para darles un valor real y así situar su justo valor en un punto de equilibrio. Se confunde, pues, al querer ver en cualquier rasgo del otro el delirio que incita su excitación erótica, como un soplo que levanta burbujas en al agua para verlo confirmado y verificado a cualquier precio, y a todo ello le da una credulidad espantosamente proclive. La consecuencia es la consabida caída desde las nubes del quinto cielo hasta la cruda realidad en al primera y definitiva decepción. Esa pobre pasión amorosa, incluso en la embriagada felicidad de una reina de oropeles de repente encandilada, se vuelve súbitamente y se degrada en una cenicienta que sólo tiene el derecho de quedarse ahí para atender a las prácticas tareas de la vida: vida y amor vienen pues a coincidir y se hacen mutuamente las concesiones precisas para se-

guir viviendo juntas: el amor se recinta en su reducto de oropeles y se conforma en despojarse de sus vestidos de fiesta para quedarse luego ahí en el rincón con sus ropas de faena.

Pero ese final falaz que la persona experimentada suele predecir con ardiente certeza para cualquier amante resulta de haber tomado primero los oropeles del amor demasiado en serio pero sin justipreciar el propio derecho al propio vestido de fiesta y a la propia tarea festiva.

Demasiada importancia al oropel: pues incluso durante el arrebato amoroso que da nombres tan dulces al ser amado y no parece soñar en nada más que en él, no era ése, por mucho que se lo figurara, el contenido, ni la meta ni el centro de su impulso erótico, sino únicamente la ocasión; en realidad se hallaba ya de antemano en la más alejada periferia del círculo del ser que tan ardientemente amaba, estaba condenado a una acción indirecta. No puede existir ningún enlace erótico entre dos personas cuya mayor bendición no sea justamente su influencia sobre nuestro amplio y libre despliegue de la propia personalidad en el espacio que nuestras capacidades nos reservan, mientras que otros sentimientos, más impersonales pero de colores más desvaídos, como la compasión, la conciencia del deber, la consideración no logran sino reducir la personalidad de una persona por mor del otro.

Bien puede que eso parezca triste, como un sermón de aislamiento siempre más profundo para aquel que quiera salir de sí mismo por el amor. Pero es justamente eso lo que da al amor su dominio en lugar de despojarle de su fuerza tras un efímero apogeo y arrojarlo al campo de las precarias necesidades de la vida. Cuando el amor actúa como una ocasión, cuando utiliza a la persona amada como un mero encendedor en vez de como un fuego en sí al que se calienta, se queda entonces como una fuerza restringida, por mucho que dure y por más que se extienda, sin llegar nunca a todos los ámbitos de la vida.

Una y otra vez puede actuar como sucede en la unión física: así como ahí la persona tocada por él engendra vida a través del contacto con el otro, despliega desde sí su fuerza creadora, también todas las obras vitales, toda la fertilidad interior y toda la belleza pueden emanar de simple contacto. Tanto si se queda para siempre como una ocasión «externa», cerrada a su vez en su interior, no por eso deja de ser para el otro, todo; su punto de unión con la vida significa su permanente conexión con el aspecto «exterior» de las cosas que no podría alcanzar de otro modo. Es el me-

fierno de la vida y a veces pueden hacer que un espíritu de disposición nerviosa, de estados de ánimo tornadizos se abisme en el desconsuelo, en el tedio de la vida.

No es una diferencia de grado lo que en el ánimo separa el placer sumo de la vaciedad del placer; es más bien, se siente más bien, como una diferencia esencial: el mundo de la creación y del amor significa hogar y cielo, mientras que en cambio la actitud improductiva y vacía de amor supone una desamparada extrañeza, desde la que no se divisa ni el más perdido sendero hacia lo desconocido, como si todo se hubiera desvanecido en la más absurda nada. Y se comprende, pues ni el entendimiento ni la voluntad bastan para reconducir la situación, porque no se puede lograr y reconvocar nada; nuestras destrezas individuales, entrenadas por la disciplina y el dominio naturales responden mejor que nuestra capacidad de dominio sobre nuestra actitud total de una vivencia intensiva. Y así ya no actúan ni responden nuestros impulsos voluntarios en el ámbito donde lo espontáneamente vital se manifiesta; eso que nos es más sublime, esa vida de nuestra vida, eso que justamente parece hacernos más activos, que nos hace ser nosotros mismos como primer factor, tan sólo lo sufrimos, únicamente lo recibimos; debe superarnos.

El carácter intermitente de toda pasión amorosa, igual que el carácter de la creación, nos llevaría a recintos menos peligrosos si no se le adosara un malentendido. El artista que dibuja un prado tiene conciencia de que el valor sólo radica en el hecho de producir, mientras que le deja indiferente si encajan o no los elogios espontáneos, si se le justiprecia o desestima, y cuánta hierba crece en el prado. El amante, en cambio, no consigue dejar de lado sus propios elogios del ser amado para darles un valor real y así situar su justo valor en un punto de equilibrio. Se confunde, pues, al querer ver en cualquier rasgo del otro el delirio que incita su excitación erótica, como un soplo que levanta burbujas en al agua para verlo confirmado y verificado a cualquier precio, y a todo ello le da una credulidad espantosamente proclive. La consecuencia es la consabida caída desde las nubes del quinto cielo hasta la cruda realidad en al primera y definitiva decepción. Esa pobre pasión amorosa, incluso en la embriagada felicidad de una reina de oropeles de repente encandilada, se vuelve súbitamente y se degrada en una cenicienta que sólo tiene el derecho de quedarse ahí para atender a las prácticas tareas de la vida: vida y amor vienen pues a coincidir y se hacen mutuamente las concesiones precisas para se-

guir viviendo juntas: el amor se recinta en su reducto de oropeles y se conforma en despojarse de sus vestidos de fiesta para quedarse luego ahí en el rincón con sus ropas de faena.

Pero ese final falaz que la persona experimentada suele predecir con ardiente certeza para cualquier amante resulta de haber tomado primero los oropeles del amor demasiado en serio pero sin justipreciar el propio derecho al propio vestido de fiesta y a la propia tarea festiva.

Demasiada importancia al oropel: pues incluso durante el arrebato amoroso que da nombres tan dulces al ser amado y no parece soñar en nada más que en él, no era ése, por mucho que se lo figurara, el contenido, ni la meta ni el centro de su impulso erótico, sino únicamente la ocasión; en realidad se hallaba ya de antemano en la más alejada periferia del círculo del ser que tan ardientemente amaba, estaba condenado a una acción indirecta. No puede existir ningún enlace erótico entre dos personas cuya mayor bendición no sea justamente su influencia sobre nuestro amplio y libre despliegue de la propia personalidad en el espacio que nuestras capacidades nos reservan, mientras que otros sentimientos, más impersonales pero de colores más desvaídos, como la compasión, la conciencia del deber, la consideración no logran sino reducir la personalidad de una persona por mor del otro.

Bien puede que eso parezca triste, como un sermón de aislamiento siempre más profundo para aquel que quiera salir de sí mismo por el amor. Pero es justamente eso lo que da al amor su dominio en lugar de despojarle de su fuerza tras un efímero apogeo y arrojarlo al campo de las precarias necesidades de la vida. Cuando el amor actúa como una ocasión, cuando utiliza a la persona amada como un mero encendedor en vez de como un fuego en sí al que se calienta, se queda entonces como una fuerza restringida, por mucho que dure y por más que se extienda, sin llegar nunca a todos los ámbitos de la vida.

Una y otra vez puede actuar como sucede en la unión física: así como ahí la persona tocada por él engendra vida a través del contacto con el otro, despliega desde sí su fuerza creadora, también todas las obras vitales, toda la fertilidad interior y toda la belleza pueden emanar de simple contacto. Tanto si se queda para siempre como una ocasión «externa», cerrada a su vez en su interior, no por eso deja de ser para el otro, todo; su punto de unión con la vida significa su permanente conexión con el aspecto «exterior» de las cosas que no podría alcanzar de otro modo. Es el me-

dio por el que la vida le habla y de pronto se convierte en oyente, como si hablara con lenguas de ángeles por la que halla las palabras y tonos justos.

Amar significa: saber de alguien cuyos colores las cosas deben tomar cuando lleguen a nosotros para que dejen de sernos extrañas y espantosas, o frías y hueras, sino que se acurruquen a nuestros pies como las fieras en el paraíso. En muchas canciones de amor persiste, junto con el erotismo que suspira por el amado, algo de esa sensación poderosa como si la amada no fuera sólo ella misma, sino también el mundo entero, el todo en su plenitud, como si fuera la hoja trémula en la rama, o el rayo que se espeja en el agua, la que lo transforma todo, la que se transforma en todo. Y de hecho el amor proyecta su imagen en cientos de imágenes, en un fértil reino en derredor que hace que, doquiera que ande, siempre se mueva por senderos de amor y dentro de una patria.

Y aunque eso sea así, no constituye ciertamente un peligro mayor para la pasión amorosa que cuando una persona en su alocada ceguera para el otro pretende imaginar algo más que dicha mediación, una descarga productiva en el más sublime sentido, y en vez de eso busca lo contrario: cuando quiere modelar artísticamente su propio ser al estilo del otro, y no sólo en la fantasía amorosa, para volverse uno con él. Sólo quien sigue siendo fiel a sí mismo está en condiciones de ser duraderamente amado pues únicamente en su plenitud viva podrá simbolizar la vida para el otro, podrá ser visto como una auténtica fuerza de la vida. Nada es tan opuesto al amor como un medroso ajuste y adaptación al otro, en un sistema de infinitas concesiones mutuas que sólo soportan aquellas personas que deben mantener por motivos prácticos relaciones de naturaleza impersonal y a la par iluminar con el raciocinio esa tal necesidad. Cuanto más plena y sútilmente se hayan desarrollado en una situación de amor a medias, parasitándose el uno al otro, en vez de ahondar cada en su propia raíz, en su terreno autónomo, para que ése se convierta también en el mundo del otro.

Y es un espectáculo que no es asaz infrecuente que, cuando tras una larga vida de aparente amor feliz la muerte separa una pareja, luego tras un período de seria y desconsolada desesperación, el sobreviviente vuelva a florecer de una manera completamente distinta. A veces ciertas mujeres maduras que con excesiva devoción se habían reducido simplemente al papel de «media naranja» de su consorte ven de nuevo florecer con sorpresa, tras su viudez, un tardío esplendor de su sometido y casi olvidado ser.



De hecho esas «medias naranjas» se han sentido siempre agobiadas en su morada cuando no ha existido una plena compenetración: han seguido diciendo «nosotros» en lugar de «yo», pero ese «nosotros» ha dejado de tener un suelo firme donde edificar un pedazo de vida y el «yo» ha seguido manteniéndose; y eso no vale únicamente para algunas infelices, sino también para personalidades ricas pues también la gente de rica personalidad se agota cuando uno ingenuamente va despojando al otro de su contenido y le va metiendo el propio hasta que llega a producirse la alteración. Tal vez llegaran a ser personas con una confianza como de hermanos, antes que amantes, con los recuerdos y ansias del pleno amor, que por descuidar dos ricas y fértiles unidades llegaron a la trivial muerte. Y para tocarse vivamente se conocen todavía ambos bien, sorprentemente bien, y así van comiendo lo necesario de la comida más hermosa. Y cuando va acercándose ese momento, el amor se siente de cada vez más harto y acaba por dejarlos vestidos con las ropas de la pobreza y con la vergüenza del hambre en solitario como dos mitades, como dos mitades que se han ido perfilando con demasiada precisión.

Dentro de la pasión no existe ningún «conocerse» a fondo; por mucho que ese conocerse crezca y se amplíe siempre pone entre ambas personas aquel fructífero contacto que no puede compararse con ningún tacto ni relación de simpatía y que los vuelve a situar de nuevo a ambos en el punto de la relación primigenia; es decir, en la fuerza de la experiencia, en su propio adentrarse en sí mismo, en su crecer propio, ante el que toda exploración objetiva siempre se queda corta.

El amor llena el egoismo de cada uno con demasiada dicha, con esplendor y vasteza para pretender llegar a conocerse; y para su vergüenza, el amor debe más bien asentir. Ese conocimiento ordenado se ve confundido no sólo en el primer arrebato de los sentidos para trocarse en patraña y creerse simplemente algo totalmente maravilloso sino que luego sigue viéndose interferido y confuso una y otra vez. El amor siempre ha pertenecido y seguirá perteneciendo a las cualidades frívolas del ser humano al correr por otros senderos de los que la prudencia podría sospechar.

Es sorprendente decirlo, pero en el fondo no le interesa mucho al amante saber como «es el otro». Impelido por un monstruoso anhelo le basta saber que se le presenta como algo incomprensiblemente bueno. Y se queda sin saber a qué se debe eso; ambos siguen siendo un misterio final el uno para el otro.

Y así es todo lo contrario de un asunto preciso: en las diversas formas en que han podido saborear la vida fuera del amor, esa vida se les antoja como nunca cumplida pues ilusión y realidad se les confunden lo mismo que en el caso del amor; y lo mismo que en los arrebatos físicos se quedan perplejos pues también ahí el juicio se ve siempre algo sobornado, y las obras llegan siempre mucho más lejos que la causa y parece como si lo avasallaran todo, como si lo magnificaran todo. Y por esa confusión siguen idealizándose un tanto mutuamente dejando de obrar con la actitud del realmente experto. Y así ambas partes se quedan satisfechas.

¿Y al volverse viejos? Sí, me temo que entonces seguirán igual. Seguro que los arrebatos del amor, del gozo de los sentidos, se vuelven más y más espaciados, con mayor sordina, hasta que finalmente se duerme el gran sueño. Pero entonces su pasado les es tan íntimo como el calmoso presente y de ahí precisamente brota su senil amor. Como un compañero de recuerdos, les está ahí cerca y familiar como si todavía vivieran juntos y serenos en la morada de su amor. Como el primer rincón que les cobijó antes de seguir y seguir construyendo: salones altos, familiar taller de trabajo, amplios balcones. Y ahora sigue siempre ahí, si bien un tanto envejecido y descuidado y cobija aún todas las cosas del ajetreo de antes que suscita la sonrisa de los viejos. «¿Recuerdas?», se dicen al verlo, y se aposentan y sueñan. Y es entonces como un recuerdo de niños. De pronto tan lejano como la infancia, pero igualmente inocente e inconmensurablemente hondo. Un recuerdo lleno de locuras, pero esa locura con toda su euforia de juegos se les antoja ahí como la fuente de donde bebieron su vida. «Soñamos uno del otro en nuestra feliz locura pero siempre para vivirnos más plenamente; no nos entregamos el uno al otro, tan sólo nos incitamos mutuamente. Y así nuestros días fueron ricos y nos transmitimos en florecientes hijos y engendramos vida en todas nuestras obras».

Y así sentados van hablando y exagerando visiblemente su amor. Y es que también hoy exageran; deben hacerlo porque no saben explicarlo de otro modo —no son su fuerte las explicaciones— pues resulta que uno es más egoista cuanto más ama, y dos siguen siendo uno únicamente cuando permanecen como dos.

Raramente los amantes persisten como «dos», pues muy frecuentemente unidad significa mutilación y de ahí nace la insatisfacción al dejarse prender con demasiada fuerza por la pasión amorosa. Uno teme verse reducido, quedarse en algún modo sin las manos libres, dejar de disponer ya de posibilidades para el desa-



rrollo y el intercambio y se miran con creciente desconfianza «los amores eternos» con su tradicional fidelidad. Hoy en día ya no nos consideramos tanto seres compactos, de una sola pieza, incambiables, como antes cuando nos dejábamos atribuir una firme concepción de nuestro ser, un carácter racional de nuestro existir para confirmarlo fehacientemente con nuestro obrar. Y por ello, una concordancia con otra persona ya no nos parece una garantía tan duradera ni fundada. Y es fácil tener la impresión de que el amor se resuelve en efímeros recorridos, en juegos y fatigas. Es más, parece ser como si los hombres de antes entendieran mejor el amor al complicarlo menos, o al menos al no tener una conciencia tan nerviosa de su complicación, y así podían estar más seguros de su amor interno. No es difícil ver, sin embargo, que uno se equivoca pues justamente de esas aparentes carencias e impedimentos deriva mucho bien para el amor.

El amor está hondamente vinculado con la plena autorealización de la persona, y esencialmente en sus subidas y bajadas. En comparación con otros tiempos existen hoy día nuevos ámbitos, a centenares, en los que los hombres se mueven, cientos de distintivos, cientos de mutuos saludos e invitaciones que multiplican la fuerte diferenciación del individuo y asimismo para los amantes se configuran muchos mundos dentro de los cuales pueden contactar.

En la fidelidad primitiva se albergaba la primitiva suficiencia en relación al sentimiento amoroso realmente vivo: la necesidad de sentirlo vibrante y latente en cada experiencia era tan escasa que casi se podrían montar unos tenderetes de fiesta para las ocasiones que lo propiciaban. Bastaba con haberlo sentido una vez por todas, para que se convirtiera en «propiedad» con todas sus formalidades. El hombre de hoy sabe mejor que las personas nunca se «poseen», que se ganan o se pierden en cada instante de la vida y que el amor sólo existe en su efectiva acción espontánea. Por ese motivo se hace hoy en día más difícil distinguir entre frivolidad o juego y enamoramiento real aunque no estén tan fuertemente mezclados como entonces: importa mucho menos que entonces saber cuándo se ama y cómo se ama.

Mientras que antes, en cambio, incluso una relación insignificante y mezquina, una relación harto estéril, podía considerarse a lo largo de toda una vida como una atribuida gracia de Dios, hoy en día una relación amorosa relativamente rica y honda no puede otorgarse un plazo mayor de tiempo que otrora un «juego» pues existe la conciencia de que ningún huero pretexto puede mantener

ese amor y que, por tanto, es mejor seguir separados. Ciertamente hay cierta crueldad en esa opinión pero no es algo distinto de la crueldad que nos empuja a superar la sabida carencia y responde a menudo a la seriedad de la vida; nace también de la conciencia de que nuestra fuerza amorosa cae irremisiblemente en la muerte cuando no se evidencia como fructífera para nuestra vida interior. Es consciente de que cuando el amor puede ser más que un pasatiempo sensual o ardoroso, debe cultivarse en la misma tarea del vivir como una parte de nuestras más sublimes metas y más sagradas esperanzas y que desde su ámbito debe irse conquistando la vida pedazo tras otro. La plenitud del amor será siempre la que logre su objetivo en la mayoría de puntos y ámbitos hasta que una persona lo haya vivido todo por mediación de otro, más aún, hasta que ellos estén en condiciones de serlo todo: amantes, esposos, hermanos, amigos, padres, camaradas, niños que juegan juntos, severos jueces, ángeles de compasión.

La concepción del amor va cambiando con relación a las distintas etapas de su lenta evolución. Si echamos una ojeada al mundo de la vida inferior vemos como las pequeñas amebas se juntan y reproducen al enquistarse en pareja en una unión que da nueva vida y que origina nuevas amebas. Nos parece natural, cuando nos faltan otros ejemplos en la vida física, que nuestros cuerpos se conformen con darse unas pequeñas partículas en la cópula participando ahí sólo con una función limitada que deja intacto e independiente todo lo demás. Pero en cuanto a lo psíquico rara vez nos ocurrirá que la situación de la ameba nos sea extraña si se nos impone como deber, por así decirlo, disolverse mutuamente uno en otro y así desaparecer. Es precisamente como si con este criterio nos hubiéramos quedado más retrasados en nuestra diferenciación de almas que en la de los cuerpos. Y en cambio debería iluminarlos para saber que de la pasión amorosa pretendemos lo mismo en el sentido psíquico que en el corporal: nada de disolverse en el otro sino, en cambio, volverse más fructíferos por medio del contacto, en un robustecimiento hasta un desborde de fertilidad. Nuestra fertilidad es, en cambio, como en el caso de la ameba, una disgregación en partes, y a la vez una función parcial —un elevado grado de especialización, un estado de saturación. En el mismo sentido se despliega el artista pues él, ya más parecido a una ameba, ha producido su obra desde sí mismo, de su propia fantasía, sin quedarse por ello incorporado a su obra.

Esa analogía de formas de manifestación corporal y anímica en la recepción y expresión del sentimiento amoroso nunca puede ser lo bastante matizada pues ahí se configuran las dos caras del mismo proceso. Así como la inspiración artística arraiga en los procesos de la fantasía que implican en su «compasión» todo el ser del artista, también la excitación erótica en la vida sexual, no puede derivar de otro sitio como no sea de la fantasía como su centro de fertilidad por mucho que luego vaya implicando otras cosas, sea lo que sea, incluso al mundo entero y ese proceso erótico tampoco sale luego del ámbito de lo sexual aunque arrastre diversas fuerzas psíquicas que luego prolonguen su alcance hacia el exterior. Es una sinrazón reducirlo y limitarlos a los burdos límites de la actividad física y no atribuirle todo lo demás, el conjunto de los sentimientos y fuerzas; pero también es una sinrazón cuando en un afán moralizante o estetizante se pretende falsificar su auténtica naturaleza.

Lo erótico es justamente cuanto es gracias a la fuerza elemental por la que toda la aparente separación y extrañeza entre manifestaciones corporales y espirituales se ve superada, aquella que nos permite señalar el momento físico en lo espiritual, y viceversa. En su mundo físico se encierra ya todo lo demás, incluido y comprendido todo el impulso espiritual, al igual que las nubes preñadas de tormenta lo mismo sacuden que rugen o mojan en su descarga eléctrica con rayo, trueno y agua. Sería igualmente posible y relevante pretender trazar el juego de nuestro espíritu en la constitución corporal del arrebato amoroso que, viceversa, investigar el estallido de los sentidos en su supraterrena divinización. Ambos elementos pueden mezclarse ahí con una fuerza y modalidad desiguales, pero lo esencial sigue siendo que se trata de un mismo fenómeno único. Justamente eso hace posible que lo erótico se halle presente tanto en el ciego anhelo sensible como entre el contacto de dos personas en el ámbito espiritual de la vida: si se quieren, saltan las mismas chispas eróticas del uno al otro y lo erótico anima sus pensamientos, lo mismo que su cuerpo.

En su soberana autonomía que constituye el mundo de lo erótico tanto en todas sus manifestaciones físicas como espirituales, se presentan numerosos conflictos con otros mundos de sentimientos y con la fluctuante forma de juzgar de los hombres. Y hay un ejemplo de ello en una expresión que encierra un degradante desdén: que a la vez se puede amar y despreciar. Me fijo muy especialmente en el frecuente caso en el que nuestro «desprecio» tan sólo

es fruto de la educación y el amor en realidad viene a concordar con nuestra valoración individual de las cosas. Es de hecho bien posible amar a alguien, es decir sentir por medio de él la influencia vivificante y creativa que de ahí emana y a la vez rechazarlo con todas nuestras alertas y conscientes fuerzas del espíritu. Lo mismo que existen hombres que no sienten en absoluto, o casi nada lo erótico, también puede suceder que alguien nos atraiga eróticamente en el oscuro fondo de nuestro ser sin que ese atractivo logre, tenga la suficiente fuerza para poner en agitación los demás reductos de nuestro ser. Se queda como un fuerte impulso, un impulso de nuestro ser total, pero tan sólo actuante en determinados puntos mientras que en otros deja lugar a la frialdad, al desencanto.

Y si ello ocurre en lugares muy sensibles, si le son contrarias en nuestra orientación personal fuertes tendencias y valores, entonces le damos el nombre de lucha entre el amor y el desprecio y pocas veces esperamos de un hombre firme que sin más venza a su pasión; si bien nadie, ni siquiera él mismo, llega a saber en el fondo qué dioses luchan en su corazón y de qué lado se caerá el peso, por dónde se producirá la escisión. Es cierto, pues, que el hombre no vive sólo de sus impulsos elementales, pero no lo es menos que tampoco vive únicamente de su razón.

En términos generales la pregunta podría plantearse así: ¿por qué si el objeto amado tan frecuentemente se nos compagina en tan pocas cosas, menos que tantos otros hombres con nuestras propias inclinaciones, por qué entonces todo debe venirnos de él? Casi en todas las relaciones con otros hay algo que nos lleva a preguntárnoslo, pero en muchos otros casos incluso el mismo sujeto se lo pregunta sin hallar una respuesta. Y así sucede a menudo que una persona siente inclinación y pasión por otra cuya fisis habla un lenguaje completamente distinto, es decir, que simboliza algo muy diferente de cuanto confirma su psiqué en una más íntima familiaridad. Es como si su aspecto, su porte, su sonrisa, el tono de su voz, todo en resumen incluso sus más pequeños rasgos, hablaran de alguien distinto del que en realidad él es. Y no cambia mucho el caso aun cuando se trate de una pasión ligera, pues ella sigue amando, como cualquier auténtica pasión, al cuerpo humano, si bien como forma y signo del hombre interior, y su conflicto no es menor, por tanto del que pueda haber entre amor y desprecio, incluso si su intensidad fuera la mayor. Nunca y para nada se equivoca en su impresión física: su instinto nunca puede

equivocarse, eso es bien cierto. Pero puede bien suceder que cuanto ve y capta tan sólo se produzca corporalmente en ese individuo, tal vez desde antiguo, como fruto de antecedentes y rasgos familiares, tal vez desde la infancia, por lo cual las cualidades adquiridas después hayan borrado lo exterior; o que, dicho brevemente, ya no exista.

El cuerpo es la fuerza más conservadora y muchas cosas tan sólo lentamente llegan a expresarse en él, lo mismo que lentamente desaparecen. Creo que en un acento extraño, que luego impregna todo el cuerpo en lo erótico si no se tienen oídos sordos para ello —ese acento que puede lograr que una línea de cuello nos enamore para siempre o que un tono de voz nos decepcione de una vez por todas— hace que el cuerpo pueda desempeñar un papel extraordinariamente trágico.

Y así el cuerpo muestra la instintiva sabiduría de lo erótico que con razón radica en el inconfundible uno y todo, para lo que no hay otra línea definida; pero lo que nos interpela y realmente se expresa no radica en una realidad inmediata, ni tampoco se halla a menudo en concordancia con la forma de ser y condición del hombre interior y —en el peor de los casos— nos habla únicamente de una vida interior que ya no existe, que sólo se mantiene en los rasgos del cuerpo. En tales casos nos pasa lo mismo con aquel al que amamos que con la luz de aquellas estrellas, tan alejadas de nosotros, que únicamente nos llega cuando precisamente ya están extinguidas. Entonces amamos algo que es, pero a la vez ya no existe, pero incluso entonces no amamos en vano, pues justamente entonces el rayo todavía visible de esa luz tal vez llegue a encender todo el fuego de nuestro ser de una forma que ni siquiera la otra realidad habría podido inflamar.

Y algo de ese aspecto trágico, por el que en tal singular caso nos jugamos el esplendor de nuestra alma, anida singularmente en cada amor erótico debido a una vinculación corporal. Tan sólo amamos eróticamente lo que, en un sentido general, se expresa físicamente, lo que se ha simbolizado corporalmente y eso significa un camino muy indirecto de una persona a otra. Significa que nosotros nunca nos compenetramos en realidad, sino que a la vez sólo quedamos marcados corporalmente mientras que entretanto, en virtud de esa ocasión física, se nos forma en nosotros la brillante imagen del otro que así anima, revive y desata todas nuestras fuerzas. Ese es también el motivo por el que se puede amar y seguir amando a una persona mutilada o desprovista, pero única-



mente porque antes, dotada y entera, nos dio acogida física junto a sí; sería difícil, por lo contrario inclinarnos hacia su amor de antemano por una carencia física de su cuerpo. Ese amor, ya sea el más físico como el más aparentemente espiritualizado, que es tan crédulo, es lo que nos trasguea; el amor vive enteramente en los cuerpos, pero ahí únicamente como símbolo, como imagen del hombre total, para despertar cuanto anida en nuestra alma metiéndose por la puerta de los sentidos.

Cualquier amor tiene una característica primigenia, y nunca la pierde: la de permanecer extraños viviendo eternamente en una eterna proximidad. Y no sólo en aquel caso extremo citado, y no sólo en el desprecio o en el amor no retornado, sino en cualquier momento y caso en que las personas se quieran, uno se acerca al otro tan sólo superficialmente y luego le deja siendo uno mismo. Es siempre una estrella inasequible lo que nosotros amamos y en lo hondo todo amor es siempre una secreta tragedia pero que, por ser precisamente lo que es, puede exteriorizar la eficacia de sus frutos. Uno no puede adentrarse tan hondo en sí mismo, no se puede hurgar en el fondo de la vida donde todas las fuerzas se enredan, y todos los extremos se quedan sin perfilar... sin sentir a la vez dicha y tormento en una misteriosa relación. Cuanto ahí sucede al hombre se queda más allá de cualquier parcialidad y definición entre egoismo y desinterés, entre corporal y espiritual, se queda incluso más allá de cualquier anhelante, esforzada e insatisfecha sensación de bienestar por las que a lo largo de nuestra vida procuramos defendernos del dolor como de nuestro acérrimo enemigo. Hay únicamente uno que sabe que dicha y tormento son lo mismo en las más intensas y creativas experiencias de nuestra vida: el hombre que crea. Pero mucho antes que él, ha habido ya un ser humano, que amaba, juntando sus manos en súplica y alargándolas hacia una estrella sin preguntarse si ello le producía gozo o dolor.

EL EROTISMO [1]

Se coja por el lado que se quiera el problema de lo erótico, se queda uno con la sensación de haberlo abordado de una forma muy parcial; pero sobre todo cuando se ha tratado con los medios de la lógica, o sea, desde su aspecto exterior.

Ello en sí mismo ya significa eso: despojarse de la larga e intensa viveza inmediata de las impresiones hasta hallarse en el cómodo consenso con la mayor parte posible de la sociedad. O dicho de otro modo, situar las cosas ante nosotros despojándonos de la subjetividad, haciéndonos extraños para captar, no ya la totalidad de una expresión vital no desmenuzada, sino un trozo manejable que por ser determinado se dejará definir y fijar con una palabra, será más práctico su manejo y se podrá observar en la parcial consideración de su aspecto.

Ese mismo método de descripción, que forzosamente lo materializa e inanima todo, debe aplicarse a algo que sólo subjetivamente nos es conocido, algo que sólo podemos experimentar individualmente, que por tanto estamos habituados a describir como las impresiones «espirituales» o «anímicas» de las cosas, o sea las impresiones en cuanto que precisamente despojadas justamente de su principio. En vistas a la concordancia a la que debe apuntarse, podemos aclarar tales actuaciones únicamente con motivo únicamente de esta realización única mientras que todo lo demás que pudiera decirse tan sólo sirve como un anexo en el sentido de que llegue a tener una concordancia lógica; si bien con esa ayuda formal tan sólo se lograrán resultados más o menos subjetivos.

---

[1] «La Erótica», en la rev. «Die Gesellschaft», ed. por Martin Buber, Frankfurt a.M., 1910.

Para el problema de lo erótico sigue siendo típica la paradójica dualidad, partición, como si se moviera entre las líneas imprecisables de lo corporal y lo espiritual.

Y esa paradoja no se suaviza ni por una exclusión ni por una fusión de los distintos métodos entre sí, sino únicamente por la intensificación de su uso, por su más severo empleo; se podría afirmar que en la medida en que tomamos algo en la mano como cosa o materia en una formal limitación se nos confirma y verifica su contenido y extensión para nosotros mismos. Y con ello no sólo contemplamos la parcialidad de la cosa como tal, sino también la del método: el camino hacia dos vertientes, en donde se nos encierra la vida y que nos producía un espejismo en un determinado punto. Cuanto más ahondamos en algo tanto más se nos plasman sus diversas vertientes al igual que la línea del horizonte va subiendo con cada paso que damos.

Sin embargo, tras un trecho de camino, la exacta contemplación de las cosas empieza a revelarnos su parcialidad; y es justamente ahí donde el propio material se nos escapa por encima de sentidos y razón hacia lo incontrolable, si bien todavía se muestre a los sentidos como algo existente o incluso pueda valorarse como algo práctico. Más allá de ese corto trecho controlable, que se hace obvio únicamente a nuestra inspección, se revela su interior y tornadiza medida de «realidad» y de «verdad». Incluso lo más aprensible como materia, o lo más lógicamente comprensible se convierte, al ser medido, en una convención nacida de la humana arbitrariedad, en un indicador para orientaciones prácticas que por lo demás se hace escurridizo en la simple valoración simbólica cuando lo aprehendemos como «espiritual» o «inmaterial». Y a ambos extremos del camino se nos levanta el inviolable mandamiento: «¡Debes hacerte una imagen y un símbolo!», pues únicamente lo imaginable, lo que puede formularse en signos y figuras permite la formulación de lo espiritual a la que se vincula como valor básico la forma de conocimiento humano. En cada nueva línea de horizonte, que se nos va alejando paso a paso, se encierra no obstante constantemente «cielo y tierra» como una *única* imagen: el primigenio espejismo y a la vez el símbolo último.

BASE

Esa última valoración, lejos de menospreciar el carácter externo de las cosas, la acentúa más bien en su nuevo aspecto de in-

dependencia de las conexiones que suelen atribuírsele. Evidencia en primer lugar su intención libre de prejuicio en su relación con lo «material», con lo corporal, con su objetivo respecto al tema. Respecto precisamente a un cariz que nos ha pasado desapercibido durante mucho tiempo: libre de consideraciones para sus connotaciones éticas, estéticas o religiosas, una atención únicamente dirigida al sentido de lo físico en sí mismo. Dirigida ahí, hacia lo que para nosotros es el aspecto más evidente, más presente en las experiencias de las manifestaciones en el ámbito del ser evidentemente palpable para nosotros mismos, como las cicatrices de la lucha o los trofeos de la victoria. Ese cúmulo de experiencia atávica, práctica que nuestra vivencia estima como algo distinto de lo espiritual, que parece como si se petrificara en trazos y formas fijas, de forma que el intelecto, ese último advenedizo en el mundo de lo físico, actúa como un chiquillo dulce y travieso que intenta palparlo con dedos trémulos como si examinara el regazo del abuelo.

En relación a la base de lo erótico, de la sexualidad, eso significa la más firme atención al aspecto fisiológico. La sexualidad como una forma de necesidad, lo mismo que el hambre, la sed u otras exigencias del cuerpo, toma así según esa opinión una existencia y una actividad más amplia partiendo de ese supuesto. Y lo mismo que en el caso de nuestras necesidades de nutrición o de otras exigencias vitales, tan sólo puede servirnos de orientación una investigación de los hechos en sí y una experimentación de los casos, tampoco aquí puede servir otro criterio como no sea el que solemos apreciar como el más elevado en el campo ético: que lo más pequeño, insignificante, situado en el ínfimo puesto no se nos antoja como menos digno de atención que lo que está dotado de todos los honores.

Y ello parece dar pie a una valoración neutra y objetiva tanto de la actividad sexual como de la continencia, que es todavía una cuestión que se encuadra en el campo de los problemas abiertos, no resueltos y ello puede deberse, entre otras cosas a que el tema de las secreciones internas de las glándulas (que posiblemente tengan una influencia mayor de cuanto sospechamos) no es, ni remotamente, tan conocido como el sector de las secreciones externas, de forma pues que no podemos medir a qué influencias de este tipo podamos estar sometidos en los casos en los que la actividad sexual exterior se extingue (como en el caso más frecuente de remoción únicamente del útero o del miembro, pero no de los ova-

rios ni de los testículos, no se ven afectados los caracteres secundarios). Es pues imaginable que partiendo de este punto o de otros similares se llegue a conclusiones que no solamente puedan merecer una consideración de salud sino también de valor, en el sentido de valorar el aumento de fuerza y su conmutación. Y entonces habrá muchas mujeres que con una íntima sonrisa sentirán lo que antes ya bien sabían, esas mujeres para las que la coercitiva educación sexual de todos los siglos de cristianismo, al menos en diferentes niveles, se ha convertido en una independencia natural de los desnudos impulsos de la pasión, esas mujeres que hoy en día deben pensárselo tres veces, mejor dicho, cientos de veces, antes de que, sin un esfuerzo personal, dejen caer en su seno el fruto, o en sus cerrados círculos culturales se dejen deslizar hacia el moderno amor libre pues se precisan muchas menos generaciones para la rendición que para la conquista.

Y del mismo modo cabe adoptar una postura ante las otras posibilidades que pueden ponernos en guardia contra una actitud ligera ante lo sexual. Como los casos que presentan a la excitación sexual como un rasgo natural de los fuertes estímulos que el cuerpo infantil al crecer pudiera controlar como nuevas incitaciones dentro del conjunto de su vida sensual. O en los casos que se cuentan sobre jóvenes enfermizos que buscaron satisfacción sexual sin haber sentido el previo impulso a su vivencia, o de las lánguidas muchachitas que florecieron incluso en un matrimonio no deseado y se robustecieron bajo la influencia de sus cambios de ánimo y de su cometido carnal. O en otros casos en los que se evidencia el peligro de que la fuerza vital de la madurez no se plasme en actuaciones fructíferas, sino únicamente impidiendo o acelerando la vida concentrándose así en una especie de toxicidad. Y de presentarse algunas opiniones de ese estilo se debe, con todo, considerar como frecuentemente la represión amorosa de los hombres puede perjudicar sus capacidades espirituales, e incluso en sus individuales valores humanos.

Por estos motivos cualquier examen atento sobre estos problemas que pueda aportar nueva luz debe ser aplaudido si lo trata como un problema por sí mismo sin meterse en implicaciones marginales como pudiera ser una idealización perentoria de la necesidad amorosa, como aparece a veces en la forma de «grecismo» modernizado o bien se trate de evidencias de lo erótico en el más estricto sentido. Cabe pues poner énfasis en el hecho de que el actual impulso hacia el refinamiento e individualización de estos



problemas puede esfumarse por sí mismo, pero es siempre digno de reconocimiento, y cada factor que ayuda a investigar debe considerarse como un alto logro. Tan sólo la creciente sutilidad de la elección amorosa aumenta naturalmente en primer plano las dificultades de su propia plenitud. Nuestra madurez fisiológica rara vez suele implicar una extraordinaria constitución anímica, y ambas también excepcionalmente se conjugan con la madurez del espíritu y carácter de una persona que debe mantenerse ligada en una relación duradera.

Esa interrelación, desde todos los puntos de vista prácticos posibles —de tipo higiénico, romántico, pedagógico, utilitario— en toda su mezcla se presenta como el objeto, ora matizado por uno, ora por otro, antes de que pueda ser definida con una sola palabra. Y as se comprende tanto la situación fisiológica que madura y se perfila a través de firmes ideales de cultura corpórea, como la que se desacredita a causa de su corporeidad débil, por miedo de verse ridiculizada por camaradas más robustos, metidos rápidamente en iluminadas experiencias conyugales, aunque se requieran concesiones atenuantes para lograr mun atisbo de fundamento psicológico. Tal es el punto de partida. Y así se combinan los tonos: un tono tradicional o uno filosófico, un tono libre desenfadado, o un tono más ardiente o incluso gruñón y pedante, estrecho de miras. Pero si como en los antiguos tiempos las divinidades rechazadas se degradaban a demonios nadie puede llegar a esta condición si antes no se ha creído en él. Incluso la investigación más escéptica descubre que sigue viviendo en su posteridad. Por todo ello, tal vez descuidando su antiguo rango, y dejando de lado algunos intentos de reforma o de amagos de disputa, el asunto está maduro para una seria consideración.

TEMA

Debe destacarse una doble característica para el tema de lo erótico:

Primero, que debe estudiarse como un caso especial dentro de las relaciones psíquicas, físicas y sociales, y no sólo como algo autónomo en sí como a menudo sucede. No obstante, esas tres formas de relación tienen entre sí conexiones mutuas que las convierten e incluyen en un sólo problema.

El eros que arraiga en el suelo de todo ser, crece por ello en una tierra igualmente feraz y sólida, levantándose hacia unas altu-

ras hasta convertirse en un poderoso árbol que lo cubre todo, e incluso ahí donde se le veda el terreno, y es justamente la fuerza de su raíz hendida en la tierra, lo que le lleva a pervivir. Y su punzante fuerza y valor vital le hace capaz, además, de lograr manifestaciones pluriformes, de incorporar elevados ideales, pero sin por ello quedarse reducido a este aspecto, sino que se aclimata por su capacidad de chupar de cualquier suelo, de ajustarse a cualesquiera circunstancias vitales. Y así lo encontramos en los procesos casi puramente vegetativos, sellado por nuestra corporeidad, estrechamente vinculado a ella con unas funciones que limitarán y condicionarán estrechamente su existencia marcándole con la impronta de su fuerte influjo. Y tiene luego sus estadios y estilos más elevados, en la cúspide de enardecimientos amorosos más complicados, que justamente son propiciados por ese hondo y sencillo origen. Algo de esa feliz dicha en la que lo corporal disfruta en un sentido inmediato su propia satisfacción como algo que es constantemente nuevo, y que a la vez es la vida en su más primigenio sentido.

Así como cualquier hombre disfruta cada día como algo nuevo su despertar, o su pan de cada día, o su paseo al aire libre, como si fuera algo que naciera a diario, y del mismo modo que uno puede diagnosticar a veces su primera perturbación nerviosa cuando las cosas cotidianas, las necesidades más simples de pronto empiezan a adjetivarse con los términos de «aburrido», «monótono», y las sensaciones se angostan, también la vida amorosa prodiga como una de sus más especiales alegrías aquella por la que el hombre, sin sensacionalismos ni valoraciones, la comparte con cuanto respira.

Lo erótico en su aspecto animal no se restringe únicamente en que el animal superior acompaña su comportamiento sexual con el afecto cerebral que pone en excitación su materia nerviosa; también lo sexual se convierte en la sensación, y finalmente en la romántica, dando así su contenido en todas las ramificaciones, cimas y matices en el recinto de lo más individualmente humano. Todo ese progreso en el amor se asienta en un fundamento sumamente oscilante: no ya en lo eterno y constante en virtud de aquella ley de lo animal por la que la fuerza de seducción se mengua con la repetición. La elección en relación a objeto y momento —y por ello una más sublime prueba de amor— se paga con el cansancio en lo ardientemente deseado, con el anhelo por lo no repetido, por la fuerza de seducción no debilitada: por el *cambio*. Se puede así

decir que la natural vida amorosa en todas sus fases, y sobre todo sin duda en la individual, se funda en el principio de la infidelidad. Y la costumbre, que así representa lo opuesto, queda en nosotros configurada, al menos en el sentido más burdo, bajo las fuerzas de las necesidades corporales más definidas por lo vegetativo y por ello más reacias al cambio.

Es sin embargo el principio más espiritual, el más evolucionado vitalmente, el que empuja hacia el cambio y el comportamiento electivo de la fascinación; es el de la conducta más evolucionada que justamente por serlo no entiende de la vieja estabilidad, de la permanencia de los primitivos procesos que para nosotros se convierten, en muchos aspectos, en una base de seguridad casi de tipo inorgánico, caso como el sólido piso de tierra o la roca.

Significa pues la debilidad o la debilitación de lo erótico, cuando por su propio estilo se enterca en apoyar su pie en la fidelidad y ello es un signo mucho más revelador que la marca de su ascenso hacia nuevas relaciones vitales. Y por tanto deben quedar ahí vestigios de esta insatisfecha sensibilidad que estarán así influidos por los atávicos procesos de la vida orgánica. Y precisamente si ésta, la «más corporalmente sentida» en nosotros debe ser tratada con respetuosa imparcialidad, también se debe adoptar una actitud sumamente respetuosa hacia lo erótico incluso en sus más osadas fanfarronadas; si bien tan sólo ese aspecto ha sido el más considerado hasta el colmo de convertirlo en el chivo expiatorio de cualquier tragedia amorosa.

El contexto en el que lo erótico, al menos en su situación más propicia, se despoja de sus peores tretas se da en nuestro comportamiento espiritual. Siempre que nosotros asumismo algo en nuestra reflexión y conciencia, en vez de limitarnos a tomarlo únicamente en nuestra exigencia fícisa o psíquica, lo vivimos entonces no sólo como un declive en la fuerza de su fascinación al saciarse ese anhelo, sino con el creciente interés del acto de entender, o sea, en su individualidad y en su irrepetibilidad humana. Y de ese sentido pleno deriva cuanto en el amor empuja a una persona hacia otra como a un segundo, a un otro e irrepetible yo para tenerle en ese intercambio no sólo como un medio para el amor sino como un fin por sí mismo.

Y si entonces el amor aparece en su aspecto social y en su significación social, está claro que ello no se refiere al aspecto externo de la cosa pues su recompensa por sus consecuencias externas, su inevitable vinculación con el ámbito de intereses de la

comunidad, contiene su aspecto social incluso ya en sus primeros pasos. Pero ahí radica su más libre sentido vital: su grado espiritual de viveza en comparación con el cual incluso el afán de cambio parece una carencia por su íntima movilidad, pues requiere tales ocasiones externas para sus nuevos y frescos roles, mientras que éstos le molestarían e incluso le detendrían. Con todo ello la fidelidad y la estabilidad cobran una motivación distinta: en esa superioridad de la plenitud de vida, de ese concentrado vital, se encierran nuevas posibilidades de organización hacia el exterior, vuelve a hacerse factible un nuevo mundo de estabilidad, un renovado suelo firme para todo devenir de la vida que son análogos a nuestra base psíquica y al que nuestro organismo propone desde la infancia como objetivo final del amor.

Con estos tres estadios no se describe, sin embargo, plenamente la esencia de lo erótico sino únicamente con el hecho de su recíproca interconexión mutua. Desde esta base únicamente con dificultad se delimitan dentro de su ámbito las distintas categorías, y mucho menos como unas gradaciones claras que pudieran marcarse teóricamente desde fuera, sino teniendo en cuenta que se trata de una viva totalidad global que no se puede desmembrar en partes. Tanto si la estimamos como un algo grande o pequeño, no sabemos en cada caso concreto si ahí se encierra todo su contenido, siempre que no se pueda tener conciencia del mismo: algo así como desde un punto de vista psicológico el niño se ajusta al pleno fin amoroso incluso cuando la palurda inconsciencia de la ignorancia lo atribuye a las más extrañas causas diabólicas antes que al proceso sexual. Y así la presente discusión debe ser completada, incluso en su aspecto de la importancia de lo físico en lo erótico, con todo cuanto tiene ahí su influencia o incluso de ahí la recibe, con todo aquello importante que se escapa a una exacta determinación; y en primer lugar con la total implicación que es lo que define la esencia del problema.

EL PROCESO SEXUAL

En ese mundo de seres relativamente indiferenciados el acto sexual se realiza con una redonda totalidad tan desmembrada y minúscula que casi puede convertirse en símbolo de la cosa en sí. En la composición de la célula (en cuya reproducción tan sólo esporádicamente parecen basarse) se juntan ambos núcleos totalmente entre sí, formando un nuevo ser y tan sólo lo periférico de

las viejas células se pierde y muere en el proceso: generación, niño, muerte e inmortalidad vienen a ser una misma cosa. Y todavía el niño se deja asumir por sus padres, lo descendiente por lo antecedente, algo así como un pedazo se puede confundir con otro en el ámbito de lo que llamamos «inanimado». Tan pronto como con la evolución y vertebración de sus miembros se produce la conjugación de su totalidad, si bien tan sólo se sigue presentando como parcialidad, surge entonces la paradoja en toda su agudeza: cuanto contiene la vida pertenece también a la muerte. Y a veces la vinculación es tan inmediata que ambos procesos parecen ser uno solo aun cuando se efectúen en dos seres y en dos generaciones.

Donde finalmente la diferenciación de los individuos toma sus caracteres de irrepetibilidad, por lo que los progenitores en modo alguno perviven en su engendro y es ahí donde la muerte corta el vínculo inmediato por lo que el animal tan sólo indirectamente participa con su corporeidad desarrollada en el proceso sexual. Es decir, que ahí tan sólo aporta cuando él por herencia ha recibido y que no ha absorbido en su desarrollo individual: el sexo, por así decirlo, se transmite debajo de la mesa.

Con ello el proceso habría llegado al más antitético final de su devenir y todo el impulso de automantenimiento que primitivamente daba toda su viveza y movilidad a las células ha terminado por emanciparse, casi con perversión, de cuanto por quedarse amorfo e indifernciado murió en la periferia de la célula. Todas esas revoluciones, sin embargo, son ignoradas desde siempre por las células sexuales como si ahora y siempre poseyeran todo el reino de la vida y no meramente la más pequeña y siempre menguante provincia del mismo. En ellas, pues, se encierra todo cuanto puede dar origen a un individuo con su gran diferenciación, son portadoras en sí y constantemente del mismo carácter totalitario y, más aún, impregnan con su influencia temporal los cuerpos que las albergan.

De tales influencias bien puede derivar, precisamente por ser la más primitiva forma de unión entre seres vivos la total unión de los individuos, el que sean símbolo de cuanto acontece en los más sublimes sueños del espíritu entre el pleno gozo amoroso. Y por ello también el amor se siente tan fácilmente transido por sus ansias y recelos de muerte, que difícilmente pueden diferenciarse entre sí, de algo que se antoja como un sueño primigenio: en el

que el propio yo, la persona amada, y el hijo de ambos pueden todavía ser uno, y a la par tres nombres para una misma inmortalidad.

El motivo para el contraste entre lo más grosero y lo más refinado, que forma ambos extremos del amor, radica también ahí; y ese contraste en los animales puede presentar su aspecto humorístico cuando logra conciliar la exigencia sexual con la más sensible hipnosis, pero en el mundo humano no siempre tiene sus ribetes humorísticos esa oscilación de lo grosero a lo supersentimental. Un oscuro atisbo de ello es lo que provoca la vergüenza espontánea y hondamente instintiva que las personas muy jóvenes y totalmente inocentes pueden sentir ante la relación sexual; una vergüenza que no se debe ni a su inexperiencia ni a discursos morales bien intencionados, sino a la situación de que ellos con su impulso amoroso buscaban la totalidad de sí mismos y que les perturba el paso de ahí a una parcial actuación corporal, lo mismo que si se tratara de la presencia de un tercero, de un extraño, algo así como si antes, muy poco antes, en el desvalido lenguaje de su anhelo, se hubieran hallado más cerca, más plenamente e inmediatamente cerca.

Lo sexual busca de por sí resolver esos contrastes y paradojas que lo perturban con la parcialidad de sus funciones, que incansablemente se asocia a todos los impulsos en los que puede anidar. Y al inicio tal vez sea lo más saliente el ansia de devorar, que por formarse en primer lugar va aglutinando todo lo demás, marcándose así como lo más especializado. Cuando todavía hoy los amantes aseguran que podrían comerse por amor, o cuando las ingenuas arañas femeninas lo hacen realmente, no se produce aquí una proyección del devorar sobre el amor, sino viceversa: la apetencia sexual hacia la manifestación total es lo que arrastra todos los demás órganos en su excitación. Y lo logra fácilmente. Si proceden todos ellos, por decirlo así, de la misma cuna como los inquilinos de los órganos sexuales, cualquiera de ellos habría podido desempeñar el papel de «célula sexual» si el diablo del orgullo no les hubiera desviado en diversas diferenciaciones. Y ahí se apega el recuerdo en virtud del cual lo sexual logra incitarlos tan fuertemente, y olvidan la distancia de alejamiento que entretanto han recorrido y se entregan, más de cuanto sería justo para un adecuado órgano de la generación animal, a un insospechado anhelo por los buenos viejos tiempos de la primera formación y divisiones en el óvulo materno.

En ese arrebato desaforado —en el ámbito de lo humano se podría decir que sentimental— radica la infinita excitación común de la criatura que es suscitada por el proceso sexual. Y cuanto más éste se haya visto arrinconado en el transcurso del desarrollo, tanto más se convierte en un proceso especial, tanto más fuerte se hace la influencia en su grado de impregnación sobre todo cuanto acontece: el recíproco flujo de dos seres en el arrebato erótico no es la única forma de unión ni tal vez la más propiamente tal. Somos, ante todo, nosotros mismos un lugar donde toda la vida especial del cuerpo y del alma se inflama de nuevo en una recíprocamente sentida pasión, para dejar de vivir desinteresados, sin percatarnos de nada, en el aislamiento de los miembros de una gran familia que sólo en los días de celebración o aniversario se acuerdan de que son «una sola carne y una sola sangre». Cuanto más evolucionados sean los organimos, tanto mayores días de júbilos y fiesta son tales ocasiones que bajo la influencia y ocasión del eros, como de un tío-abuelo de América, ponen todo en alarma como un recóndito resorte de nuestro ser para una fastuosa fiesta de bienvenida y de sexualidad.

Se suele decir con cierta razón que el amor siempre regocija, incluso el amor más infeliz y es cierto si se toma ese refrán con la suficiente ausencia de sentimentalismo, es decir sin referencia al compañero. Aunque nos sintamos llenos de ese amor desde nuestra situación, la que típicamente nos arrebata, no estamos en condiciones de ocuparnos objetivamente de nada, sea lo que sea. El objeto amado tan sólo es ahí una ocasión para la excitación, igual que un susurro o un olor del exterior puede suscitar todo un mundo que se plasmará en un sueño de la noche. Los amantes estiman su pertenencia de forma plenamente instintiva y la valoran con relación a una cosa: el recíproco y espiritual proceso del devenir que fructifica en sí mismo, que concentra y alivia mutuamente del mismo modo como ocurre en el acto amoroso entre los cuerpos. Si en vez de eso se hacen demasiado frecuentes los elogios al otro, se produce de pronto la ingrata y consabida caída de las nubes de la divinización, que cada persona experta suele predecir para todos los amantes que han perdido su cabeza y en los que la locura del amor, si bien ataviada con los oropeles de una princesa, se transforma luego en una cenicienta. En su traje de oropeles ella se olvida de que aquí únicamente cuenta como gratitud la propia ventura y satisfacción del otro, si bien de forma inconsciente siempre la empuja algo del pródigo deseo de beneficencia de aquel

egoismo erótico que tan sólo se festeja a sí mismo en esa fiesta. Y entre el uno y el otro, como una sombra dorada, se sitúa el intocable fantasma que viene a ser el único mediador entre ella y él.

LA ILUSION EROTICA

Es divertido ver como, justamente en ese punto, el tema de lo erótico se trata de una forma entercadamente maternal. Con todo, esa actitud del ánimo en el arrebato amoroso encierra muchas cosas —arrebato, como el síntoma más claro de la embriaguez al que no le queda más evasiva que escurrirse hacia el terreno romántico o infundir sospechas como algo patológico. Ese punto angular en toda su historia las más de las veces tan sólo se roza como si el bufón, que aquí satiriza nuestra comprensión, dejara él mismo de tomar en serio su papel. Por lo general se contentan con examinar con lupa la sexualidad tal como se muestra localizada en los profundos centros cerebrales, y luego se le adjunta el material sentimental de tipo no erótico que, gracias y loor sean dados a Dios, constantemente lo acompaña, lo mismo que la buena voluntad, la bondad, la amistad, la conciencia del deber y demás. Todo ello no se conjunta en una valoración siempre creciente, sino que, por lo contrario el amor, como una planta de utilidad social, es siempre un obstáculo en el camino.

Siempre hay algo muy humano que se queda vacío en la experiencia sexual, si la locura humana es desechada como *quantité négligeable*. En las alocadas extravagancias de los amantes de todos los tiempos y pueblos se nos combina todo el material de todo cuanto el hombre, gracias a su febril intelecto, ha hecho del sexo, y nos atrapa tanto si lo consideramos románticamente como con un interés médico y distanciado.

Ahí se encierra, efectivamente, el lenguaje espiritual de cuanto desde tiempos remotos ha significado un esfuerzo para expresar el sexo en su corporal claridad como un sentido único: que todo lo da y lo toma todo. La revolución de las células sexuales, que son las que coordinan toda la acción de los participantes, la acción de esas retrógradas y libres —lo mismo que nuestra rancia nobleza— dentro de la ordenación de los cuerpos, llega así a oídos del espíritu. En él, el superior, el coordinador de todos los demás órganos diferenciados, puede encontrar su eco aquella imperante voluntad, es decir, la pura existencia del espíritu que se realiza en



sus paradójicos deseos en cuanto que de él, como fuerza unificante, todo se deriva y refleja como instantáneamente, como en un fuego fatuo, como ilusión.

Se comprende, pues, por qué incluso Schopenhauer metió mano en su saco metafísico para proscribir todas esas ilusiones amorosas como una ratonera de su «voluntad de vida», junto con sus añagazas deslumbrantes; se siente formalmente la ira de todos los embaucados. Efectivamente, desde el momento en que lo sexual se clasifica como un proceso aislado entre los demás que se producen en los cuerpos más evolucionados, todo el ardor y el arrobamiento debe desembocar en el vacío. Tan sólo puede considerarse como un artículo de lujo que adorna las realidades sexuales, como una tarea de seducción y encanto, que arropa y adorna lo necesario y real con una pródiga superfluidad que no posee realidad ninguna.

Y no obstante, no encierra únicamente un embaucamiento, que pretendiera engañar muchas otras cosas; pretende únicamente y por primera vez con medios puramente espirituales abrirse un camino, un camino espiritual, a través de las trabas corporales para llegar a un cierto paraíso perdido. Y la experimentamos con mayor certeza cuanto más auténtico es en nosotros el amor; pero si se mezcla la fuerza de nuestro cerebro, entonces lo sentimos de la forma más alocada.

No es infrecuente que en todo el comportamiento de los amantes, en su reciprocidad, se muestre algo de esa pretensión de revelarse, abrirse, hacerse visible al otro y, —ya sin pose ni intencionadamente— se cierra la entrada al mundo de los propios sueños. Ciertas cosas, las más hermosas, tan sólo se pueden vivir estilizadas, no realísticamente, en su propio ser; como por ejemplo, una eufórica plenitud poética tan sólo puede abordarse de una forma mesurada: con respetuoso anhelo de belleza y guardando mayor contención que nunca, con mayor reserva que nunca, en una unión de seres completamente nueva.

En esa actuación creadora de ilusiones la mutua influencia en la unión amorosa suele crear mejores ocasiones que una real independencia, pues entonces el otro se queda ahí, con nosotros «fuera», fuera de nosotros, únicamente rozando fructíferamente el ámbito de nuestro ser, de forma que así, desde ese punto se adentra uno en el mundo restante, se erige en el propio punto de enlace con la vida, ese aspecto exterior de las cosas que nunca puede

captarse de otro modo; se convierte en el medio en el que se nos despliega y habla la vida, donde nuestra alma halla las voces y los acentos oportunos.

Amar significa en su más auténtico sentido: saber de alguien, cuyos colores las cosas deben tomar, cuando realmente pretenden llegarnos, de forma que cesen de ser indiferentes o espantosas, frías o vacías, hasta que incluso las más perversas fieras se nos postren a los pies, mansas, cuando entremos en el jardín del Edén. En las más lindas canciones de amor pervive algo de esa fuerte sensación como si el ser amado no fuera sólo él mismo, sino también la hoja que tiembla en el árbol, o el rayo que se espeja en el agua; la amada que transforma las cosas y que se transfigura en las cosas, como una imagen impresa en la infinitud del todo de forma que doquiera que andemos ahí sea también nuestra patria.

Y por eso también teme uno el ocaso de un arrebato amoroso a medida que el mutuo conocimiento va ahondándose, pues entonces todo auténtico arrebato se torna en un afán investigador que desestabiliza espíritu y sentidos. De ahí t trato con el otro que nazca meramente de la curiosidad por saber cómo es realmente, incluso cuando las suposiciones se han visto cumplidas ahondando y afirmando así la unión en todos los sentidos, puede convertirse en una fuerte decepción en algunos casos precisamente cuando se agota y reduce el campo de juego para tratar al otro de una forma poética, creativa y lúdica. Pequeñas menudencias que otrora fueran un encanto, que por sus mismos rasgos fascinaban y enardecían, pueden ahora dejarnos indiferentes, o lo que es más, irritarnos y nos recuerdan el hecho de ese extraño mundo que otrora excitaba nuestros nervios y ahora se nos queda ahí como algo ex-

EROTICA Y ARTE

Conocemos los últimos y más propios impulsos de lo erótico sobre todo cuando los relacionamos con otras creaciones de la fantasía, y singularmente con las artísticas. Ciertamente se da una profunda afinidad, para no decir un parentesco d
en el comportamiento artístico actúan viejas fuerz
tejen con otras individuales por medio de una exc
en ambos se produce una síntesis del entonces y
una experiencia básica, en ambas se da su conjunc
bato.

En esos oscuros terrenos fronterizos se ha adentrado poco la investigación sobre el papel que en este segundo paso puede desempeñar el plasma germen del eros; no obstante, se intuye que tanto el afán artístico como el afán sexual ofrecen claras analogías, de que el ardor estético anida casi imperceptiblemente en lo erótico, o que el anhelo erótico aspira inconscientemente hacia lo estético, al adorno (la animalidad que en su amor creativo recurre al adorno) y todo ello como un signo de un crecimiento gemelo desde la misma raíz.

Parece como si el encumbramiento desde una vida primitiva, que sigue ahí, hasta lo más personal, el mismo retorno de las potencias desperdigadas en la especialización hacia las cálidas simas de la tierra, de donde deriva toda la fuerza creadora, se plasmara en el ansia de refugiarse ahí donde todo lo creado puede recibir su sentido de totalidad. Y si lo sexual puede recibir el apelativo de un redespertar de lo más atávico y primigenio, como su recuerdo corporal, también le vale el título a la creación artística que a su vez debe convertirse en el recuerdo más personal de una misma herencia, en una asociación de lo más actual, de lo más propio, una especie de grito, de despertar del sueño a lo que ha sido gracias a la agitación de la hora presente.

En el proceso artístico la excitación física, en toda su conmoción, tiene en esa agitación tan sólo el objetivo de fenómeno de acompañamiento pues el resultado se muestra de por sí como un producto del cerebro, como algo que ha logrado una conformación plenamente individual; en lo sexual, por lo contrario, los procesos físicos únicamente resuenan como un efecto secundario de la exaltación anímica, y el esfuerzo no desemboca en ninguna «obra», como no sea la búsqueda de la existencia corporal de un niño.

Por ese motivo lo erótico lleva su arrebato mucho más lejos que lo artístico en cuanto a sus imágenes e ilusiones expresando así mucho más lo «irreal». También en el artista su situación especial se revela con referencia a la norma como una anomalía, como una violación de lo presente, un resultado establecido, a través de la excitante interacción de las exigencias del pasado y del futuro. Unicamente ese «íntimo proceder amoroso», lo que el artista más precia, encuentra su última explicación y su plena colmación en el ámbito psíquico, se conjunta y ultima, con mayor o menor ansiedad, en su obra, mientras que el estado psíquico en lo erótico, al

carecer de una obra que le justifique y culmine, se queda sumido dentro de un singular estado de extravagancia, o en todo caso como una anormalidad dentro de todo el ajetreo de la vida.

Si bien por ello el artista puede fantasear con menos ataduras que el amante, al no verse constreñido por los lazos amorosos con la limitadora realidad del ser amado, sus fantasías, las del creador se ven también definidas por los cauces de su tema: las nuevas realidades únicamente pueden plasmarse partiendo de lo presente, de lo existente, mientras que el amante tan sólo obsequia, impotente, con sus invenciones. En lugar de poder sosegarse en la lograda armonía de la obra hecha, como le es permitido a la fantasía del artista, la poesía del amor impregna toda la vida con su carencia de plenitud, mientras va buscando y obsequiando, con la tragedia de no poderse limitar a su obra externa pues no puede disasociar su pensamiento. El amor se convierte así en lo más corporal y a la vez en el fenómeno más aparentemente espiritual, el más crédulo y supersticioso que trasguea dentro de nosotros; se aferra completamente a los cuerpos, pero meramente como un símbolo, como un significante corporal para todo cuanto pretende entrar en nosotros llamando a la puerta de nuestros sentidos para despertar en el alma los sueños más inconmensurables. Y así la posesión suscita y se mezcla con el ansia de lo inalcanzable, por doquier la colmación y la renuncia se emparejan como algo que tan sólo cabe distinguir por el grado. Si el amor nos hace creativos por encima de nuestra propia capacidad, ello no se reduce tan sólo a una forma de anhelo que nos desgarra entre nosotros y lo que eróticamente anhelamos, sino también con referencia a todas las cimas que se nos permita soñar.

Mientras que en la creación artística el componente de excitación corporal que acompaña la creación intelectual actúa como un efecto secundario fútil sin más, en lo erótico, en la creación amorosa no se limita a este papel. La plétora de lo espiritual que ahí actúa cobra un nuevo tono de incitación que define con su palabra todo lo inefable e inexpresado de todos los anhelos. Es como algo muy simple que se ha individualizado hasta la espiritualidad y cuyo distintivo fuera no dejarse marginar como algo secundario o de acompañamiento para convertirse, en cambio, en un elemento con una constante función organizadora con el fin de animar al mundo invisible, increado, con la fuerza de su aliento.

Aquí puede suscitarse la pregunta sobre qué papel desempeña todo ese impulso hacia la idealización que parece impregnar tan hondamente las actividades de creación; de si constituye de hecho un componente esencial de toda realización en su aspecto de síntesis de lo interno con lo externo, de lo próximo con lo lejano, de lo cósmico con lo personal, del origen con la cumbre.

Incluso cuando no se trata de obras excepcionales, sino simplemente de nuestra existencia cotidiana, el puro hecho humano va interpelando nuestra conciencia siempre sobre una misma cuestión: la repetida combinación en una confrontación entre el mundo y el propio yo, de interior y exterior, como unos factores que están ahí. El marco de esta comprensión es lo que distingue lo alcanzable para el hombre de cuanto pueda lograr un animal. A medida que la conciencia de la vida se acrecienta, también toma su auge ese proceso: nuestro comportamiento creativo, en el sentido estricto de la palabra, va aprehendiendo lo profundo, lo remoto para así aproximarlo a nosotros, hasta convertirlo en un confrontante de eficaz significación, hasta que desemboca en una fértil unidad como si en cierta manera se experimentara, se reviviera el devenir del mundo, el nacimiento del yo, lo que inyecta su vivificante núcleo en lo creado por nosotros únicamente, ese núcleo que deja de ser pura apariencia de existir o superficialidad de esencia.

En la misma medida, pues, en que eso se realiza, percibimos la actividad idealizante en todo su desarrollo. El amante y el creador, el que crea en el hijo como si fuera una obra espiritual, se dan a conocer en sus ingenuos entusiasmos, difícilmente estimables desde una mera perspectiva objetiva. Y ese «ante-mí», cuanto más significativo sea, tanto mejor puede situarse en el mismo terreno únicamente en virtud de una recíproca elevación para equiparar en ese nivel sus exigencias y retos con sus extrañezas, logrando así que la misma elevación del sentimiento vital condicione por su total efecto inmediato ese mismo proceder efectuado. Es como si se realizara una especie de consagración por la que ambas partes se vincularan en un pacto que las presentara unidas sobre un «terreno sagrado». Como si lo que nosotros llamamos «idealizar» fuera, por así decirlo, el más primario acto de creación como una obra de las criaturas, algo así como su primigenia y autónoma repetición, la continuación de toda vida que ya se plasma en el corporal afán de apareamiento que se suscita con los primeros

vestigios de actividad cerebral. Y así emerge y asciende el gran arrebato de júbilo de la existencia, como los trinos de júbilo de los pájaros al rayar el alba cuando el sol quiere asomarse sobre un nuevo día de creación, pues no hay en el mundo tres cosas que tengan una relación tan íntima como esas tres: crear, adoración y gozo.

Si uno se adentra a tientas en la noche de los orígenes humanos y en la prehistoria de la humanidad se topa uno con los últimos hitos reconocibles, con las manifestaciones religiosas. En ese momento, cuando al despertar la conciencia del mundo exterior presenta de repente un cosmos que lo engloba todo, que en algún modo es como un dios. El es quien de nuevo preserva la unidad de donde pueden brotar los diversos escarceos de la nueva cultura. Y ese devenir de la conciencia, ese hacerse conscientes, en comparación con el aletargado sentido personal puramente animal, constituye una elevación de vida en el sentido de que se comprende como, entre todo un conjunto de carencias y desamparos, de pronto emerge la primigenia creación humana como algo de signo divino. Y ello significa nada menos que la primera arma decisiva para la lucha por la vida, no como algo material que sitúa por encima de la mera bestialidad, sino justamente como un acto de fantasía. No ciertamente como un desarmado desprecio de las fácticas hostilidades existentes, sino más bien como la supervaloración de las mágicas fuerzas de lo incomprensible en cuanto que la potencia humana se siente ahí conscientemente ahondada, y se siente, no queda presa en la mera materialidad de lo aparente.

En consecuencia, y en todo ese empuje de la hostilidad, la lucha no es ya una momentánea búsqueda del botín, sino simultáneamente una conquista de la unidad de la circunstancia, que el animal acepta sin más; un intento de experimentar esa unidad de lo divino, de lo mágico. Y es así que incluso en la sangre que se derrama, o en la carne que se devora, el hombre cierra un pacto, intercambiando fuerzas con el enemigo, una alianza que es una unión religiosa; al presuponer unos hechos como tales, pero al establecer por ellos un horizonte de futuro, el hombre festeja por primera vez su hambre y su sed por algo nuevo, la cena de su salvación espiritual.

Dado que ese impulso interno de elevar las cosas, de idealizarlas, ya en su sentido más primitivo significa «actuar creativamente», por ello nos hallamos en la cúspide de las actuaciones hu-

manas, como corriendo por las más finas crestas de la experiencia humana. Por esa razón, pues, nuestra más sublime productividad lleva el propio marchamo, ese carácter que se siente más bien como una concepción que como la última punta de nuestra propia actividad, que nuestras obras más cimeras están animadas por una actitud de entrega como algo que les brinda su valor. Cuando somos señores de nuestra vida, como nunca, nos encontramos entonces sumidos en los sentimientos de lo sagrado, de adoración, que no son tanto unas formas de una experiencia especial como los últimos acentos de su intensidad. Como si se estuviera en camino hacia una fértil descarga, de ser permanentemente creativos, pero nuestro propio yo fuera estéril si no se sintiera misteriosamente de nuevo escindido en sus puntos culmen en respuesta a la primigenia dualidad de su base, donde exclusivamente radica su unidad. Como si algo de las imágenes de la primigenia divinidad fuera perviviendo a través de millares de ropajes y refinamientos en todo, como compañero de camino de todos los hombres y de todos los tiempos; como si la potencia creativa no fuera en sí sino el anverso de una adoración, y la definitiva imagen de todo acontecimiento fuera una unión de fertilidad y una concepción.

EROTICA Y RELIGION

El hecho de que la religión sea uno de los fenómenos que ha recibido más definiciones, que su esencia sea explicada de las formas más paradójicas bien pudiera deberse a que en su tendencia básica hacia lo uno se haga una de nuestros más íntimos afectos vitales, que constituya una de nuestras más íntimas constantes por las que nos mantenemos y caemos; y por ello no permiteel neutral distanciamiento necesario que hace posibles las definiciones teóricas.

Por todo eso, lo erótico está tan inmediatamente encarnado en la religión, y precisamente en virtud de aquella elevación vital que la incita externa e internamente llega fértilmente al estado de conciencia. Y en la religión la fuerza unificadora, el sublime goce por la vida, por el anhelo, se ha visto cuajar en una compacta dicha corporal o espiritual. La conexión entre esas tendencias sería la misma que en las demás actividades humanas en cuyo colorido se permite ver, bien en su base o en su cúspide, el primitivo color de lo religioso.



Lo sexual parece estar estrechamente vinculado al fenómeno religioso ya en cuanto el aspecto creativo de su proceso bien primitivamente, en la misma generación corporal, hace su acto de presencia para atribuir al puro paroxismo corporal su carácter de común trascendencia: algo así como una predisposición a la espiritualidad. Y si en los afectos sexuales el espíritu presta sus estímulos cerebrales, también por otro lado en todo fervor religioso, al igual que en cualquier actividad psíquica fuerte, actúan los tonificantes estímulos del cuerpo; y entre ambos polos se contiene toda la humana evolución; y no quedan rendijas, su pluralidad se va cerrando de unidad en unidad hasta que principio y fin quedan ahí englobados.

El fervor religioso no existiría sin la intuición de que lo supremo, lo que soñamos, puede ser albergado en nuestro suelo terrenal. Y de ahí que el culto religioso se haya visto vinculado en los tiempos primitivos con la vida sexual durante más tiempo y con mayor profundidad que con las demás expresiones de la vida, e incluso en las denominadas religiones espirituales («religiones con un fundador») perviva alguna vez esa conexión.

También el fervor religioso y el sexual corren paralelos en otro singular aspecto, en que la esencia de ambos se va clarificando en su desarrollo, en el sentido de sus expresiones reflexionadas.

Así como de lo sublime a lo ridículo tan sólo hay un paso, se podría descubrir, con todo el reverente respeto y admiración por las aportaciones intelectuales de las grandes religiones, que con respecto a la más perspicaz observación de la realidad, el mundo mental de los aficionados a la religión muestra en cierto sentido una sorprendente semejanza con las pletóricas representaciones en la fantasía de los amantes, tanto en su método de creación como en el contenido de sus deseos. Existe, sin embargo, y por mor de la adecuación a sus objetos, una gran diferencia en la valoración de éstos ya que incluso el amor más ardiente no tiene para nada en cuenta la opinión de los demás sobre aquéllo que se quiere ver únicamente con sus ciegos y deslumbrados ojos, mientras que la fe religiosa pone su énfasis en la verdad para todos de su propia imagen de Dios. Y ello no se debe, como frecuentemente se oye, a una estrecha intolerancia, sino a la necesidad íntima y al sentido unitario de su propio ser. Pese a esta segunda diferencia, la persona sigue formando los perfiles de su imagen con imperturbable subjetividad.

Pero si el anhelo amoroso se queda constantemente atado por la imagen ilusoria a un objeto de la realidad, o si la actividad artística debe a veces renunciar a su propia imagen inventada para acoplarse a la propia realización, lo religioso, en cambio, proyecta sus representaciones sin poder ni deber «verificarlas» ni en su inicio ni en su fin, y lo hace con una irrefrenada fuerza del alma, con fuerza de supervivencia, hasta proyectarlas al cielo mismo.

En consecuencia, en el cumplimiento de esos deseos, a los que el hombre se siente tan escasamente adecuado, con el aspecto teórico de sus ideas religiosas tan firmemente presente, se produce el visible y exigente aferramiento. Sus creencias, tan incorregibles como las de cualquier otro porque no se pueden asociar a nada más, deben por último construirse en un ostracismo dentro de un mundo que queda totalmente fuera de las demás cosas.

Y ahí anida una evidente paradoja: al proclamarse soberano, lo religioso debe aislar totalmente su recinto de todo lo demás; no obstante, esa soberanía es en sí únicamente un reflejo de toda su universalidad y origen de su práctica significación para todo cuanto existe sin ella y a la vez mantiene su influencia en todo, afirmándolo todo en su profundidad y coronándolo todo en su cima. Esa aparente paradoja no hace sino revelar el hecho de la imposibilidad de captar la vida en su teorización, y que por el contrario ésta debe revelarse soslayadamente, como un bosquejo, precisamente en la imagen de lo que por su elevada viveza se ha constituido en modelo. La fe tiene la más sagaz fórmula de que Dios tan sólo puede ser conocido en la inmediata vivencia de sí mismo y un grado de verdad, que le podría ser atribuido como diferente, no logra para nada convertirlo en «más verdadero».

Si cualquier cosa que en el fondo se puede aprehender por una exploración de las ideas (como un objeto que permite ser disecado por la ciencia) puede encuadrarse en los patrones comunes como algo exánime, la vida cuanto más pura tanto más inasequible se hace, no se deja encerrar en unos moldes de ideas. Todo lo que es nuevo se muestra ahí como nuevo, debe dejar atrás todo lo fijado y establecido para así singularizarse, y no sólo porque sea difícil hallar una correspondencia, sino porque es ya de por sí una cáscara caída, una concha vacía, algo ya petrificado.

Y por eso el carácter de ilusiones tanto de las representaciones eróticas como religiosas no es algo reprochable en sí, sino antes bien una muestra del carácter vital. Tan sólo el aspecto físico de lo

amoroso llega algunas veces a desterrar toda la experiencia espiritual de sus vivencias como un nebuloso espejismo, en un reflejo curioso, chocante, emocionante, patético; mientras que el piadoso, al pretender formar apariencias externas de su vida espiritual, debe siempre recurrir y plasmar lo eternamente ausente. Y más aún, un poderoso y granítico mundo de la vivacidad de los estímulos internos empuja hacia lo que se petrifica en la muerte. Y por ello se convierte en un techo para aquellos que en las injusticias de la vida buscan un refugio y una protección, pues siempre en la religión se muestra un doble carácter: que es algo distinto en el fervor vivificante de lo que es en la indigencia de lo que debe tenerse por verdadero, que es algo distinto si se usa como alas o como muletas.

Ni el amor ni la religión pueden aferrarse a los momentos memorables del transcurso de su historia, pues no tienen cabida en el ámbito de nuestra experiencia humana ya que nada sucede ahí que no sea a la vez acontecimiento interior y símbolo exterior. Y las formas de esos símbolos tienen tanto más que decir cuanto menos lo pretenden y sobre todo cuando no pretenden personificar los más espontáneos éxtasis ni la más intocable bondad, sino cuando por lo contrario los conjuntos más diversos y verificables se presentan juntos, reforzándose y condicionándose de forma que sin una interna participación por nuestra parte puedan ser confirmados, o como suele decirse, presentar la realidad externa.

Esta es con todo la gran enseñanza que se deriva de los procesos y experiencias tanto religiosos como eróticos: que su camino ha vuelto a desembocar en la vida misma; y así barra para el ser vivo el otro camino, el que tras reflexivas verificaciones y constataciones queda como un sendero sin esperanza, pues sólo la vida puede reflejar la vida misma. Y eso significa para la actitud religiosa un adentrarse sin barreras en todo lo que es, en todo cuanto existe que todavía no se le haya convertido en trono y escabel para sus pies, como el mundo lo es de Dios. Para el amor significa su plenitud y colmación en lo social.

EROTICO Y SOCIAL

Lo erótico se sitúa en una posición intermedia a caballo entre los grandes grupos de sentimientos de lo egoísta y lo altruista, o

en otras palabras del estrechamiento, de la reducción de nuestra voluntad individual en la indiferencia, la extrañeza y la hostilidad, o de su dilatación hasta abarcar al otro, el prójimo, como una parte de sí mismo. Ambos buscan modificar en el transcurso del tiempo su mutua relación y su actual valoración humana y la forma como expresan su interrelación es lo que marca el distintivo de una determinada época.

Cada grupo necesita al otro para completarse, cada uno tiene en ambos su ventaja y participación aun en el caso de que la interioridad fuera una amenaza para lo exterior, pues para darse es preciso poseerse y de las personas y cosas hay que tomar, pero no robar, aquéllo que ellas ofrecen con su alma abierta. Ambos extremos que se muestran como superficialmente irreconciliables tienen en su raíz una común pertenencia que se evidencia en el tornadizo «¡quiero serlo todo!», como expresión de renuncia, mientras que el «¡quiero tenerlo todo!», como expresión de concupiscencia, vienen a tener un sentido común como expresión de un alto anhelo globalizante.

Desde esa perspectiva de una común raíz-madre, el tercer grupo de relaciones sentimentales, el de lo erótico, se muestra como una forma intermedia, tal vez la forma más atávica, entre el animal solitario y el ser humano y ahí ambas partes con sus implícitas paradojas van anexionándose espontáneamente transformándose en una nueva forma de impulso.

En la naturaleza existen los diferentes corpúsculos protoplasma que en su afán generador buscan despojarse de sus diferencias sexuales para desarrollarse, posibilitando su especialización una siempre nueva pluralidad. Y con razón persiste tanto en los hombres como en los animales el antiguo tópico según el cual el amor entre los sexos es a la vez una lucha entre sexos y fácilmente deriva indistintamente hacia el amor o el odio. El egoismo persiste en la sexualidad y así se agudiza en sus más tercos anhelos propios y arremete en sus egoístas acometidas pero sólo para poner lo conquistado en el trono, y más aún, por encima de sí mismo. Por doquier su condicionamiento físico va obstaculizando el claro desarrollo y tendencias de su intencionalidad espiritual, pero en lo profundo va destinando todo lo demás hacia lo otro que internamente somos, hacia el todo-uno que nos unifica.

No se puede, con todo, concluir de esa vinculación que los egoismos de los hombres, o incluso la hermandad de espíritu, sea una sola y misma cosa como si debiera suponerse que en el fondo



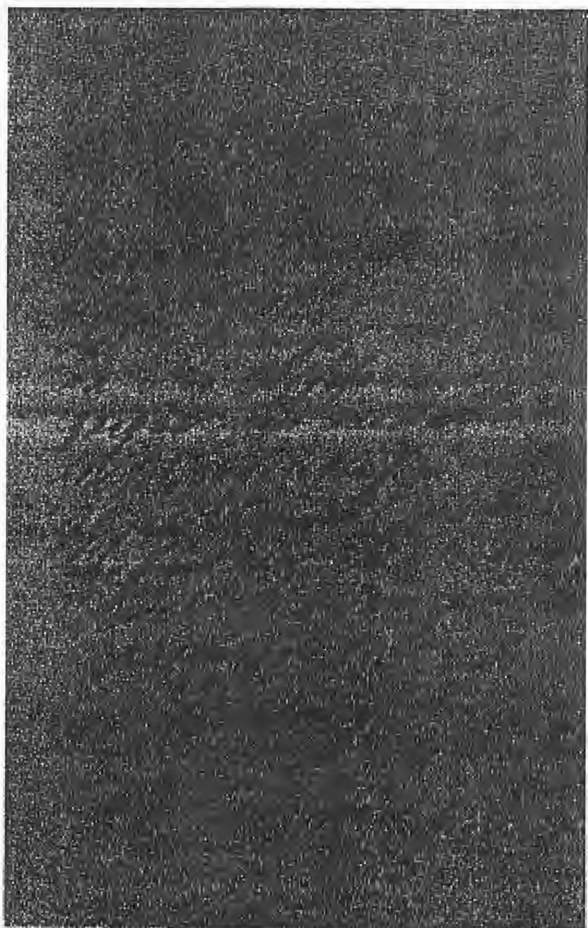
no son sino una pre-etapa para unos más claros estadios de desarrollo. Al contrario, en su evolución se mezclan todos los estadios desde los más primitivos hasta los más complicados, desde los más limitados por lo corporal hasta los más espiritualmente libres, conviviendo en un mismo suelo. Cuando los aconteceres de la vida matizan con otros tintes las relaciones, ya sean de naturaleza amistosa o simplemente de compasión, no quedan entonces ennoblecidas por ese simple hecho sino que a menudo se ven amenazadas precisamente por el hecho de ser más hondas las corrientes de los impulsos que ahí se mueven.

De esos elementos tanto de índole egoista como altruista pueden derivarse formas de creatividad en ambas direcciones. Y así como a primera vista, desde una fluctuante parcialidad, en el sentido del propio arrebato hacia el gozo, todas las fuerzas pueden desembocar en una plena verdad, sin ilusiones, en la del egoismo, también por otro lado se puede ver el altruismo como algo productivo; se puede ver como el otro, el compañero, que hasta el momento sólo ha sido ocasión de entusiasmos, suscitador de gratas ilusiones, se convierte en verdad y en experiencia vital. Con todo también el «egoísmo a dos» sufre la fuerte sospecha de egoísmo y sólo se ve superado con relación al hijo, en el momento pues en que el amor sexual adopta la forma social y recibe su reconciliación dentro de una relación recíproca. No obstante, al amor sexual que produce su obra «social» en el sentido más corporal, se le atribuye la característica de que esta actividad física de uno mismo encierra dentro de sí todo cuanto lleva ulteriormente a una evolución espiritual. Cierto es que con toda razón se puede afirmar que todo amor crea a dos personas; además de la que corporalmente se engendra en la unión, también se crea otra criatura poética, no obstante, suele ser esa criatura corporal la que primero se libera del ensimismamiento amoroso. Al menos así sucede en la vida natural que más espontáneamente se da a sí misma: el celo se socializa en la cría, y el amor en el niño.

MATERNIDAD

Es interesante ver como la mujer, que parece como más apta para las idealizaciones de la vida amorosa, aprovecha esta ocasión para actuar con más vigor en la vida social. El amor materno, que es por ello encomiado, y recientemente por eso también minusvalorado, como un amor coaccionado y sin elección, referido sin





Primera carta de Sigmund Freud.

reservas a su propio objeto, encuentra precisamente en ambos polos su relación. Por un lado, el amor materno no se deja perturbar por ninguna realidad, como algo predestinado en su ternura sentimental como si la pequeña criatura no fuera realmente sino un soporte de su deseo. Por otro lado, ello se produce porque el amor materno no es en sí más que una forma de la fuerza de la cría, de una continuación de la generación, y no tanto un calor que nace de lo íntimo, un calor que se realiza en sus posibilidades que lo toman como una promesa, una promesa que no siempre se da con él. Por todo ello su idealización queda tan hermanada con lo auténticamente creativo, como de hecho corresponde a su más alta significación. Obra y anhelos se hallan pues presentes incluso en los nombres cariñosos con los que el hijo día a día se va abriendo en la vida.

Por ese motivo ella habla al varón de forma distinta sobre su entusiasmo, como en fuegos artificiales de amor que nacen de un exceso sexual inusado. La forma en que ella festeja a su hijo en sus espontáneos enaltecimientos se traduce en que ella festeja únicamente un hecho, el de su pequeña vida, y se cubre con el fúlgido manto de ilusiones que la aúnan con el hombre amado, y a la par con la humanidad misma que, si bien sin adornos y llena de carencias, desnuda y sola tanto como se quiera, ha nacido ahí en su plena vida. Con todos los sueños e ideales que, con tanta exigencia como humildad a la vez, le otorga, se expresa el enorme calor, que arraigado en la primitiva soledad del individuo va creciendo como si se viera rodeado, incluso antes de su existencia, con toda la maternidad que le circunda.

Ese amor sitúa a cada ser por un tiempo como en el centro del mundo, en una singularidad difícil de equiparar a cualquier otra pues es como algo intocable que pervive en cada criatura como el sentimiento de que bien pudiera ser la única expresión de un amor «con todo el corazón y con todas las fuerzas». Y con ello le otorga ese grado de alta justificación social o de valoración objetiva, nunca menguante como si su lugar fuera un cielo, que no es más que un poco de azul sobre la redondez de la tierra.

Ese afecto no se cierra en nadie sino que se dirige a las personas como tales de forma que de una erótica imagen ilusoria, algo ridícula, sabe sacar una auténtica imagen de hondura humana que es válida para todos hasta el punto de que todas las ilusiones incluidas en su fin último no pueden entenderse sino como pequeños y refulgentes chorros de una corriente grande y clara, de la

que nacen y a la que vuelven, por la que se propaga el amor de mujer, el amor humano, sin reservas ni fronteras. Y así la obstinación en lo único, como cuando en las minúsculas partículas de polvo se encierra el todo que es inalcanzable de otra forma, se reproduce en el sentimiento como una nueva forma de hablar, como el lenguaje que cada ser habla con la voz de su vida, empezando por el ser más cordial hasta la última fiera de los campos.

Esta matización de los afectos se viene cumpliendo espontáneamente en el proceso de la paternidad en la medida en que en ese ser padres se revela constantemente el mismo aspecto trágico según el cual las criaturas, cuanto más diferenciadas tanto más claramente, tan sólo pueden reproducirse en procesos parciales puesto que en el acto de amor corporal tan sólo se logra una unión puntual de dos seres y sólo se transmite al hijo lo que los amantes a su vez recibieron de sus padres.

La herencia más difícil y preciable, la personalmente lograda, queda al margen del proceso y con ello la individualidad en su irrepetible totalidad, lo más vivo de toda vida, es únicamente un eslabón, peor o mejor, de la herencia sexual. Y de nuevo se margina el azaroso excedente personal que no puede ser asumido por ninguna unidad y que únicamente, de una forma tardía e interior, puede integrarse a la entidad deficiente haciéndolo por propia mano o con métodos propios.

La maternidad es un acto permanente en la vida, que no termina con los cuidados a la cría de la hembra, sino en el intento de darle el alma lo mismo que le dio el cuerpo. Y por esa razón evolucionan los instintos animales hacia una ulterior espiritualidad lo mismo que sucede en el amor sexual entre hombre y mujer: no logran embriagarse ni festejarse únicamente con el pretexto del otro —del otro que es a la vez una parte corporal de sí— sino al adentrarse en él, en su propia vida como la del realmente «otro».

La madre no se da en último término para perpetuarse físicamente en la vida de su hijo, ni siquiera para acuñarlo psíquicamente a su propia imagen, sino que la más sutil y definitiva entrega de vida humana le resulta una ganancia que a su vez la enriquece, la hace más grande. Una entrega que por su totalidad, que por su intocable plenitud de por sí, otorga un honor pues en virtud de la consabida dualidad nadie puede otorgárselo a no ser en motivo de una alianza completamente nueva. La coronación de la maternidad se produce realmente en la consciente exposición de lo más propio ante sí, como si fuera en sí algo extraño, en la defini-

tiva predisposición dolorosa de renunciarse a sí misma como el medio para que nazca al mundo un nuevo fruto que se desprende de las ramas y es el otoño.

Unicamente ese otoño es promesa y comienzo de innumerables primaveras para la que entonces se ha convertido plenamente en madre: al perder la vida de alguien, al que quería y al que dio vida, al desprenderse de su corazón en su auténtica plenitud como alguien que es totalmente nuevo y que como mundo sigue viendo por sí mismo. Y entre todas las relaciones humanas la relación de maternidad es la única que permite realizarse plenamente desde la fuente de origen hasta el último punto de culminación, desde la propia carne y sangre hasta un nuevo ser espiritual extraño que de nuevo se instituye en inicio del mundo. Las demás relaciones no pueden alcanzar este punto inicial ni tampoco pueden ultimarlo en ese mismo sentido: si no termina en una muerte temprana, se queda siempre a mitad de camino, sin fin ni meta, sin el componente de la «fidelidad» humana. Al no proceder de una unidad total, tampoco desemboca en una renovada dualidad, en la plenitud del final, de la muerte, que es casi como un nuevo nombre para un nuevo inicio, para una culminación de la vida, para una inmortalidad.

LA MUJER

Lo maternal no es lo único donde se revela el modo como en la fisiología de la mujer se contienen los gérmenes de su desarrollo más allá de lo meramente erótico hacia lo humanamente común. Otro aspecto en el que se muestra como, con un carácter que está evidentemente más allá de lo erótico, se festeja el símbolo del amor ha quedado fijado en la imagen de la Virgen, la «Madonna». Aun cuando la posesión de la Virgen pudiera pertenecer a Dios en los tiempo antiguos, y luego a las maquinaciones de la jerarquía sacerdotal, no hay duda de que ha nacido de la necesidad de situar lo sexual bajo la sanción de lo religioso, incluso cuando los cultos orgiásticos también la incluyen para situar su carácter sagrado por encima de los pruritos del individuo. Con todo, esa primigenia concepción de la Virgen se aproxima en algo a nuestra concepción de la prostituta: la entrega sin elección, incluso sin placer, es decir la entrega a unas motivaciones sexuales externas. Los tipos de prostituta y de «madonna» se conectan algo así como caricatura e imagen original, se tocan en los extremos; lo que las

hace posibles es lo mismo que define y destina a la mujer a ser portadora, a ser hembra madre: su cuerpo como portador del fruto que es el hijo, como templo del dios, como lugar de recreo y local de alquiler para la sexualidad se convierte así en expresión corpórea, en símbolo, de aquella pasividad que tanto sirve para degradar lo sexual como para explicarlo.

Pero así como en la maternidad la clara actuación pasiva de la mujer se convierte en su mejor fuerza creadora, no sin razón se podría ver la posición creadora y activa como en su punto más elevado en el concepto de la Virgen. No significa, pues, una negación, ni siquiera la negación de la mujer al placer, sino la consagración con todas las fuerzas, incluso las extraeróticas, de la finalidad de la concepción. Cuanto más hondo arraiga una mujer en el amor, cuanto más personalmente se ve implicada ahí, con tanta mayor fuerza se transfigura la exclusión del mero objetivo del placer en lo sexual para cambiarse en un hacer, en una vital plenitud y actuación. Sensualidad y pureza, abrirse en flor y santificarse hallan así su síntesis: en esta sublime hora de la mujer el hombre es sólo el carpintero de María junto a un dios. Y se podría afirmar que en la medida en que el amor del varón por su condición propia de su activa parcialidad necesita de su propia aportación, puede sentirse por ello más desvalido que la mujer que, viviendo más plena y pasivamente, siente su impulso en cuerpo y alma hacia el florecimiento, el enardecerse con todo su pleno contenido vital para convertirlo así en un logro. Es característico, por tanto, que en el campo de lo masculino no haya ningún nombre para el concepto de prostituta, para la actuación y perversión sexual puramente pasiva, como tampoco lo hay para el tipo de Virgen, el positivamente consagrado, pues el hombre solamente puede llegar a ser «santo» en el sentido de la negación de la sexualidad, en el sentido de la ascesis.

El mayor poder de concentración en el terreno del amor, la permanente relación plena a lo único, por la que el varón se afana en otros campos, la ofrece la mujer en un punto de supremo valor que la sitúa por encima del varón. Es preciso, no obstante, calificar esa cualidad como un producto natural de su menor diferenciación y así se podría descubrir, por ejemplo, que a menudo se sobreestima la circunstancia de que una mujer muchas veces se ve sumida en la desgracia por haberse dejado arrastrar por un escurridizo y sensual momento de arrebato que le produjo una atadura de tipo espiritual. Pero no debe pasarse por alto la ventaja, que desde

un punto de vista ético la sitúa por encima del varón, siempre presto, por lo que ella, mirando más allá de los daños, y para propio horror, ve su disponibilidad envuelta en todo tipo de afectos profundos. Se podría calificar con simpatía la difícil solubilidad de esa masa de impulsos psico-somáticos, pero se hace una injusticia al culpar al varón tan sólo porque atribuye a una mujer caracteres de seducción que ella nunca habría sospechado.

No puede deducirse como consecuencia el que las mujeres quisieran a cualquier precio, y por todos los medios, diferenciarse aún más y así permanecer como amantes en el non plus ultra, convertirse siempre más en el tipo de lo sublime de la Virgen o de la maternidad. Pero bien podría pensarse que un claro conocimiento de su propio cuerpo podría presentarlas de una forma distinta a antes. Se puede conjeturar una nueva y sutil vergüenza, que no ve la entrega corporal con tanta mojigatería, como la educación tradicional pretendió convertirla en una segunda naturaleza, sino bien al contrario se educara como una autodisciplina en el sentido de que el placer físico debería abrir las puertas a los procesos psíquicos: la puerta hacia el íntimo yo que no quiere perderse, hacia aquellos valiosos dones de persona a persona que una vez otorgados no pueden volver a quitarse porque son uno mismo.

Si muchos aspectos físicos del afecto erótico femenino, aun sin quererlo, se implican en lo psíquico, también ocurre lo contrario en las mismas causas de las enfermedades psíquicas. En su obra titulada «El problema sexual» Forel explica el hecho de que la sexualidad de los varones afecta los centros cerebrales inferiores mientras que en las mujeres se localiza en el cerebro como «centro de las perturbaciones psíquicas». «Cuando uno, incluso en compañía femenina, recorre el pabellón de hombres de un manicomio se queda sorprendido por la simple inadvertencia o indiferencia sexual de casi todos los enfermos mentales que allí residen», afirma; y refiriéndose a las mujeres: «incluso las mujeres más virtuosas o sexualmente frígidas pueden sentir el más salvaje erotismo al enfermar mentalmente, y temporalmente tener hasta un comportamiento de prostituta». Y así la última palabra, incluso la perturbación mental, incluso el aspecto de prostitución reaciamente sentido en la mujer sirven de confirmación para el todo-uno que es el amor de la mujer.

Lo esencialmente definitorio del carácter sexual de la mujer hace que el desarrollo incluso en la más sana evolucione en una línea de zig-zag entre vida sexual y vida individual; bien sea por-

que mujeres y madres sienten como se atrofian sus oportunidades individuales, bien sea porque deben desarrollarlas a costa de la maternidad o de la femineidad. Pese a las muchas recetas que suelen prescribirse en ese punto, como si se tratara de un entorpecimiento evitable, no existe una solución generalmente válida para este conflicto y no puede haberla. Pero en lugar de lamentarse trágicamente de cuanto le ha tocado en suerte a la mujer, sería mejor gozar de lo infinitamente vivificante en que la mujer se siente situada, por lo cual su desarrollo no puede constituirse en línea recta, sino en las paradojas de su situación que únicamente, caso por caso y en una intervención muy personal, se dejan resolver.

Hay algo que incluso en los pormenores del destino de la mujer puede tener un gran significado, algo que cada vez debe ser planteado originariamente desde la propia vida interior y debe superarse por una iniciativa muy personal; que es justamente aquello por lo que el hombre en sus luchas con la existencia en el «exterior» ha ido luchando y se ha visto afectado desde los tiempos de su remoto salvajismo. Y ello consiste en, todavía hoy, juzgar únicamente en relación con sus logros externos, y ahí para la mujer todo queda englobado en uno, en la forma como se plantea ese acertijo de la existencia, y es justamente por esta razón que el encanto, en su más alto sentido, sigue siendo para ella la medida del valor, lo mismo que constituye su valoración corporal y natural. El hecho de que «ético» y «bello» de una forma sutil puedan venir a significar lo mismo, así como «sagrado» y «sexual», viene a constituir por eso mismo el privilegio y la frontera del sexo femenino para siempre.

Debería considerarse como una cierta recompensa por esa momentánea o universal afirmación o exageración sexual, el hecho de que la sexualidad en su sentido fisiológico cesa en su actividad en el hombre antes que en la mujer, cuando al entrar en la vejez propiamente dicha deja de florecer cuanto la vida ha valorado como precioso crecimiento en el amor. Efectivamente, al contrario de cuanto sucede en el hombre, ahí no debe verse únicamente un aspecto negativo, la carencia de nuevas tareas, sino el valor de todo lo recibido que llega ahí a su manifestación y que se muestra entonces con toda su plenitud igual que un acaparamiento de provisiones al comienzo del invierno. Y ahí radica una de las más sutiles obras del amor precisamente en esa pura humanidad, en esa asexualización de la mujer, algo por cuyo medio la existencia

puede colmarse y redondearse en su jubilosa totalidad, pues podría desdibujarse la visión respecto al niño o al viejo si solamente se viera teñida por la inmadurez o la muerte.

Así como solamente en la maternidad puede vivirse una relación humana en su plenitud y precisamente por su carácter de comienzo eternamente nuevo, también cabe decir lo mismo para la mujer en un sentido irrepetible para el varón. Y tanto más le es aplicable en cuanto que una mujer haya sido más grande como mujer, en todas las dimensiones posibles; a mayores posibilidades, a más pujantes fuerzas, cuanto más haya sabido abarcar y organizar su pleno ser, por muy reacias que hayan podido mostrársele en cuanto mujer o por muy remotas que le hayan sido. Jamás lo específicamente «femenino» podrá situarse en las singularidades o en lo unidimensional, y en ello se distingue su contenido del propio ser del varón, exclusivamente en esa interconexión de todo hacia su propio concepto vital.

Y ese es el punto de inútiles y eternas discusiones en las que, con ciertos justificantes, se pretende plasmar en toda su agudeza la oposición al hombre y se pone gran énfasis en la superación de tal diferencia; y ahí se atribuyen o niegan a la mujer todas las cualidades, de forma que casi siempre con la misma ligereza se la presenta como dotada de ligereza y seriedad, locura y sentido común, desasosiego y armonía, humor y seriedad, inteligencia y torpeza, ternura y crueldad, sentido terreno y angelismo. Y de hecho el concepto de mujer engloba, visto en sí mismo, las más diversas cualidades, y la mujer es siempre la paradoja de sí misma en cuanto que por su actividad creativa la vida misma está constantemente actuando en ella.

MASCULINO Y FEMENINO

El sentido del orden, de la habilidad en el varón, se puede sentir a veces indignado por toda la forma de ser femenina, incluso por su estilo de amor, de modo a provocar su confusión, su admiración o hasta su desprecio. Si el acuerdo de ambos en las cosas del amor es siempre un desideratum, bien se puede entender que el varón, henchido por sus propias exigencias de ejecución, pueda acoger con una actitud de impaciencia el retraso en el entusiasmo de la mujer. Ciertamente hubo en todas las épocas, y se dan todavía en la actualidad, frecuentes ejemplos de idolatración a



la mujer, pero sería más soportable que el prototipo de «Käthchen» fuera representativo de la extrema femineidad que el de «Toggenburg» de la virilidad [2].

Sin duda es una exageración representativa de nuestro tiempo el que al investigar el ideal amoroso en su plenitud, que lo atrae todo hacia sí, se vea ese ideal como lo más importante, como la armonización de la humanidad, lo «único que vale la pena». Es una exageración femenina, algo mujeril para el concepto de ideal en el hombre, que olvida cómo nuestras fuerzas logran su desarrollo únicamente por costes recíprocos, o cómo los logros más plenos conllevan la renuncia a toda la posible armonía, psíquica o somática, o cómo el autoencumbramiento pasa por diversas automutilaciones y que son meramente pausas de descanso, momentos de reposo de la más viva movilidad humana en los que festejando o amando se alcanza la belleza.

Y si tales actuaciones son más concordes a la mujer que al hombre, surge entonces la idea de si por ello no será el varón, en cada una de sus ocasiones, el más fuertemente apto para expandir su ser cada vez más lejos en cada una de esas ocasiones, tanto en sus anhelos como en su espíritu. Los afectos eróticos y egoistas del varón se socializan así de forma distinta; el hombre les pone sus límites en todas las fronteras de las actividades humanas comunes; la erupción de lo genérico, de esa secreta y fuerte influencia del plasma germen sobre toda la personalidad, se producirá primeramente en el hombre más importante, hábil o relevante con sus rasgos de una drástica anomalía, como un arrebato que se sube a la cabeza, más que como la norma que en la mujer enseña a combinar cuerpo y alma ajustándolos a los ritmos de la vida total y poniendo así en cuestión su desarrollo individual.

Es por eso que la mujer vive mejor y siente con mayor ímpetu el hecho de que ella se ha convertido para el hombre en la imagen de la que él procede, de la que procederán sus hijos al vivir lo que la mujer recibe como menos marcado, lo que en su cuerpo asumirá con más suavidad, y mantiene joven su voz: la herencia de un ser humano a otro, la humanidad como algo que existe en lo eternamente maternal, en lo eternamente infantil.

La diferencia de sexos se ve en la actualidad como algo tan hondamente fundado, que al no ser superado por ninguna evolu-

[2] El caballero Toggenburg, Balada de Schiller.

ción, parece derivarse de los orígenes. Y precisamente ahí reside su mutua compenetración: cuanto más se profundicen, con mayor fuerza se entrecruzarán sus líneas dentro del perfil de hombre y mujer en algún punto, en que la vida, como una totalidad que perdura, debe proceder de una generación doble, así como cada uno de nosotros procede de padre y de madre. A medida que nos adentramos en los más hondos niveles de nuestro interior, esa reciprocidad generativa se va íntimamente trocando de dualidad en unidad, y de unidad en dualidad; pero principalmente en las actividades de creación mental, como si ellas, en lo remoto de su generación, deban reproducir lo que puede fructificar en tal dualidad para procrear vida propia. Y en coincidencia con ello se suele hacer referencia a los relativamente ambiguos, sexualmente hablando, rasgos de los artistas, sobre todo de los genios: como un estadio de generación que se hubiera hecho estacionario.

Cuando nosotros nos comprometemos en una acción amorosa, es decir, cuando nuestra excitación creadora necesita su mitad complementaria fuera de nosotros, no por ello mengua entonces la oposición de sexos sino que más bien se acentúa en toda su agudeza. Todo cuanto nos sobrecoge con la influencia del afecto amoroso, nos vincula y nos lleva a la unión, parece actuar con una finalidad muy parcial: cada persona parece entonces destacarse formalmente como la portadora de su propio sexo y únicamente en el acoplamiento, en el «otro mundo», se produce y eleva al estado del uno y el todo amante. Y efectivamente, el carácter decisivo de esta situación, de ese proceso, tan sólo puede formularse, definirse, dentro de una cierta exageración en la que todo el concepto de «masculino» y de «femenino» se ve cada vez reducido, vinculado, a ese hombre concreto, a esa mujer concreta.

Y a ese respecto debemos hacer mención de un aspecto del tema que suele dejarse de lado, que lo aleja de la superficialidad en la consideración para situarlo en una más rica y variada perspectiva, y es concretamente la condición de que, incluso en relación a la persona individual, la experiencia del amor puede ejercer una doble influencia.

Si el amor se determina por la capacidad de experimentar dentro de sí lo que es y siente el otro por sus manifestaciones externas, se puede decir que las experiencias de ambos amantes son en consecuencia idénticas, si bien en la vertiente un doble aspecto humano, condicionado, en las imprecisiones corporales de la percepción, por el sexo del otro en las expresiones de sus sentimien-

tos. Y ello les capacita, prescindiendo de la agudeza del carácter sexual, para alcanzar los rasgos en los que simultáneamente se refleja su propia oposición de sexos.

(La amistad entre distintos sexos, cuando se mantiene realmente sin tintes eróticos, posiblemente podría atribuirse a una similar actuación de esos rasgos esenciales que sólo pueden calificarse por ser meramente rudimentos por los que el componente sexual se excluye a sí mismo en la relación. No obstante, si esos rasgos llegan a verse desde dentro como algo anormal, ello suele desembocar en el erotismo, el de la mutua sexualidad. Y dentro de ella se hacen luego posibles todas las fases, desde un hermafroditismo espiritual, hasta los acordes corporales y el comportamiento amoroso propio del sexo.

En tales casos es como si el desdoblamiento que está a la base de todos nuestros seres hubiera perdido en el mundo de la realidad su contenido evidentemente parcial de forma que no puede unificar y a la vez no se halla la palabra mágica para el desencantamiento. Y ahí también tiene su lugar el problema de la dualidad generativa y de las actividades mentalmente creadoras; casi como si se hubiera frustrado la salida hacia lo espiritual, para quedarse encerrada dentro de la corporeidad, y ahí presa, sufre la mutilación en su propia pérdida de sentido físico pretendiendo liberarse en el mundo de lo individual mientras que en vano, (o sea, estérilmente) se agarra al compañero del mismo sexo).

Si el plasma germen es la causa primera de los fenómenos corporales, ese plasma latente en nosotros que todo lo mueve con su influencia, también aquí es el amor espiritualmente concebido lo que brinda la ocasión para liberar en nosotros lo vitalmente activo, lo que no ha sido previsto en nuestro propio desarrollo. El arrebato afectivo, que es el motor del impulso físico, parece así únicamente dirigido a la creación positiva de nuevos entes espirituales. Y en ninguna otra cosa se muestra, ese primigenio creador de ilusiones, como plena vida no se detiene en el estadio en que dos personas se unen, ni en el hijo, sino que se amplía a todas aquellas dualidades impregnadas por el devenir creativo, para así ser su propio crecimiento.

Por primera vez se clarifica aquí esa recíproca actuación y se hace evidente ese «más allá de sí mismo», el hijo. Y además, si los éxtasis físicos de amor, con toda su fuerza unificante, conllevan de por sí una sensación de placer, esa última y singular experiencia amorosa no puede representarse meramente como gozo o plenitud;

hay un instinto certero que nos lleva a sospechar que el amor, en su sentido más puro y también más pleno, tiene a la vez una eficacia creadora de vida y de regocijo; y por ello, ahí donde su destino interior se transforma en penuria y muerte, no es entonces su propia fuerza la que lo propicia sino por el contrario algo imperfecto que se percibe a través del dolor en toda su carencia. Tales amantes, casi desde el principio, llevan ya su propio destino dentro de su íntimo proceso y actuación aunque aparezcan como más firmemente vinculados, en una relación que no se limita ya a la íntima unión de dos mitades, y que mucho menos aún busca debilitar esas oposiciones con la admisión de otras partes externas para la conexión del amor. Pues el amor, en una de las paradojas, que definen la actuación creativa de todas las cosas, reduce a dos personas, hombre y mujer, a una unidad suprapersonal de forma que cada uno de ellos emerge de su profunda independencia, de su eterna individualidad.

VALORES Y FRONTERAS

Como afirmación rotunda sobre este tema puede hacerse la siguiente: que precisamente lo que es más vivo, lo que es el culmen de la vida no permite definirse unívocamente, sino que requiere los apéndices más paradójicos que se van elencando en la discusión plena del asunto. E incluso es posible que las reivindicaciones, valores y limitaciones que en un tiempo u otro se le han atribuido vuelvan a aparecer, vuelvan a surgir en las mentes entretejidas con las discusiones primitivas, que a despecho de no haber sido ni claras ni convincentes no por ello eran ajenas a la realidad. Y es especialmente preciso recordar como en el presente tema se trata, antes que nada, de una indisoluble totalidad de fenómenos cuyo rasgo más particular está vinculado con los demás y los resultados más superiores siempre deben conectarse con los más ínfimos.

Y por tanto, no cabe pretender situarse ante lo definitivo, lo más elevado que se puede imaginar sin otorgarle a la vez un sagrado derecho: humillarse, bajarse hasta retornar de nuevo a lo más primitivo, y con tanta mayor hondura cuanto más alto se subió. Es como si se tratara aquí de la higuera india, del árbol encantado, cuyo tronco va aupando sus ramas a modo de raíces al aire y de este modo en vez de tocar el suelo por medio de ellas, puede engarzar un ramaje con otro como bóvedas de un templo

para que así cada nueva ramificación en el tronco vecino actúe a modo de columna mientras que sobre todo el conjunto campea la corona del tronco madre, del tronco de la única raíz que despunta hacia la luz del sol.

En el mundo animal no percibimos casi nada de las manifestaciones que se nos muestran sólo físicamente ocultándonos su vertiente interior, y no obstante en ese templo de la naturaleza, profundo y apenas iluminado, se alberga una vida que es similar a la nuestra. Y no es casualidad que descubramos ahí erupciones de la vida sexual con unas expresiones estéticamente muy cariñosas al lado de las más brutales, ni tampoco es casual la mutua preocupación del uno por el otro, lo mismo que por la cría. E incluso ahí las especies de los papagayos y de los simios (¡debían de ser por desgracia los más parecidos a los humanos!) se nos sitúan «por encima» gracias a su conducta monogámica, lo mismo que nos dejamos aventajar por las abejas y las hormigas, como contrariados y avergonzados, en su ejemplar prototipo de instinto social del que todavía nos vemos muy alejados.

Lo mismo ocurre con las razas más retrasadas, que a veces son considerados como hombres del paraíso o por el contrario despreciados por su retraso de cultura antigua, los cuales pese a su brutalidad o crueldad a menudo determinada por sus costumbres rituales, nos pueden aventajar por su natural pureza, su bondad o fidelidad. Y es precisamente la experiencia sexual lo que iguala a la criatura primitiva a nosotros; es cuanto puede ser amado en el ser humano, el material animal bajo la influencia del intelecto en crecimiento, y lo expresa ante todo en dos muy diversas direcciones: sublimando o arruinando los impulsos existentes vitales.

Arruinarlos, significaría en este caso, no vivir lo sexual de una forma adecuada al cerebro en los seres dotados de él, y no sólo porque el cerebro es el definitivo receptor espontáneo de una excitación global, sino porque también él derrocha artísticamente e incita los placeres parciales en los miembros del cuerpo. La siempre libre movilidad de la vida instintiva, en definitiva la aparición de las épocas de celo bestialmente determinadas, es aprovechada por él para desmenuzarla, dividirla, para asimilarla a lo menos animado, o a lo inanimado, para así convertirla en una plaza aislada, en vez de animarla y reforzarla mediante una unidad vital siempre sentida plenamente, con una armonía de sentimientos unificantes, con un auge de la participación total. Ese refinamiento de la com-

prensión, que manipula la vida de la vida como el material muerto que está bajo su poder, ilustra la ruina del anhelo y el pecado del sexo.

Lo contrario ocurre cuando el intelecto sublima lo sexual: entonces exagera la elevación de lo vivido por sí mismo pues ahí expresa sus propios valores y medidas mentales, que en modo alguno se le ajustan, y se desvían así hacia lo ilusorio. Para la actuación práctica surge entonces una ligereza considerable pues en la realidad los impulsos sexuales están sometidos a las mismas leyes de la concupiscencia y de la saciedad, al declive de la medida del encanto en la repetición y del consecutivo deseo de cambio de ahí derivante, como sucede en todo el ámbito de lo animal. No se puede objetar ahí que la individualización y el refinamiento del anhelo modifica lo dicho, pues únicamente se refina e individualiza el término.

Si antiguamente sucedía que un señor casado en los viajes encontraba sin muchos apuros una mujer de recambio para la suya estableciendo comparaciones dentro del mismo género de morenas o rubias, gordas o flacas, nosotros hoy en día distinguimos hasta lo más sutil en el aspecto externo, pero con ello nos mantenemos siempre fieles a algo de nosotros que en «esos viajes» sentimos que nos falta, que se queda solo y anhela. Y precisamente la actual diferenciación aumenta la pretensión de algo diferente en las diversas personas y épocas y permite que el afán de variedad se vea por ello incrementado. ¡Se debe pues otorgar al erotismo lo que le brinda su belleza y colorido! Su vida de deseo, tan pronto colmada como anhelante no se ve determinada por la necesidad natural simplemente, pues el intelecto y el alma la han convertido, con tanta riqueza, fuerza y finura, en una fiesta de toda la persona, pero sí que se ve determinada por la necesidad natural cada vez que no se produce un despertar de esa fiesta. Y en eso consiste únicamente lo que eleva su frivolidad, lo que puede otorgarle su grandeza.

Ciertas circunstancias por estar muy por encima de la media se escapan de la conciencia del tiempo, de la idea de una posible repetición en virtud de toda la enorme y unitaria concentración de fuerza; y son justamente tales circunstancias que al consumirse en su vehemencia, y hacerse por eso pasajeras, quedan así como impregnadas de eternidad que por esa fueza mística que las matiza más que todo lo demás cobran así su fuerte acento de felicidad o su trágico destino de dolor. Dos personas que con toda seriedad se

ponen ese aspecto transitorio-eterno como medida de su obra no pretenden otra fidelidad que la de ser felices juntos, viven una locura digna de adoración que muchas veces se ve como algo más hermoso de cuanto pudiera aparecer una larga fidelidad que tal vez inconscientemente no será más que un miedo a perderse, o un miedo a la vida, que deriva de una codicia o de una debilidad.

Y esa relación se adorna con las galas de unos vivos colores pero constituyendo solamente un mero bosquejo de amor que, con todo, puede encerrar dentro de sí más fuerza y plenitud que muchas obras de amor que se pretenden como cuadros acabados. En tales casos es como si en torno a la auténtica ligereza amorosa, y como atraído por su audaz fe, se atrayera todo lo grande, toda la convicción de ternura y de sinceridad que sólo se espanta ante una sola cosa: herir su propia ética más auténtica pues todo lo que queda fuera de ella queda a la vez bajo ella.

El aspecto trágico, sin embargo, de que el afecto erótico se sitúa bajo grandes leyes que ilusoriamente persisten no se expresa únicamente en su carácter pasajero sino también, por decirlo de algún modo, en su terca imagen de pretender ser eterno. Cuando su carácter de afecto e ilusión no caduca, o mejor aún, cuando ello se produce demasiado tarde, se encamina entonces a una debilitación de la exageración de aquello a lo cual el ser temporal está destinado por esencia. Se condensa en una especie de emponzoñamiento que aisla las fuerzas e impulsos del organismo con unos excitantes que son puramente mecánicos, que no elevan ya la vida, hasta convertirse en un corsé, en una materia extraña que procura desviar al componente sano aunque sea en la permanente fiebre de la lucha.

Tampoco coincide lo afectivo de lo erótico en su natural desarrollo en el mantenerse y salvarse *quand même* (pese a todo), sino en el desvanecerse, reproducirse en el círculo y en el cambio de la vida que transcurre pues precisamente deriva y finaliza en el perderse hasta las últimas trazas, con sus componentes anónimos en pro de fines soberanos.

La mutua necesidad erótica se ha visto sublimada en lo espiritualmente estéril continuando su proceso en una recíproca divinización, mientras que únicamente por medio del hijo, al servicio de lo genuinamente primitivo, se logra la real entrada hacia el «otro», y por ello en la vida; y así es como se mantiene realmente el todo. Partiendo de lo alto de los afectos, el impulso debe dirigirse cons-

tantemente hacia abajo para poder continuarse, hacia lo aparentemente más opuesto, hacia lo que les es más remoto, hacia el común día de trabajo de la vida cotidiana.

PACTO DE VIDA

Si nuestros sueños de amor nos elevan muy alto, son no obstante como el chorro de un surtidor que luego debe caer desde el cielo otra vez sobre la tierra, y con tanta mayor fuerza como mejores fueron los sueños. Y tales sueños, que originariamente son puras fantasías, desbordamientos determinados por los procesos somáticos que nos hacen huir hacia lo ilusorio, son a la par premoniciones de la realidad, ampliaciones de la vida, signos del futuro, promesas; pero su instinto vital debe arraigar en todo el ámbito de lo real, de lo simple, de lo rudamente presente lo mismo que un fantasma de hechizado se agarra de nuevo a su propio cuerpo, aunque fuera una realidad inoparente, para volver de nuevo a sí.

No es pues difícil de comprender por qué la gente en su arrebato amoroso, y con sus sensaciones de cualquier índole, puedan sentir el contacto con la realidad como una decepción; y no sólo en los casos de frustrada realización de sus sueños sino también cuando no hubo engaño, por dejarse arrastrar por lo rudamente material. Y por lo que hace a la vida se parece así al acto de morir, por cuanto la muerte se siente mucho más en la medida en que se ha sido una unidad más compacta, cuando lo que fue se manifiesta al descomponerse en partes, en la desmembración, al desintegrarse la figura primitiva como el germen en el amor materno en el momento de fundirse en una vida, en el choque que aterra y une.

Puede por eso admitirse que el arrebato amoroso y el matrimonio no sean algo parecido, que no sea del todo falsa la burla que afirma que uno comienza cuando el otro acaba; y más aún, que esa disociación no se deba meramente a una deficiencia sino que derive de dos métodos profundamente distintos de vivir el amor.

El afecto erótico se culmina en la acción, pero sólo en el sentido de que, como el río en el mar, toma su especial aspecto de ética del sentimiento —por la que ennoblece o elimina una comunidad— al aniquilarse, al ser absorbido por un más amplio conjunto erótico externo. Un pacto de vida en común se establece



cuando se tiene la voluntad de que la desaparición de un afecto se integre en la aparición de otro sucesivo, al que se da el valor necesario para resignarse a esa renuncia. Para que ahí se produzca una vida, se requiere la misma seguridad y asentimiento, la misma capacidad de entrega que para que un fruto nazca del cuerpo. En el fondo no es otra cosa, ni tampoco es más, de cuanto se espera de quien por su servicio a una causa se sabe obligado a cualquier peligro y sentiría luego la mayor vergüenza de ser un desertor cuando él se había expuesto a ese mismo peligro.

Ese concepto de fidelidad humana debe atribuirse al ser más apto para el sentimiento, o sea al complejo de los instintivos impulsos femeninos; y así se debe superar el concepto de que se trata ahí de un deseo puramente personal, o que en definitiva depende de un asunto de temperamento. Unicamente el situarse por encima de lo subjetivo («como algo moralmente sentido» en su actitud), o si se quiere expresar así, sólo la asunción de un momento ascético distingue el arrebato amoroso del pacto de vida, y lo distingue en calidad de principio. Así como era una usanza de los abuelos al orientarse según lo sancionado por la iglesia o por la burguesía, es una debilidad moderna dejar sin dilucidar en lo posible la sanción interna a esa unión y dejarse crucificar por la palabra «ascesis», o por cualquier finalidad suprasubjetiva que se pueda lograr, sin percatarse de que se trata únicamente de un medio.

Incluso en los casos en que lo más decisivo para fundar un matrimonio fue el amor erótico, su actuación y manifestaciones se aprecian como si su carácter de intermitencia respondiera ahí a su más alto sentido, el de ser ocasión. El espíritu, que por sí se había encumbrado desde un mero impulso sexual hasta una fiesta y un esplendor del alma, sigue permaneciendo vinculado a su labor cotidiana, a su pluriforme hacer, pero como el único que puede dar plenitud. Y como su protector también, en cuanto que la fidelidad, ahora que el individuo ha dejado ya de verse supervalorado, parece así vinculada a todas las fidelidades de la vida cuya ruptura se convierte en una simple enfermedad del amor para ofender al amante, a la mutua creación, en una especie de delito contra la vida común.

Si el arrebato amoroso antes de iniciar el pacto había sido un árbol fecundo, que florece antes de marchitarse, habría vuelto a arraigar en ese suelo con un nuevo crecimiento. Los factores del crecimiento, la sensación de haber sido arrancado para abortar su



crecimiento, de haber sido plantado en la *costumbre* para la vida del conjunto, en su cabal totalidad, el arraigo o el desarraigo no se deben ya a la presencia o ausencia de sensaciones. Si en este vaivén de las sensaciones psicológicas, y de los afectos por ellas concidionados, se expresa directamente una valoración de la vida, parece como si la existencia nos gritara entonces: «¡No te comportes como si fuera un objetivo final. Tú debes ir más allá!». El espíritu, al ser de por sí un objetivo, exige un servicio a lo transitorio, al objeto, en el que luego lo erótico se muestra tan concentrado como si precisamente se salvara en la eternidad de ese momento saltando así la transitoriedad a la que se encuentra atado; y entonces el espíritu se ensancha sobre lo temporal, la contigüidad de las cosas, en su secuencia en las que se manifiesta.

La urgente y conjunta compleción de lo afectivo, incluso cuando se tiñe con modales espirituales, sigue imitando a lo físico cuyos componentes se nos muestran de una vez por todas en su tosca realidad en contraposición a los procesos espirituales, en un continuo renovarse de sí mismo en la acción que se ve impelida por un tiempo infinito y por un material inagotable. Lo espiritual, como el más vivo encumbramiento, no puede con todo expresar su totalidad más que de forma indirecta, sensiblemente, como iniciativa, como un fructífero inmiscuirse y compaginarse en las individualidades.

Por este motivo siempre hay un mismo fenómeno que es propio para todos los comportamientos espirituales en su adentramiento en lo que todavía debe completarse y es justamente el de ver como inacabado cuanto ha sido tocado por el espíritu, prescindiendo del grado de su encumbramiento. E incluso para el pacto de vida entre los sexos será un rasgo significativo, incluso en los casos más ideales, el que lo más sublime debe a la par ir mezclado con lo más trivial de forma que ya no pueda desligarse, renovándose así hasta que se haga irreconocible su anterior y autosuficiente culminación. Ese carácter de mescolanza, que con gran injusticia se reprocha a todo matrimonio, no viene únicamente condicionado por las circunstancias externas, sino desde la perspectiva interior de cuanto se aglutina y se organiza en torno al punto desde donde relativamente se valora tanto del material más simple como del más esquivo.

Cuando cualquier fórmula de matrimonio viene a reducirse en la expresión de «para lo mejor y para lo peor», no por ello se quiere significar que únicamente el amor se demuestra o debiera

demostrarse en el soportar lo menos agradable; sino más bien vendría a significar que, al contrario del arrebato amoroso, ahí lo bueno y lo malo cobra su valor, es utilizable para la finalidad de la completa comunidad de vida. Y lo mismo vale decir para la relación de dos personas que en cierta forma viene a englobarlo todo. Casi podría venir a decir que, de nuevo, al igual que en el arrobamiento erótico, ambos se hallaban en aquella situación, dentro de aquella eficacia, que accedía al deseo de una forma fantástica. Pero el sentido no es ya plenamente el mismo pues esta vez procede de la honda penetración en la inexorabilidad de lo real; ya no deriva del hermoso coloramiento del otro, sino de un trabajo personal que se otorga con insospechadas fuerzas y se mueve a conservar lo que es necesario y cada uno, en la medida del propio amor, no establece ninguna frontera a este afán.

Ser esposos puede venir a significar igualmente: ser amantes, hermanos, asilo, meta, cómplices, jueces, ángeles, amigos, hijos, y más aún, poder estar uno frente al otro en toda la desnudez e indigencia de la criatura.

CONCLUSION

Dentro de los pactos de vida parecen encerrarse, como en una recapitulación, tantas cosas inapreciables, insertas en una completa mescolanza, como es una característica de todo el problema del amor. Y así como se podría tomar en cierta forma el más primitivo proceso sexual, la total unión de dos células, como imagen del más enardecido sueño de amor, también aquí parece haber una nueva imagen, una descripción de la comunidad de vida, pero como puro símbolo solamente, y por tanto sin contenido, en la forma extrema de su sanción como matrimonio. Y si aquel acontecimiento sexual más simple se va desarrollando hacia complejos cada vez más complicados, cuya interna valoración siempre se nos escapa, tampoco aquí se pude en modo alguno medir los valores entre la forma vacía y el contenido de vida interior y meramente se pueden adivinar gracias a las expresiones y signos externos.

Dado que, empero, la vida sexual no se hace aparente únicamente en sus más altas manifestaciones y siempre conserva en sí su suelo básico, también la comunidad socialmente reconocida de la pareja y sus hijos tampoco nos revela en su profundidad, para el exterior, lo interno de sus relaciones. En todos los terrenos, tanto el somático como el espiritual, el afectivo como el social, la incon-

mensurable riqueza de las cosas tan sólo puede captarse plenamente por algunos, y en el amor, como en todo, lo sublime sigue siendo la obra singular de algunos hombres excepcionales. Cuanto se personifica en su genialidad constituye siempre lo que indica el sendero, el estímulo y la esperanza para todos, para todos cuantos por distintos caminos suben o van entrando en el reino de las alianzas sexuales. Y por ello no sólo anuncian lo más sublime y excepcional, ni pretenden encontrar lo que no existe, ni proclamar lo nunca oído, sino que proclaman lo que se ha vuelto cotidiano, lo ofrecido a todos, lo que puede vivirse en la plenitud de sus posibilidades del espíritu humano.

Así como al vernos rodeados de la niebla matutina siempre creemos que andamos en una llanura hasta que el sol aparece y clarea las cimas de los montes con su luz, a menudo andamos sobre la niebla de nuestro suelo y se nos forman las mismas fantasmagorías, siempre más sublimes y siempre más lejanas, y no obstante lo más inalcanzable siempre sigue siendo nuestro, sigue siendo nuestra tierra.

Aquel coraje y ánimo de amor y vida que suscita sueños en nosotros al mirar a las cumbres y así da alas a nuestros pies, no se puede perseguir en lo concreto, ni en la palabra; fuera de una grosera, cotidiana, y también banal, iluminación de las cosas, éstas nos serán visibles con unos esquemáticos rasgos comunes, parecerán ordenarse y destacarse para nosotros, de una forma igual como ante un ejército de ángeles se verían fúlgidos aleteos y se percibirían caras, pero sin saber descifrar nombres. Si esa callada y ardua tarea llega a convertirse en una tarea de dos, se vuelve entonces como una religión entre dos: el intento de entrar personal y mutuamente en relación con lo sublime, con lo que uno puede alcanzar con la mirada para seguir viviendo la experiencia de cada día. Y con ello se ha convertido a la par en una tarea de creación, y únicamente como tal se muestra realizable, pues situándose así en una intimidad más profunda, con unos ojos, alejados de los ojos de los no iniciados, como lo están los más íntimos secretos del amor. Y así mientras que el amor puede esconderse, o sea resguardarse espontáneamente de lo hostil, o proclamarse a voces, patéticamente, expresando y exteriorizando así sus sentimientos de plenitud, aquí los sentimientos ya no andan solos, sino que están encarnados en las propias acciones y pensamientos, ya no como un sentimiento fugaz sino como algo que cobija todo, que está presente



incluso en lo más pequeño, como Dios en su plenitud que habla en la zarza ardiente [3].

Si bien es cierto que las formas vacías, las cáscaras y las sanciones de la vida común pueden pavonearse vanamente de un contenido, que en modo alguno les cuadra, este contenido también se puede mostrar sensiblemente en las muestras de vida que no podemos pasar por alto a causa de su carácter de cotidianeidad. Y miles de veces nos sucede eso ante lo más realmente visible, ante lo más banalmente «real», como ante los símbolos externos de los sueños que ahí anidan, de las fascinantes interioridades, sin sospechar que estamos en la sociedad de los ilustres y en la inmediata vecindad de los que rebosan de vida. Pues toda vida lo es sólo como el prodigio que una y otra vez va transmitiendo su prodigio.

Esas mismas palabras, pese a su forzada superficialidad, ojalá que sean el estímulo para un proceso interior por su mera expresión externa, con la esperanza de que, simbólicamente, despierten siempre una interna resonancia.

---

[3] Exodo 3, 2.



PSICOSEXUALIDAD [1]

Con la palabra «sexualidad» se tiene en las manos el trapo rojo contra el que, desde los comienzos hasta ahora, arremeten fogosamente los ataques al psico-análisis de Freud de forma que por el miedo a que los cuernos cojan al hombre nunca se ha revelado por completo su intención propia camuflada por el trapo. Si se piensa en términos de «psicosexualidad» tal como inicialmente la utilizara Freud no acierta uno a comprender el porqué de esas hostiles animosidades; pero de hecho también dentro del campo de los prosélitos únicamente se ha leído la mitad de la palabra, y ello ha ocasionado el que tan sólo ese último componente fuera el blanco de la lucha, mientras que las primeras sílabas no han recibido las cornadas de los prejuicios. De todas formas, si hay malentendidos, estos no sólo afloran entre el público sino incluso en el ámbito de los colegas hasta el punto de que llegan a formularse en la irónica observación que pudo ser expresada en Londres en el congreso de neurólogos del año 1913 en labios de Pierre Janet: «todas las palabras empleadas por el psico-análisis, tales como instintos sexuales, sensaciones genitales, impulso hacia el coito, libido, etc., determinaban simplemente el *élan vital* [2] de los metafísicos» [3].

Por tales razones algunos de los que han intentado entender a Freud se han preguntado por qué se aferró a un término que suscitó tanta oposición. Es algo que naturalmente forma parte en muchos otros de la fama en las acuñaciones de salón o de padrinazgo

---

[1] Zeitschrift f. Sexualwissenchaft, 4. Bd., 1917, ed. por Iwan Bloch.

[2] Elan vital: impulso vital; v. Henri Bergson, 1859-1941, filósofo francés («La evolución creadora», 1907).

[3] Pierre Janet, 1859-1947, profesor de Psicología en París.

en el filosofar, pero ciertamente sería Freud el último en preocuparse de palabras o de apadrinar acuñaciones. Y con eso el título dado a la cosa tiene en ese caso mucho más que cumplir fuera de la simple finalidad formal, tiene un fin práctico, y por ende, una tarea: y es importante ya que en la palabra misma ello se exprese, puesto que en todos los estudios de los fenómenos de la sexualidad hasta el presente o bien se toma excesivamente en consideración todo su conjunto o bien se adolece de parcialidad. Si se escogía una referencia a la esfera del amor, algo así como el «placer corporal», esa connotación demasiado neutral se podría poner con excesiva facilidad en relación con los procesos vitales, servir al mantenimiento del yo, y con ello producir un falso tono. E incluso debe admitirse que el sentido justo del concepto de «sexualidad» se ha convertido en algo definido que podría en consecuencia suscitar fácilmente los inútiles malentendidos. Y así el fantasma del prejuicio y del malententido, que sin embargo muchas veces permite una profundización en los asuntos de la sexualidad, debe verse obstaculizado en su ponzoñosa actuación y en su reacia difuminación en el resumen. Una vez que ese peligro ha sido desterrado, se puede dar el nombre que se quiere a la sexualidad en cuestión pues entonces habrá llegado el momento de las auténticas disputas terminológicas en las que hasta entonces, voluntaria o inconscientemente, se tenía meramente un pretexto, una protección ante el aguijón de la avispa.

Y en eso se especifica el término de sexualidad —que como muchas cosas de Freud lleva sobre su frente el inequívoco sello de su origen en la lucha— que al exagerarse suscita la réplica y el encono en la lucha: algo que salta a los ojos con su llamativo color rojo sangre, que recuerda siempre el colorido de los antiguos cuadros. Y por ello, y debido al éxito de los resultados de las investigaciones de Freud, debe mantenerse ese nombre, reservándole el honor debido y también su autenticidad histórica.

Como se sabe fueron las secuelas empíricas en los casos de pacientes de histeria tratados en equipo por Jos. Breuer [4] y Sigm. Freud, lo que llevó a Freud a considerar la sexualidad como el rasgo menos considerado en el trasfondo del cuadro clínico de esta dolencia; los sucesivos casos posteriores, tratados personalmente

[4] Josef Breuer, 1842-1925, fisiólogo; en colaboración con Sigmund Freud, «Estudios sobre la Histeria», 1895.

por él, le revelaron sin duda alguna la interconexión vigente entre la histeria y las perturbaciones sexuales mientras que en el trato de la neurosis obsesiva se manifiesta otro factor —perturbación en el ámbito de las tendencias del yo— como algo decisivo en la dirección de las neorosis hacia las psicosis; y finalmente la actual fórmula de Freud captó la reciprocidad de la perturbación en ambos casos al manifestar que «las neurosis se originan en el conflicto entre el yo y la libido» (ya en 1912, Zentralbl. f. Psyc. An. u. Ps. Th II 6, p. 301).

Quien considere desde esta perspectiva el trabajo de Freud cuando examina la reciprocidad de ambos, siempre en una inducción de material empírico, e intente investigarlo, descubrirá claramente que aquí no se trata simplemente de poner al descubierto unos «complejos» (Jung [5]) como algo «sexual» sino que es algo más profundo como lo último que es psíquicamente experimentable y abarcable.

Dado que lo sexual estaba todavía bastante más oculto de cuanto revelaron los casos de histeria estudiados por Breuer-Freud, e incluso de sus aplicaciones terapéuticas, se quedó entonces como algo desapercibido, y lo sigue estando todavía para aquellos que se muestran reacios o en los enfermos que se entercan en admitir la curación de los conjuntos de síntomas superficiales gracias a la profunda actuación del psicoanálisis. Y por eso Freud sigue con la empecinada fama de «hurgar siempre en lo sexual» y así dejar a los hombres, que acuden a él por la frontera del psicoanálisis, tan desnudos como el oficial de aduanas a los sospechosos contrabandistas que lo niegan todo.

Y se tiene, sin embargo, al alcance de la mano la importancia que el psico-análisis puede dar a esa mercancía de contrabando, pues hablamos de las manifestaciones «espirituales» como las que van más allá de cuanto nos es psicológicamente interpelable y lo sexual es algo a lo que pueden servir ambos modos de interpretación, que tanto se puede alcanzar por su contendo somático como por los caminos espirituales. Y si nuestros estados y situaciones corporales pueden degradar o ennoblecer lo psíquico, con todo se da ahí una constante unidad en la que, para nuestra experiencia, vibra nuestra experiencia psíquica en el impulso somático; y sólo ahí puede verse esa unidad desde dos perspectivas, que cierta-

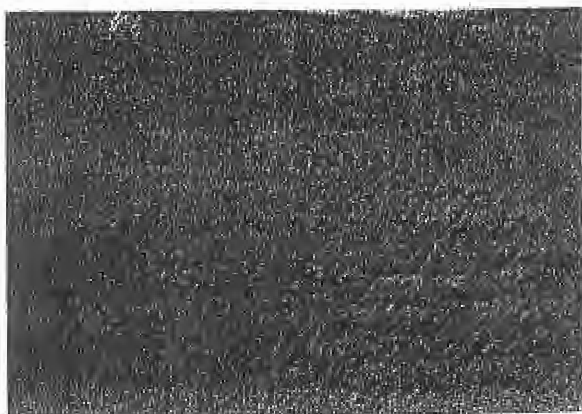
[5] Carl Gustav Jung, 1875-1961. Psicólogo y Psiquiatra.

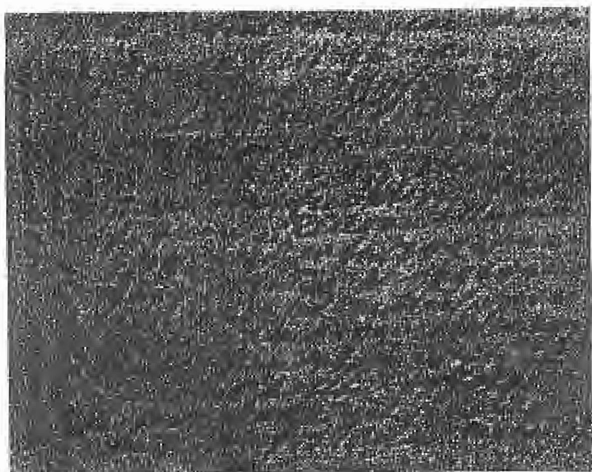
mente se entrecruzan (como si nosotros al mirarlo soslayáramos la vista), al igual que nuestro entendimiento mantiene la unión de la dualidad.

Es por eso que nunca llegamos a ver más hondo en la base de lo denominado espiritual como no sea la percepción de esta doble excitación, que con todo se manifiesta como una desconjuntada totalidad, lo mismo que en el aspecto somático del proceso sexual aflora igualmente la totalidad de sus componentes vitales en toda su primitiva y omnicomprensiva expresión. Y por lo demás, fuera de ese único punto de cruce tan sólo percibimos las descoyuntadas direcciones que hay en nosotros: como mundo corporal, como la tendencia hacia el exterior del propio cuerpo, o como propio mundo interior, cuya comprensión se revela desde el propio interior.

Cuando Freud penetró hasta este punto de cruce sexual, tuvo que hacerlo primeramente como médico pues las dolencias se evidenciaban como complejos/obstrucciones dentro de esa situación de interpelación, precisamente como nudos, desviaciones en el desarrollo del curso de la sexualidad. Su exploración alcanzó las primeras fases de los fenómenos sexuales, como las condiciones que les hacen devenir como tales, que les inscriben dentro de lo que el lenguaje ordinario define con los nombres del ámbito de la sexualidad; se adentró pues en los casos de perturbaciones patológicas y en la sexualidad infantil.

Con el término de «sexual-infantil» se produce la más viva alarma de sus adversarios y todo se moviliza como en una campaña en pro del buen nombre del niño y todavía hoy siguen tales escaramuzas en todos los frentes. Y sin embargo, es un hecho que el niño, ese pobre, pequeño y difamado gusano de inocencia, nos imparte los primeros conocimientos de psicología/profunda sobre la sexualidad solapada, y por ello enfermizamente reprimida y que aflora en sus manifestaciones asociales. A través de ella se evidencian los complejos por los que las frases primerizas se vinculan con las morbosas, se coge in fraganti, por así decirlo, a la sexualidad infantil junto con la de los locos, los enfermos y los transgresores. Y en lugar de santiguarse ante este hecho como si se tratara de una broma satánica, sería mejor que se quedara uno con el logro de haber conquistado un palmo de terreno, al menos, para las personas más desdichadas en esta nuestra vieja tierra de la infancia. En lugar de considerar al niño denigrado por eso, se debería





Ultima carta (tarjeta) de Sigmund Freud.

sentir aquí algo de aquella fuerza salvadora que en el último momento abrió la puerta del paraíso al buen ladrón.

Sin duda alguna, sigue siendo uno de los más admirables logros del psico-análisis el dejar sospechar en qué profundidades nunca antes exploradas se une y separa lo que según nuestro criterio humano constituía lo «más sublime» o lo «más ínfimo», lo más fértil o lo más perturbador de nuestras descargas de fuerza; pero tampoco se puede, desde este punto, y pasarse al polo opuesto para minimizar lo oscuro de las descargas psíquicas mediante su contejo con lo infantil, al darles así un valor inofensivo como si fueran un juguete de la estancia de juegos, que sólo es pura apariencia, tal y como hoy día se pretende presentar a la sexualidad infantil como un mero juego somático. Freud no presenta al niño còmo el reducto de la inocencia cercado por un muro infranqueable, ni tampoco lo derriba buscando el aire libre de las sosegantes abstracciones simbólicas y precisamente el hecho de haber tenido el valor, el gran coraje de seguir explorando en ese punto tan sensible, en seguir confiando como psicólogo su negro y oscuro tunel hasta el fin, fue lo que le permitió descubrir las conexiones subterráneas cuyas fronteras y divisiones de superficie, incluso las más eminentes, se demostraron como casuales.

En consecuencia, debe tomarse en toda la realidad con que se pronunció la conexión de la sexualidad con la existencia, incluso en sus más tiernos días, o en palabras de Freud: «En nuestro origen únicamente hemos conocido objetos sexuales» (Jahrbuch, IV, pág. 443 - diario); y pese a todo debe entenderse en una significación que, al eludir la burla de Janet, se nos presenta en toda su verdad desnuda. Y en realidad, es la expresión del entretejimiento de la criatura como individuo, de nuestra unidad, con el ser fuera de nosotros, que constituye aquí el tema del filósofo más que del psico-analista, y que se da como una experiencia cimeramente inmediata en la primitiva integración somática que luego ya no nos es asequible; únicamente al recién nacido se le abre el mundo exterior como algo que le amplía el mundo interior cuando ahora el organismo materno se le revela desde fuera y no ya desde dentro.

Y si ahí cabe bien poco hablar de «sentimientos», no se debe meramente a que las capacidades adormecidas únicamente den lugar a un par de sensaciones corporales, sino más bien a que dentro de tal proceso de unidad les faltaría a los «sentimientos» la menor

distancia sobre los que pudieran tender sus puentes de comunicación. Las primeras manifestaciones del niño responden a una situación corporal en la que se verifica al estar implicado en todo: él vive a su madre, antes de que realmente ame a su madre; y por ello en sus primeros descubrimientos de objetos, que luego seguirán, se parecerá más a la experiencia de un «encontrar de nuevo» (Freud), de un volver a ver, antes que a la de una plena primera vez. Y dentro de esta primigenia implicación con el objeto surgen los primeros sentimientos de placer ante el mundo tomado como realiad en la forma de asentimiento a los propios caracteres somáticos; el placer, estrechamente vinculado aún al instinto de autoconservación, de la toma de alimento, del instinto de excreción; placer en chupar, en palpar los miembros propios; placer creado separadamente por cada zona de su cuerpo, casi igual que si en sus distintas partets se ofreciera una parcial muestra de su pequeño cuerpo, que en su plenitud de mundo objetivo todavía rehuye la libido del niño.

Ese período de autoerotismo, durante el cual todo el cuerpo del niño viene a constituir como un único órgano sexual, ha sido claramente distinguido por Freud de la siguiente fase de existencia más consciente que le capacita para aglutinar los placeres diversos en un objeto central que es seleccionado por la propia persona. Este autoerotismo ha sido una fase de la sexualidad evidenciada por otros autores (y concretamente se habrán enterado los lectores de la revista de Ivan Bloch), no obstante, el gran alcance de esta fase se debe a una singular aportación de Freud. La palabra «narcisismo» (que tomó de Näcke y Ellis, que la usan tautológicamente por autoerotismo) significa para Freud la marcada culminación de la elección sexual en el yo, o viceversa, la sexualización de las tendencias del ego. («Finalmente seguimos la distinción de las energías psíquicas en cuanto que se juntan en el estadio del narcisismo y se vuelven indistinguibles para nuestro análisis superficial puesto que únicamente es posible mediante una división de objetos distinguir una energía sexual, la libido, de una energía de los impulsos del ego». (En la Introducción al Narcisismo). Se podría decir que el narcisismo, como fenómeno psíquico presenta una analogía con lo que se produce en el entretejimiento somático, en el acoplamiento del recién nacido a la madre.

Se podría producir ahí el malentendido de que a este concepto de Freud no se sigue ninguna fase sexual posterior, y que se trata justamente de un retorno a la primigenia etapa de lo autoeró-

tico (lo que ha motivado la tradicional pregunta de W. Stekel[6] sobre como imagina Freud la multiplicación de los salvajes si según él debieron de quedarse en la fase narcisista. La obvia paradoja, según la cual el principio narcisista debe someterse simplemente a lo autoerótico como una mera secuela de éste, se resuelve afirmando que no se trata de una mera fase de tránsito de nuestro desarrollo sexual del propio ego, sino que más bien constituye un constante componente de todas las fases: como medida de nuestro siempre vivo amor propio. O dicho en palabras de Freud: «presentamos así la imagen de una atávica posesión del ego por parte de la líbido, que luego se proyecta a los objetos pero que no obstante sigue en sus rasgos fundamentales y en la posesión de los objetos que comporta como los cuerpos de un microbio protoplasma con respecto a los tentáculos que proyecta».

Y Freud sigue refiriéndose al narcisismo, desde un punto de vista terapéutico, como aquel punto a donde el psico-análisis práctico debería intentar llegar, más allá del cual no se dejan acompañar los procesos de regresión y desde donde arrancan todos los procesos de regeneración con toda su fuerza posible. Y el precedente ejemplo sacado de la biología se podría completar con otro tomado del mismo terreno: no tan sólo el desmembramiento del protoplasma de las moneras va formando nuevos miembros sucesivos, sino que también cada célula de nuestro organismo devora el resto de su protoplasma, como una reserva constante por encima de todas las diferencias.

El narcisismo que sigue permaneciendo en nosotros más allá de la fase de su absoluto predominio nunca llega a disolverse plenamente como aquel fondo de protoplasma, tan sólo que no debe pretenderse que se exprese en formas fijas de conciencia, sino a manera de pseudopodos antes que como auténticos brazos o piernas, cuando se manifiesta el recio componente de algo común que se evidencia en su unitaria base tanto en las primeras singularizaciones del autoerotismo como en las más tardías de la posesión de objetos.

Y eso desvirtúa aquel extraño reproche, tanto más extraño cuando que fue formulado por C. G. Jung, quien debió de saberlo mejor, denunciando que la psicología de Freud «pese a toda su singular concepción psicodinámica» volvía a basarse en las viejas

[6] Wilh. Stekel, 1868-1940; separación de Freud en 1912.

cualidades escolásticas del alma cuando atribuía la capacidad de unificación del «manojo de impulsos sexuales parciales» únicamente a los órganos genitales. En contraposición, siguen siendo válidas las palabras de Freud: «El Psico-análisis se precisa y matiza al atribuir los impulsos sexuales parciales a las zonas erógenas y a la ampliación de ese modo ofrecida del concepto de "función sexual" en oposición a una estricta función genital». (Intern. Zaitschr. III, p. 530).

De las primitivas formas de expresión de la libido —ese placer de los sentidos que late en todo el cuerpo prodigando a la vida un gozo de acogida— como si ésta se restringiera a reductos parciales hasta reducirla esencialmente a su sede de lo genital, pero sin perder no obstante su tendencia a influirlo todo, aquel impulso a inmiscuir el ámbito del yo en el campo sexual tal y como propiamente lo ha presentado el estadio narcisista. Dentro de unos límites locales, consigue con todo sus irrupciones momentáneas en el todo, en el arrebato por el todo, a través del desbordamiento cuando asume la infantil sexualización total.

Y así en el fondo, el proceso sexual aparece como dos contrapuestas corrientes: una descendente hasta el momento de la pubertad y otra que desde ahí inicia su ascenso y me parece como si en esta imagen se pudiera expresar con la mejor adecuación lo que Freud denominó el tiempo de latencia pues ahí donde ambas corrientes se encuentran en su punto medio menguan recíprocamente sus manifestaciones externas, o ya se revelan como aparentes desde nuestro punto de vista.

Se produce ahí entonces un hecho casi divertido pues, mientras que la sexualidad primeriza empieza con unas tendencias puramente corporales para luego elevarse, por así decirlo, constantemente hacia una ternura completamente espiritual, ocurre lo contrario con la madurez sexual, que tras unos preliminares espirituales o mentales encuentra su expresión final en lo puramente somático del acto sexual. Lo que solía llamarse asexual, lo infantil, recibe únicamente con su decrecimiento aquel todo espiritualizante que constituye más tarde su primordial acento, hasta que de nuevo vibra en su pleno tono en el concierto sexual de la pubertad. Pero entonces todo su programa se desarrolla únicamente bajo el título de la «sexualidad» que recibe el único abucheo de la moralidad, porque la amenaza con una estridente disonancia de la que la conciencia desarrollada nos salva individualmente.

Y ahí primordialmente se concentra el odio contra lo «sexual», contra su justificación o meramente contra su mera investigación, al principio que se opone al ego individual o al ego cultural. Esa impresión de contraposición es algo que no podemos eludir, aunque el yo humano tome su sexualidad atándola con una cuerda más corta o una más larga, como un siervo rebelde o como un demonio que secretamente le guía; y esa relación básica sigue siendo la más paradójica en cuanto que el individuo que busca la evolución del propio yo refiere sus impulsos al conjunto, por el que únicamente como sexo despertó a la realidad de su propio yo. De ahí que E. Bleuer [7] en «Sobre la resistencia sexual» advierte con toda razón que esta lucha no apareció por causas de obstáculos culturales (educación) sino que procede de la cosa en sí. «Sexualidad» y «yo» son para Freud los apelativos populares que existen para esas contrariedades psíquicas que tan profundamente anidan en nosotros.

La primigenia dualidad de que se deriva la situación en sí es descrita por Freud en la situación de incesto o en el complejo de Edipo del niño —las palabras más aladas de Freud, y que por ello se han propagado más del psico-análisis. Los padres que nos traen el mundo marcan naturalmente la encrucijada para nuestra vinculación sexual e igualmente para nuestra diferenciación del yo, por lo que las más de las veces se rechaza con vehemencia a la parte perturbadora, «el galán rival» mientras que uno se identifica con la otra. Y aun cuando ello podría ser más propio de los neuróticos, ante cuya mirada retrospectiva el «incesto infantil» se dibuja tan truculento, y aun cuando incluso los agresivos deseos de muerte sean menos un placer por el asesinato que una infantil conmutación del morir y estar ausente como fuente de esos impulsos, no debería con todo convertir, demasiado a la ligera, en positivo el sentido de esa situación interior.

Es preciso recordar, al respecto, lo que es característico para el niño: tanto su tendencia hacia lo inofensivamente espontáneo, como toda su crueldad y los fuertes afectos incontrolados. Y ése es el punto de arranque donde se realiza la transfusión de lo elementalmente ilimitado hacia el reducto personal, de lo inconsciente hacia el yo consciente, la cual resulta en fatales y explosivas actuaciones. No en balde habla Freud, y sin broma alguna, de la fuerza

---

[7] Eugen Bleuler, 1857-1919, profesor de psiquiatría en Zürich, Jahrbuch I.

de las pasiones antes del quinto año de vida del niño mientras que las más tardías más fácilmente desembocan en lo idílico; e incluso el furor de lo que luego llamaremos criminal y contra lo que nos defendemos mediante las condenas y las prohibiciones, no tendría nunca otra fuerza de experiencia tan vehemente como cuando la autopermisividad choca por primera vez con la experiencia humana del constreñimiento. Debe tenerse en cuenta, pues, cuán poco ve el niño su pensamiento y su fantasía como algo distinto de la realidad que le rodea; como para él lo primero son los datos corpóreos, y en esa corporeidad debe expresarlo todo, incluso los engaños, cuanto se encierra dentro de sí, todo cuanto agita su vida y pugna por aflorar, y por esos sus «sentimientos de incesto» en toda su infancia deben considerarse como algo dotado de una auténtica dimensión física.

Si luego el neurótico, reprimido por el miedo, falsea la propia imagen de su niñez al transformarse, exageradamente, en un pequeño Edipo que merodea con su deseo de asesinato y su ignominia de sangre, en todo caso ese posterior y abultado juicio sobre su infancia es exagerado, pero lo que entonces incitó su miedo ciertamente no lo es, sino que son los antiguos afectos básicos no elaborados que de nuevo le conducen en la inconsciente materialidad del infantil deseo de querer tenerlo todo, en la infantil codicia en la exclusiva posesión de todo.

Me parece, en consecuencia, que la comprensión de tales procesos no puede tomarse con mayores reparos que la «des-simbolización» de los mismos, su debilitación y especialmente por obra de los antiguos adeptos de Freud; para algunos de ellos, la escuela suiza por ejemplo, el deseo infantil de incesto es una mera imagen del arcaico carácter retrógrado de la mente, bajo cuyo impulso se entiende la tendencia al retorno al útero materno del ser o al nacer de nuevo; para otros, para Adler por ejemplo, el factor sexual se ve ahí implicado en virtud de una ficción de la codiciosa voluntad del yo [8].

Lo esencial para mí es, no tanto que se simbolice más o menos, como si no se habrá creado una confusión entre ficción y realidad de forma que lo único factual deba asumirse ficticiamente mientras que lo meramente simbólico deba ser tomado como reali-

[8] Alfred Adler, 1870-1937; primer presidente de la Sociedad Psico-analítica de Viena, en 1911 se separó de Freud para fundar su «Psicología Individual».

dad; si la situación de incesto se vive primitivamente en unas bien determinadas impresiones sexuales, éstas podrían descubrirse por medio del procedimiento psico-analítico y se aglutinan para siempre en el vivo y latente desenlace en todo lo afectivo. Puesto que tales vivencias no son captadas ni entran en la conciencia del ser, o se sienten ahí como algo extraño e inadmisible, les queda un terreno de juego para relaciones adicionales a las que se vinculan a modo de complejo (no de una forma distinta a los «recuerdos fingidos» como en el caso del *déja-vu*, con lo cual Freud designa algo que se reproduce porque la conciencia encuentra puntos de comparación donde se puede dar cobertura a algún elemento de realidad que se impone como algo coaccionado.

Esa sucesión de personas o de acontecimientos, que se nos muestran tan personalmente, con tanto detalle, valor y actualidad, recibe su profunda significación no de sí mismos, sino de su origen por el que pueden degradarse a simples formas de recubrimiento. Y eso es lo que Freud denomina «transposición». Durante toda la vida nos referimos a impresiones por las que quiere volver a nosotros una realidad primitiva, una realidad que sólo puede experimentarse de nuevo a retazos, semi-oculta, simbólicamente, pues su fondo de sentimientos se extiende hasta la totalidad inconsciente y desmembrada, a la que nosotros sentimos, al despertarse, cercada de vida y de nosotros mismos.

Con cuanta mayor fuerza de «realidad» irrumpa en nosotros lo pretérito, con tanto mayor simbolismo se va propagando en el nuevo porvenir, para así totalizarlo mediante nuestras determinaciones, significaciones, referencias y acentos; mientras que por el contrario, aquéllo que no causa, o casi no, una conmoción sobrecogedora, que no plasma ante nosotros la inalcanzable proximidad o lejanía de lo irremediablemente pasado, tampoco llega nunca a excitarnos aunque se nos sitúe como presente, como al alcance de la mano.

En lo anteriormente vivido, en su primera unificación de lo externo con lo interno en la vida misma, se nos brinda la ocasión de creársenos un hogar incluso en lo más extraño, e incluso en lo más familiar de todas las pasiones, como si nunca llegara a quitarse el velo de la infancia que la abre al mundo. Los tópicos tanto de la «clarividencia» del amor como de su «ceguera» se producen ahí: al ver con clarividencia más allá de la persona, cuya individualidad, cuya «casualidad» suscita en nosotros la típica vivencia,

también nos hacemos en la misma medida ciegos para un juicio objetivo.

Cuando en la madurez del afecto de nuestra sexualidad llegamos a la completa unión de cuerpos, con la fusión del óvulo con el semen como los portadores de las primeras partes orgánicas —entonces nuestra desarrollada posesión del objeto se engloba tan plenamente en la expresión física de la libido como se efectuó en un sentido totalmente físico la primera unión del niño con el exterior. Y eso es precisamente lo que, por encima de todos los posteriores métodos de vivencia espirituales o mentales, que siempre conllevan un distanciamiento, puede implicarnos plenamente con la realidad, incluyendo el cuerpo que la asume y expresa. Con ello el cuerpo, justamente en esa materialidad de la acción corporal entre los individuos se convierte en cierto modo en símbolo de los símbolos en todos los ámbitos.

En consecuencia, el arrebato amoroso propiamente dicho, el que embriaga a toda la persona, necesita incluso psíquicamente un fuerte desbordamiento de su componente animal y ese es el motivo por el cual es un factor tan decisivo la atración puramente física de la pareja; y también el motivo por el cual esa atracción, tan terminante y humillantemente degradada cuando desfallece, puede ser supervalorada más allá de sus valores somáticos situándose así en el centro de todos los demás componentes del amor.

No amarse ya físicamente significa en definitiva: no percibir al amado inconscientemente como la imagen de aquella primera impresión que vivimos físicamente la primera vez como una imagen total de nosotros y del mundo; significa: situar a una persona en la indigencia de su individualidad por lo que ella, por mucho valor que tenga no es ya sino exclusivamente lo que es, pero pierde a la par su cualidad de serlo todo, como luz en sus ojos, como resplandor en su pelo, como fascinante don de sus manos.

Aunque el amor tenga unas gradaciones en su afecto, no se trata por ello de unas fronteras cualesquiera, sino que se caracteriza justamente por esas fronteras, esas circunstancias que le dan, aunque se perfilen como rasgos más salientes con el cese de la vinculación somática, su aspecto espiritual, pese a todo su carácter terreno; es decir, le otorga su última dimensión, ese inconmensurable, invalorable, que puede convertir el llamado amor sensual, en toda su terrenidad, en una alada «criatura celeste».

Todo ese componente de dualidad, que puede definirse como mengua de sexualidad atávica y auge de sexualidad genital, carac-

teriza constantemente la doble concepción de nuestra fisis: por un lado, como lo que aglutina, en la imagen somática de nosotros mismos, tanto lo interno como lo externo en su unidad y realidad, y por otro, como lo que distingue lo que es parte corporal de la consciente existencia de nuestro yo. Lo segundo queda por ejemplo en primer plano cuando Freud describe el paso del estadio puramente narcisista hacia la libido de la posesión objetiva como un aumento de la erogeneidad del cuerpo hasta que el «exceso» motiva que la tensión desemboque en una corriente hacia un objeto en el exterior. (Esa necesidad de «saltar las fronteras del narcisismo» surge «cuando la posesión del yo por medio de la libido ha colmado una cierta medida».*Zur Einf. d. Narz.* 11).

Y por ello resulta bien claro ver como la discusión sobre los procesos de la libido motivada por Freud se cifra en parte en la enfermedad orgánica y en parte en la hipocondría como un enamoramiento del propio cuerpo (con los rasgos negativos, como carencia de placer y presencia de dolor). En todos esos casos se trata de una hipersensibiliad en un órgano, que absorbe todo el interés y que tiende únicamente a la distensión, el apaciguamiento y la liberación, y que toma su sentido de mayor urgencia en el órgano sexual. O en la fetichización del amor, con la sexualidad que se convierte así en un simple apéndice del yo, y en relación a la cual diversos reductos, tales como el placer sexual, un exceso de placer, se convierten en un lastre, en un desafuero pues por su misma esencia no se supeditan al ordenamiento del yo, se saltan del marco y se convierten en hostiles al yo; e incluso el propio cuerpo que los propicia e impulsa se convierte en enemigo del yo. Y peor ocurre todavía en el caso del comportamiento hipocondríaco, en ese amor escindido, sufriente, al que se quisiera mandar al diablo pero al que, con todo, se siente uno atado con un enorme interés; y lo peor es la enfermedad orgánica en cuya forma más dolorosa y decisiva podemos vernos inútilmente escindidos de nuestro propio y sufriente amor como si fuera un elemento exterior, como algo externo y hostil a nuestro propio yo.

De forma distinta ocurre cuando se considera la libido, desde el otro lado, desde una perspectiva en la que la sexualidad no es una propiedad del yo, y el cuerpo no se mira como la parte externa de otra interna que siente la libido. En los casos mencionados anteriormente se ha considerado nuestro comportamiento narcisista primario como perjudicado en algún aspecto, por lo que no podemos situarnos en una plena relación con nosotros mismos, ni

de nosotros con el mundo, y por el contrario nos encontramos sumidos en la creciente contrariedad de las fases de desarrollo en su constante disasociación, hasta vernos reducidos al mero ámbito corporal. Y desde esa dimensión se entiende enteramente por primera vez la expresión de Freud sobre nuestro abrazo al narcisismo a consecuencia de posesiones del objeto: «Quien ama, ha sacrificado, por así decir, una parte de su narcisismo que puede verse reemplazada únicamente por el hecho de verse amado... Dos hechos básicos: en los casos de parafrenia crece el sentimiento del yo mientras que en las neurosis de transposición decrece; en la vida amorosa la carencia de amor atenúa el sentimiento del yo, mientras que el sentirse amado lo acrecienta» (Zur Einf. d. Narz, 21).

Un aumento en la medida, incluso dentro de la libido que tiende a la posesión del objeto sigue presente el narcisismo, efectuando una inmediata vinculación de la propia existencia a la del compañero en una neta identificación, e igualmente creando una implicación de las formas de expresión espirituales con las corporales como su natural medio de expresión. El verso de «feliz es sólo el alma que ama» [9], no significa solamente cuando y porque sea amada en reciprocidad, sino que también se refiere al auge del sentimiento de gozo y de vida precisamente a causa de la «introyección» (Ferenczi) de la penetración del exterior en el propio interior, que únicamente así deja de sentirse expoliado y emprobrecido.

Sólo el que ama sin verse implicado hasta los niveles profundos de su primigenia sexualidad y, en consecuencia, justamente el neurótico en su escisión interior, se ve privado, al mantenerse centrado en el yo dentro de su experiencia sexual, de llegar a la mutua confluencia de corrientes del «yo y tú», lo mismo que de «alma y cuerpo». Y Freud confirma que esta carencia es lo que da ocasión a ello, y no «la posesión de la libido extraordinariamente grande» al afirmar: «La aceptación de la propia incapacidad para amar, debida a perturbaciones psíquicas o físicas, influye en gran mesura en la degradación del sentimiento del propio yo». En realidad la felicidad del deseo amoroso tiende hacia aquel exceso, que logra la distensión e incluso parece querer desprenderse de la libido, pero siempre hacia el «nunca demasiado» para el que sólo

[9] Goethe, «Egmont», canción de Clara.

hay libido y amor, afán de satisfacción a la que nada le parece demasiado a no ser lo absoluto de la identificación con lo que originariamente representaba el uno y el todo, el yo y el tú, lo somático y lo psíquico.

Tal vez ese discurso pueda llevarse muy lejos de su punto de partida narcisista (lo mismo que uno anda o corre en sueños sin llegar a ningún sitio), pero ello se debe a la circunstancia de que ahí no está únicamente la procedencia sino también la meta a la que se deberá retornar. Ese común aspecto unitario, como de habitación para todo, de lo que nosotros distinguimos como impulsos sexuales e impulsos del yo sigue siendo siempre importante («la sexualidad se vincula primero a una de las funciones tendientes al mantenimiento del yo, para hacerse luego independiente de ella. 3 Abh. z. Sexth. III. Aufl. 45)». Más aún: «es posible que no suceda nada en el organismo que no tenga su componente que aportar a la excitación del deseo sexual» (ibidem 67).

En el estadio de la madurez se realiza el proceso opuesto: de la sexualidad «centralizada» en lo genital hacia la incidencia en la vida del ego: «Innumerables propiedades de la vida amorosa humana, incluso lo compulsivo del enamoramiento pueden entenderse únicamente con una retroreferencia a la infancia y como secuelas de su actuación» (ibidem 88). Incluso los infantilismos, que se fijan en perversiones en contraposición a la finalidad sexual genital, se vuelven ahí operantes al implicar al objeto, «con pelos y señales» en el amor: «Esa supravaloración sexual es pues lo que tolera tan mal la reducción del objetivo sexual a la unión de las partes genitales propiamente tales y ayuda a la involución de otras partes del cuerpo en los objetivos sexuales» (ibidem 17).

En el último caso, finalmente, cuando la sexualidad ni se queda fijada en lo infantil ni desemboca en lo objetivo genital, sino que desvía sus metas hacia lo asexual, en el caso de la sublimación sexual, la primitiva unidad del ego y la libido se marca como algo decisivo pues cuanto se realiza en el proceso de sublimación no es otra cosa que una renovada vinculación de los impulsos libidinosos con el consciente ámbito del yo, una sublime renovación de la infancia en el hombre espiritualmente desarrollado. Y en esa fecundación mutua sus impulsos espirituales reciben una dimensión que los eleva por encima de la estrecha afirmación del propio yo, a la vez que la sexualidad recibe una sublimación que la convierte, en un nuevo sentido, en medio de generación de nuevos objetivos. Y así todo cuanto en nosotros tiene

una dimensión creadora cobra por ello su indefinible exigencia, como cuando reproduce algo que es más hondo y amplio que la simple yuxtaposición de lo normal-sexual y lo normalmente propio del yo, en una indiferenciable entrega y vinculación que va más lejos de las propias exigencias del yo y también sobre la mera necesidad sexual. En las sublimaciones lo pretérito se muda en lo más triunfante junto con nuestro propio futuro espiritual: como el «recóndito punto de la imagen ideal» califica Freud netamente ese devenir (en su *Schrift zur Einf. d. Narz.)*: «El desarrollo del ego consiste en su alejamiento del narcisismo primario y engendra un intenso anhelo de lograrlo de nuevo. Ese alejamiento se produce por medio de la desviación de la libido a un ideal del yo (impuesto desde el exterior), a la liberación y satisfacción de la misma mediante la realización de este ideal».

Esa «desviación del objetivo sexual genital» es algo común en las sublimaciones y en las perversiones, tanto que pudo suscitar un audaz y justo diagnóstico de Freud: «Incluso en las más aberrantes perversiones se debe reconocer la más fecunda actividad en pro de la transformación del impulso sexual. Ahí se presta una cantidad de trabajo espiritual al que, pese a sus horrendos resultados, no se puede negar el valor de una idealización del impulso» (3 Abh. z. Sexth.). Pero la perversión al quedarse en los ámbitos del mantenimiento del yo, al malgastar sexualmente sus órganos, carece del desarrollo del yo en una dimensión espiritual y por ello deja de convertirse en una idealización o cambio positivo: se queda así en lo meramente negativo en la perspectiva del objetivo sexual, en meras «transgresiones» y «retrasos o fijaciones» (Freud) en lo infantil.

Ello se aplica a las más burdas perversiones —que no pueden ocultar su mala fama y únicamente son tolerables en la primera edad de la vida—, e incluso a las más sutiles, las que pasan más desapercibidas bajo el pretexto o la cobertura de lo que Freud desenmascaró como «traslado de abajo arriba» y de lo que un aspecto «más sublimado» las hace sospechosas en cada época.

En la sexualidad primera, la más alejada de su objetivo genital, se encuentra implicada una segunda propiedad que, a mi entender, se mantiene enquistada en perversiones y en sublimaciones: el rasgo de que por ser sexualidad infantil, indiferenciada, lo engloba todo a la vez activa y pasivamente. En referencia a los testimonios de sublimación de la libido no quiero apuntar aquí a la hipótesis formulada desde el lado biológico que atribuye a las per-

sonas ventajas de producción creativa según los sexos; en todo caso hay una doble vertiente con respecto a sus obras, tanto en el autor como en la obra creada, en la entrega y en la ejecución, en el impulso inconsciente y en la determinación consciente. Es en las perversiones, por lo contrario, donde se me muestra con mayor claridad, cualesquiera zonas eróticas se incluyan, la caracterización activa y pasiva: si nos encontramos ahí con las actividades definidas por Freud como «orales, caníbales» —en las que incluso en la succión del niño el acto de coger con los labios es a la vez un acto de recepción—, o más todavía, en el erotismo anal donde junto al relajamiento de la producción la «mucosa erógena del intentino actúa» «como un órgano con objetivo sexual pasivo» (3 Abh. z. Sexth.).

De los impulsos «que se producen con una cierta independencia de las zonas erógenas, el voyerismo y el exhibicionismo» (ibidem) lo mismo que del sadomasoquismo, Freu toma el carácter activo-pasivo y por ello precisa el aspecto de dualidad polar de su manifestación como algo distintivo. Y dice (ibidem 25) que es «revelador que la existencia de la antimonia sadismo-masoquismo no deriva sin más de la conjunción de la agresión; de lo contrario, se vería uno tentado a poner simultáneamente en relación ambos antónimos con los polos existentes en la sexualidad, como masculino y femenino, cuya significación en el psico-análisis se reduce a la polaridad de activo-pasivo»; pero más adelante Freud se refiere al aspecto pasivo de esta perversión: «cabe dudar de si éste aparece primeramente o si más bien no se trata regularmente de un reverso del sadismo» (ibidem 23).

Pero bien se podría pensar que el primitivo binomio de objeto-sujeto todavía contenido en una sexualidad indeterminada es lo que ahí yace en el fondo, justamente como base desde la cual el impulso del dominio en lo sexual, en su proceso de concienciación constante, (como una cualidad en el yo) va teniendo un comportamiento siempre más activo y agresivo en el que lo básico infantil se toma como la parte meramente pasiva-femenina, la simplemente reactiva. En este pasaje se cifra para A. Adler la parcial acentuación de lo agresivo masculino, y la concepción totalmente negativa de lo pasivo femenino como una consecuencia fatal. A mí, sin embargo, no sólo me parece que en ambos se expresa el mismo goce libidinoso positivo, sino que incluso creo que con todo ello se conecta un problema de la libido con tendencia genital, y concretamente la pregunta sobre los motivos del «ham-

bre, de la excitación» de esta libido, de su excitación en vez de amortiguamiento por los objetos presentes. Con tales contemporizaciones sobre cuánto «pre-placer» (Freud) despiertan, a la vez que excitan y dan pábulo al tormento del anhelo, en lugar de calmarlo, ¿no parece ser como si en nosotros se alojaran dos personas en esa modalidad de percepción de las que una goza, mientras que la otra tolera e incluso goza por esa coacción al sufrimiento? ¿No se trata aquí de una demora en la ternura, no es todo ello un «afán de tacto concreto» [10] que sufre en el afán de desentumecimiento y que en su ansia se le somete para experimentar en ese sufrimiento el bienestar?

En realidad se trata de nuevo aquí de la «orientación a la propia persona» (Freud) que se oculta profundamente en el sadomasoquismo y por ello Freud apenas lo incluirá en las perversiones pues «la contraposición que ahí se manifiesta de actividad y pasividad pertenece al carácter común de la vida sexual» (ibidem 24). De hecho en el sadomasoquismo tan sólo ocurre como si se extrajera toda la sal y la pimienta del sabor normal de la libido para degustarlas separadamente hasta dejar todo lo demás como desperdicios. Y lo único interesante ahí es que este gusto por las especias picantes tiene un ámbito de disfrute mayor que el normal: que su insaciable placer no se debilita en la frontera normal de todo goce, que es el dolor. «Placer» es algo que únicamente nos puede acompañar durante un determinado trecho de camino sin mudarse en exceso o en desplacer; y sólo en el ámbito sexual vemos como el placer, si bien como algo anónimo, prosigue su ruta en el espanto, la necesidad, las angustias de la muerte, con su excitación libidinosa; tal vez esa eso lo más paradójico de nuestras expresiones espirituales por la que sabemos que incluso lo que nos es más hostil, lo más antípoda, la aniquilación del yo, tiene una vinculación sexual como un acto singular del encumbramiento del yo. Y justamente ahí vuelve a actuar lo más atávico de la sexualidad, el narcisismo que logra unificar ambas cosas, sin querer saber nada de las limitaciones al yo y cuyo placer sublime en el éxtasis último de la libido genital siempre más se crece, al igual que una llama, que se alimenta de sí misma en la medida en que parece inflamarse en el compañero.

[10] Albert Moll, 1862-1939, investigador de sexología en Berlín.

El hecho de que estas perversiones afloren en la dimensión de la pareja, y que por otro lado la libido normal puede regresar a otras que no la tienen pero sin renunciar por ello en lo más mínimo a su versión de pareja, fue lo que indujo a Freud a formular un concepto por el que teóricamente intercalaba lo pregenital entre las actividades sexuales autoerótico-narcisistas y las de la vida sexual genital. Esa formulación del anfi-erotismo (Ferenczi) abarca todo el ámbito de la homo y de la heterosexualidad como algo que en principio se ajusta a la norma. «La investigación psicoanalítica se opone con toda decisión a los intentos de separar a los homosexuales de las demás personas como si se tratara de un grupo singular y raro. Al estudiar las diversas excitaciones sexuales, aparte de las manifiestamente admitidas, se encuentra que todas las personas son capaces de una elección de un objeto homosexual y que en el inconsciente la han hecho. Efectivamente, las vinculaciones de los sentimientos libidinosos hacia personas del mismo sexo, como factores de la vida psíquica normal, no tienen un papel menor, ni tampoco desempeñan un papel mayor como motores en la enfermedad, que los sentimientos hacia el sexo opuesto. Desde el punto de vista y en el sentido del psico-análisis, el exclusivo interés sexual del hombre por la mujer se muestra como un problema que requiere una explicación más que como algo obvio de por sí» (3 Abh. z. Seth, 12/13).

La inversión misma se manifiesta en distintas significaciones, como la de la predisposición andrógina —con mayor o menor componente psíquico u orgánico— (la «bisexualidad» de Fliess [11], la «gradación intermedia» de Hirschfeld [12], la homo-erótica de Ferenzci) y la del homoerotismo objetivo de un mero gusto por la elección dentro del propio sexo: «Se puede finalmente plantear la pretensión de que la inversión del objeto sexual debe distinguirse estrictamente de la mezcla de los caracteres sexuales en el sujeto» (Freud, ibidem 13). Y finalmente con respecto a la normalidad de los invertidos se podría observar tal vez que en el primer caso, el de la gradación intermedia, se halla inserto un vestigio de heterosexualidad a través de su ambivalencia, o sea, una distancia con respecto al propio sexo (en cuanto que esto, al igual que en el se-

[11] Wilhelm Fliess, 1858-1928, médico en Berlín; hasta 1900 amigo íntimo de Freud.

[12] Magnus Hirschfeld, 1868-1935, investigador de sexología en Berlín.

gundo caso, depende de una elección, lo que a menudo no significa una imposición de la necesidad), y luego, que por su parte la heterosexualidad a menudo se posibilita y se ve captada en su propio problema únicamente por el hecho de nuestra relativa ambivalencia sexual infantil que nos mantiene mutuamente más cerca.

Se suscita, no obstante, la pregunta sobre con qué frecuencia una exclusiva permanencia en esta fase pueda provocar trastornos del desarrollo cuando se oyen los resultados expuestos por Freud: «En todos los casos investigados hemos constatado que los adultos invertidos en los primeros años de su niñez pasaron por una muy intensa, si bien corta, fase de fijación en la mujer (sobre todo en la madre), tras cuya superación se identifican con la mujer y se toman a sí mismos como objeto sexual, o sea, partiendo del narcisismo buscan a muchachos jóvenes, semejantes a su propia persona, a los que pretenden amar como su madre les ha querido» (ibidem 11/12). Y si los casos primordiales presentan una mutación patológica de la inversión únicamente en su represión, en su aspecto de mantenerse en el subconsciente (de lo cual evidentemente la neurosis obsesiva y la paranoia dan testimonio al psico-analista), tampoco serían conscientes en los casos de manifiesta inversión, de desviación primitivamente adoptada del objeto heterosexual hacia el homosexual resultando así difícilmente inevitable una cierta fijación al respecto.

Si todos nuestros objetos amorosos reciben su definitivo encanto de transferencias primitivas ya olvidadas, resulta ser una normal referencia completamente esencial al respecto, saber hasta qué profundidad del olvido deben ser reprimidos para no evitar la nueva ilusión. Si el invertido, por muy normal que sea en sus disposiciones, se ha quedado detenido en una de las penúltimas etapas, por así decirlo, de las alcanzables en su desarrollo sexual, entonces su menor acentuación de la libido genital se muestra como algo explicable, según ha sido frecuentemente enunciado incluso por los mismos invertidos como una ventaja que les facilita su comunicación psíquica, el idealismo de sus recíprocas exigencias. Y efectivamente, se les podría dar la razón; en la medida en que se quedan voluntariamente detenidos en el estadio de lo pregenital se les presenta la posibilidad de sublimar su participación en la libido de la misma manera como el artista creador hace con sus obras, siendo aquí las personas sus obras. Si el invertido tan sólo trabaja el egoismo erótico *à deux* desde su propia peculiaridad de la libido, el egoismo de las relaciones heterosexuales (¡las que en-



gendran personas!) crea su íntimo reducto, pero también aquél construye con esa arquitectura familiar el espacio para las moradas de la cultura que son apropiadas para albergar toda la humanidad. Y así la libido homosexual en su sentido más amplio, que sexualmente no se extiende hacia el otro sexo sino que se contiene ante él quedándose dentro de los límites del propio, amplía por ello su alcance en la humanidad, en la hermandad de todo lo nacido del seno materno, e incluso podría convertir el amor a los enemigos como la experiencia de la expresión última de ello (como expresión del «único amor auténtico» según una expresión conocida del viejo Tolstoi). La significación de lo homosexual para los fines culturales y lo social ha sido fuertemente del primigenio carácter de la libido: más de una vez es un mensajero del narcisismo que una y otra vez se presenta, enriquecido, adornado con sus logros, que ha recorrido su camino y ha crecido hasta llegar al punto de la exigencia que el espíritu puso en él.

En la vida real la homosexualidad y la heterosexualidad no se distinguen tan estrictamente como en la teoría; la investigación psicoanalítica ha revelado numerosos casos de cómo se interrelacionan, se combinan e implican sin o con conciencia de ello. En muchos matrimonios entre parientes, en el carácter fraternal de muchas relaciones e inclinaciones heterosexuales, en muchos vestigios de horror al incesto en relaciones lejanas al incesto, se esconde como tras una máscara un fuerte componente de inversión; cuando la amada se busca o se quiere preferentemente bajo unos tonos de maternidad o de hermandad, casi con una exclusión adrede del propio factor de arrebato, se delata entonces para Freud tanto como en la contrapuesta preferencia de lo más extremadamente exótico o de lo más arropado con la imagen de la prostitución un intento de evasión del peligro de inversión. Y en efecto, la libido genital, ese estadio final de la maduración sexual, asume indistintamente todas las diversas valoraciones y formas de ternura —tanto de tipo psíquico como somático— de la fase previa, todavía bajo el signo de lo bisexual; y ahí corre todo junto hasta el definitivo agotamiento.

La libido genital se convierte en el ridículo heredero de todas las conmociones que le precedieron —incluso de las que no quisieron redactar su testamento, así por ejemplo la inversión de la libido que no pretende serlo, dejando que desemboquen en ella y con ello llena huecos que por sí misma bien habría dejado vacíos. Y en ese punto no estaría fuera de lugar hablar de los derechos de

la inversión, pero hoy en día se tiene la impresión de como si la heterosexualidad, y sólo ella, quiera absorber a modo de vampiro toda la belleza y fuerza restantes; en el auténtico ideal del matrimonio, como algo realmente obvio en sí, en todos los casos en que se mantiene como un ideal, se acaparan sin discusión todos los derechos a la posesión. Aunque se reserve un merecido lugar para la plena amistad entre varón y varón, y aún para un tercero, todavía el amor conyugal se puede comparar en su exclusivismo a una plena entrega a una labor, aunque tenga fines profesionales o creativos. Precisamente en unos tiempos como los nuestros, donde se han retirado las fronteras que antaño favorecían la personal vida de amor, y las metas religiosas de los hombres y sus exaltaciones no se miden ya con lo erótico, parece como si esa religiosidad en su quantum «flotante» se haya fijado en el ideal del amor y del matrimonio. Para la mujer ello no es tanto un menoscabo como para el hombre: y no sólo porque ella puede cobijar un buen pedazo de inversión ahí, y concretamente en la maternidad.

Y la madre es en mi opinión aquella que, dentro de su femineidad, responde a lo masculino: engendrar, mandar, dirigir, responsabilizarse, proteger (lo mismo que, desde una mera perspectiva sexual, el útero permanece en un papel puramente pasivo en el acto del amor, mientras que en el niño se convierte en el más productivo, el més «desentumecente»). La mujer ha sido igualmente dotada por la naturaleza con el juego de la interacción de las diversas tendencias humanas, que el hombre únicamente puede lograr trabajándolas espiritualmente. Al menos ello debería llevarnos a reflexionar cuánto debe la libido heterosexual a la homosexual que le ha precedido en el desarrollo, y que esas gracias hay que dárselas a ella. Y solamente porque la relación homosexual de persona a persona, con sus primitivos lazos corporales, se va luego constantemente animándose y espiritualizándose hasta que por fin nos enseña a aprehender internamente lo semejante a nosotros, y sólo por ello podemos unirnos permanentemente al compañero distinto en su sexo aunque en la relación genital con él vuelve a ser la base de la agresión sexual que se acentúa sobre todo en la dimensión somática, que de nuevo es en cierta forma su más primitiva renovación. Lo que, sin embargo, me parece a mí como lo más realmente importante es la circunstancia de que ese resultado de previos desarrollos —y en consecuencia la capacidad de no poder llevar a la libido por su camino más corto, por su sexualidad somática hasta su objetivo, de elaborarla en su camino, de

«sublimarla»— pone a la sexualidad heterosexual a punto para sus aplicaciones, sin implicar ni añadir sus propias prestaciones primeras. A través de este proceso puede ella, sin debilitación ni elaboración de su carácter genital, llegar a la comunión sublime, compleja y globalizante con su compañero, para permitir así juntos, sin recortes y en una mutua elevación, sentir la vivencia de la agresividad y de la entrega, el impulso de la distensión y de la ternura. Pero primero le otorga algo extraordinario, algo que la corona como la reina del erotismo, aquéllo que en su propio ámbito mantiene una linea de continuidad con las actividades individuales que se trasmudan totalmente en el erotismo: las obras de la creatividad, que igualmente actúan como monstruosos consumidores de cuanto hallan producido en la previa labor de la sublimación para así convertirse en realidad, y así luego relegar el resto inutilizable en el fantasmagórico reino de lo perverso.

Lo mismo que en la creatividad el ser humano debe ahondar en los más profundos niveles, hurgando en sus atavismos, en su infancia, hasta que esos asoman a la conciencia en su aspecto de realidad, de igual manera que para la generación humana el organismo saca sus fuerzas de la primitiva expresión total de lo somático, así también el punto álgido de la experiencia sexual requiere la inmersión en el subconsciente de las implicaciones físicas de lo primitivo. En el acto sexual genital, por muy avanzado que se muestre, no se expresa más que lo burdamente físico, cuya plenitud no deja espacio alguno a la implicación de las sensaciones psíquicas, que se hacen huidizas como la nada, tanto que sólo un milagro podría llevarlas de nuevo a su anterior plenitud.

La banalidad y el milagro se tocan aquí en su problema en cuanto que entre lo primitivo y lo extraordinario no existe ninguna tasación definitiva, sino una relativa fijación de objetivos que sólo se tocan únicamente en la medida en que nosotros estamos en condiciones de seguir durantet un corto trecho, conscientemente, cualquier proceso, y así el principio y el fin del mismo se nos escapa hacia lo banal, que sólo es material, exterior e imaginable. Pero en la inconsciencia de nuestra vivencia también se produce lo contrario: la realización puede quizás considerarse como la más plena cuando apenas sí emerge o aflora un poco para ser percibida por la mirada. Y ambas cosas no nos evidencian otra cosa que el milagro de la sexualidad. Pero el juicio de la conciencia se muestra ahí como algo bello, a pesar del *pathos* de los amantes —prefe-

rentemente gracioso o conmovedor, que rodea al acto de amor con el entusiasmo o delirio de la posesión corporal, el balbuceo de la recíproca supravaloración, que se escapa al espiritualmente sordo, lo mismo que en los cuentos salen flores y piedras preciosas de la boca del príncipe encantado (que también podría haber sido una princesa).

Y ese estallido festeja sobre todo el entusiasmo mismo, el hecho de que la amada haya sido una carne y una sangre con él. Y si seguimos dentro de la misma linea en nuestra observación, hasta el acto de amor de la maternidad, o sea, el definitivo volverse un mismo cuerpo, el devenir realidad, aquéllo a que se tendía, nos encontramos con el principio del mismo. Lo que fluye en el ser maternal, festejando y adornando incansablemente como si lo elegido fuera lo más precioso entre todos los tesoros de la tierra, se deriva únicamente del hecho de haberse vuelto cuerpo, de la realidad de su fruto, como algo que de lo más desconocido, de lo más remoto y lejano, como la más incontable de todas las posibilidades que ha crecido en su seno, el milagro en su más banal realidad.

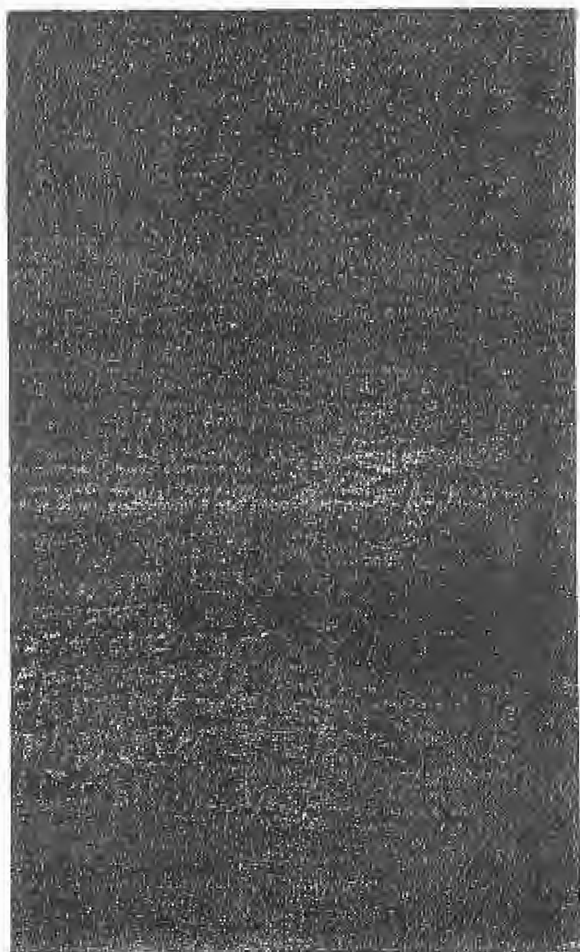
Con toda injusticia se reprocha al amor maternal (¡al estilo de Weininger)[13] lo azaroso de su banal vinculación, que significa apenas amor pues representa la menos distante experiencia de unidad que nosotros conocemos. Pero también aquí el punto de partida viene dado por la propia vivencia corporal, la propia parte del cuerpo engendrada en la existencia personal; en lo materno se entrecruza plenamente lo eterno-autoerótico con lo que todo lo abarca, el más amplio ámbito que la libido puede trazar con su instalación en el organismo: como para convencernos de que toda nuestra ternura, por mucho que se sublime, se queda ligada en la raíz de nuestra sexual búsqueda del yo, pero que nuestro egoísmo en toda su banalidad todavía está transido por el milagro del ser en su totalidad. Unicamente en la expresión absoluta de esa unidad de la madre con el niño, se podría representar el calor del objeto como un hecho cósmico y evolucionar en sus diversas fases y estadios. Así como para el ser de la madre toda vida nacida le parece un nacimiento de su propio yo, también todo cuanto vive, vive una y otra vez, pervive en todo ser, retornando en miles de ropajes, renovaciones, cambios: lo que era un entusiasmo total

[13] Otto Weininger, 1880-1908, filósofo (se suicidó). «Sexo y carácter».

y unificante en cada individuo humano, no deja de actuar en todas sus manifestaciones, hasta que entra en nuestra puerta en la forma más irreconocible, en la del más extraño mendigo, en el de la creatura, y hasta en el de un enemigo?



Rainer M.ª Rilke y
Lou Andreas-Salomé.



Segunda página de la última carta de Lou Andreas-Salomé a Sigmund Freud.